PÁGINAS VENEZOLANAS
CONTEMPORÁNEOS

¡HABLA, PALABRA!

P
HABLA
HABLA
R
HABLA

Luis Britto García

Antología personal



Fundación Editorial el perro y la rana

¡Habla, palabra!

Antología personal

Fundación Editorial



el perro y la rana

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

Correos electrónicos
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales
Twitter: @perroyranalibro
Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

Diseño de colección
Mónica Piscitelli

Diseño de portada
Niki Herrera

Edición
Maikol Navarro

Corrección
Vanessa Chapman

Diagramación
Mónica Piscitelli

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal: DC2017002425
ISBN: 978-980-14-3964-6

COLECCIÓN PÁGINAS VENEZOLANAS

Esta colección celebra a través de sus series y formatos las páginas que concentran tinta viva como savia de nuestra tierra, es feria de luces que define el camino de un pueblo a través de la palabra narrativa en cuentos y novelas.
La constituyen tres series:

CLÁSICOS abarca obras que por su fuerza y significación se han convertido en referentes esenciales de la narrativa venezolana.

CONTEMPORÁNEOS reúne títulos de autoras y autores que desde las últimas décadas han girado la pluma para hacer fluir nuevas perspectivas y maneras de exponer la realidad.

ANTOLOGÍAS es un espacio destinado al encuentro de voces que unidas abren portales al goce y la crítica.

LUIS BRITTO GARCÍA

¡Habla, palabra!

Antología personal

COLECCIÓN PÁGINAS VENEZOLANAS

ANTOLOGÍAS

Palabras del autor

Este era un escritor que intentaba resumir la vida en el libro y el libro en el título. Este era un escritor asaltado por el tumulto de las voces, que las eliminaba porque solo se escucha lo que está rodeado de silencios. Este era un escritor que, como la memoria, trabajaba en las antitéticas labores de preservar lo que existió y de destruirlo para que perdure solo lo relevante. Este era un escritor que trataba de convertirse en el lector prestándole el hilo de sus ideas por la duración de la lectura. Este era un escritor que pretendía instalarse en la conciencia de quienes lo leían y formar parte de miles de seres desconocidos. Este era un escritor que reducía el mundo a signos para tratar de entenderlo. Pero el signo es un mundo en sí mismo, a lo mejor imagen del universo, a lo mejor un cosmos nuevo o aparte, por el cual incesantemente se engendran creaciones tan complejas como aquella primordial de la cual pretende ser compendio. Quizá la versión es el original así como la gota es el océano, pues todas las manifestaciones de lo existente están ligadas por la misma red de equivalencias que une ética y estética, pasado con futuro, imaginario con realidad. No hay doctrina tan falsa que no pueda ser rescatada como expresión verídica de su autor o de su época. Solo podemos pensar degradando las sensaciones a conceptos. El destino de todo es ser reducido a huella. La perezosa memoria o el olvido resumen los números en la fórmula, las sagas en la anécdota, los tratados en la frase, los sistemas en el aforismo, las epopeyas en la palabra. En esta no cesan de abismarse y de brotar los cosmos.

¡Habla, palabra!

Luis Britto García

Rajatabla[1]

1 *Rajatabla.* Casa de las Américas, La Habana, 1970; otras publicaciones: Ediciones Bárbara, Caracas, 1970; Siglo XXI, México, 1971; Wydawnictwo Literackie, Cracovia, 1978; Editorial La Oveja Negra, Bogotá, 1979 (Col. Grandes Maestros); Editorial Ateneo de Caracas, Caracas, 1984; Norden, Estocolmo, 1984; Laia-Alfadil, Barcelona-Caracas, 1987; Laia-Alfadil, Caracas, 1988; Alfadil, Caracas, 1995; Ambo, Baarn-Bruselas, 1980; Monte Ávila Editores Latinoamericana, S.A., Caracas, 2005 (Premio Casa de las Américas, 1970) / *Rajatabla / Tout-Doit-Disparaître.* Monte Ávila Editores, Caracas, 2010; Ediciones de la Universidad Bolivariana de Venezuela, Caracas, 2012.

Helena

Un papagayo se hace con papel y verada. Los demás niñitos decían que yo estaba enamorado de Helena. Se toman las veradas, se ponen en cruz y se amarran con pabilo. En realidad lo que yo hice fue que no dejé que le pegaran una vez que la encontramos en el cerro. En las puntas de las veradas hay que hacer rajaduras con yilé para que se pueda amarrar el pabilo. Tirarle piedras y pepas de mango a las viejas y a las putas estaba bueno pero dígame usted pegarle a una carajita. El pabilo se amarra en las veradas y se forma como un cuadrado, y si uno le pone más veradas, como un barril como una rueda. Entonces me cantaban Rafucho tieneee novia. El papel mejor de seda pero hay que robarlo de la quincalla si no se puede mejor de periódico. Y taaambién es puuuuta. El engrudo se puede hacer con harina pero mejor robarle la goma a los niñitos que van a la escuela. A Manuelito le di un coñazo y desde entonces me cantaban nada más hasta tienee novia. Mejor echar poca goma para que no forme grumos. A las putas sí pero qué culpa tenía la carajita de que la tuvieran en el burdel para que pasara la coleta. El papel que quede bien prensado si no al coger el aire se rompe. Mejor apedrear carros robarse las gallinas de los ranchos espichar los cauchos de los camiones. Hay que dejar huequitos para amarrar las guías. Aquel año fue cojonudo el italiano de la bodega se volvió loco y apuñaló al cuñado todos vimos cuando se lo llevaron preso. Las guías se miden de lado a lado del papagayo y de la cola. La policía mató por la espalda a un obrero que le decían activista. La cola se puede hacer de trapo. Ya me tenía arrecho lo de Rafucho tiene novia. El largo de la cola depende del tamaño

del papagayo y del viento. En el farallón del cerro donde volábamos papagayos estaban instalando los cables de la luz eléctrica. Las yilés se pueden instalar a los lados, pero son más efectivas en la cola. En la tarde después de mentarle la madre al bodeguero subíamos con los papagayos y comenzábamos a esperar la brisa. Las yilés se pueden robar en la botica se pueden recoger las viejas que botan al suelo o se pueden comprar con la plata de los mandados pero entonces a uno lo pelan. Al soplar la brisa volábamos los papagayos y los hacíamos embestirse para que las yilés cortaran el pabilo. Instaladas las yilés la cosa es tener noción de la maniobra. Aquella tarde tiré mi papagayo contra uno de papel rosado, grandote. Es necesario soltar guaral, recoger guaral, la cola da después el latigazo. El papagayo rosadote cayó y fue a dar al carajo sobre los techos de la policía, yo entonces embestí uno azul, muy movedizo. Dado el latigazo se debe coger altura otra vez, si no a uno también lo peinan. El papagayo azul cayó dando vueltas como sacacorchos como rabo de cochino el dueño me gritaba y yo decía trancao y recogí una piedra por si acaso. La ventaja de la cola corta está en que como ondula mucho aumenta la movilidad del papagayo pero existe el riesgo de que se corte ella misma. Corté otros dos papagayos, el segundo muy difícil, un barril amarillo que casi me cortó el pabilo a mí pero que de todos modos se vino pabajo y le cayó en la batea a una vieja. Si las hojillas se mellan, afilarlas dentro de un vaso. Cogí altura, le corté el hilo a otro papagayo rosado pero más chiquito y maniobrero que cayó cerca de los cables. Al aumentar el viento, soltar cabuya. Mi papagayo, solo sobre el cerro, hacía ochos como un loco, todos los demás cortados o recogidos. Si el viento disminuye, recoger cabuya. Solo no, mentira, una cosita blanca como una pantaleta volaba meneándose como con calambrina a la derecha al reflejar el sol casi parpadeaba. El mejor ataque tirones largos combinados con soltadas de cabuyas cortas. Señor, casi sin mirar hubiera podido decir que aquella basurita blanca la estaba volando Helena. El descenso debe ser rápido pero no mucho porque revienta el guaral. Aquel tironear el hilo aquel

declarar que mientras los demás huían ella estaba protegida aquel mirarme como si de verdad Rafucho tiene novia como si de verdad. La maniobra evasiva, soltar pabilo, descender lo más posible, con sesgos. Di tirones fuertes, para que mi papagayo picara. El efecto de la yilé se multiplica por los tirones, trabaja como un látigo o mejor una guadaña. Helena, comprendiendo, mirándome aún, comenzó a soltar pabilo. Un ataque que falla debe ser repetido inmediatamente utilizando el impulso para la nueva embestida. Aquel mirarme y soltar pabilo, mirarme y soltar pabilo, como si olvidara todo lo demás, hasta la tierra de los piececitos desnudos, hasta los mocos cuajados en las mejillas. El peligro de la maniobra evasiva es el cable eléctrico. Fue un retorcerse, fue un salto. El perseguidor debe tratar de evitar caer en el cable en donde ha dado el perseguido. Pero no tiré para elevar mi papagayo, solté el pabilo, corrí hacia el cuerpecito fulminado de Helena hacia el cual corrían los demás niños, el papel fue a juntarse al papel en las líneas de alta tensión, hubo otra chispa fea, azul, un rumor, y los papagayos se consumieron juntos en su alto nido, en una crepitación de arrullo.

Carne

primero: esperar ques de nochie pegarnos del semaúforo junto a los carro que frenan enseñar la cajita de limpiar zapatos y decir Ñor, e medio pa comprá cremaaa hasta quel policía searrecha y dice que lestamos rrumpiendo el tráfico, segundo: correr asta el cinne en donde dice ESTRENNIO PANAVISION LISA-BEST TAILOR y decirle a los questacionan carros Ñor se lo cuiidoo hasta quel muchacho ques más grande nos saca a carajasos, tercer: en la calle más lejos pegarnos de los carros questacionan y cuando cierran la puerta grita Yía Yuii Ñaia Ñuiii y decir no nojó me pisó la mano no nojó me pisó la mano con la puerta y que otro valla y diga Ñol mire él dise que le duele mucho qe si no le da algo le va a rompé el vidrio con una piedraaa, cuarto: meternos en los bar kafé fuentesodas y decir Ñor emealgo pa comprá comíia asta quel mesoniero rojito y cuchiao dise semesalen, semesalen, quinto: pegarnos detrás del ciego que pide en el cruce con el carajito que llora todo el tiempo porque le duele el culo cuando el ciego de noche se lo coge y decirle ciego marico o quenosdelculo quenosdelculo que nosdelculo que le ase mal efecto con las señoras que pasan en los seicilindros asta quel que le alquila la zona al ciego nos cae a coñazos, sesto: tocar en las casa y yo contar cómo me cortaron la mano y querían alquilarme para pedir limosna pero melesfuí y si mencuentran la otra me lacortan o el pie para que no corra, sétimo: tocar en las casa y decir Ñora emealgo y mejor que lo diga Matildita quenseña los ojitos y le pican ican y echa cosa por ellos y siempre le dan cuando dice que no ve nadita y esverdá no ve nadita y le pican ican, octavio: quitarle a Yuyito el medio que le quitó a Matildita y ver cómo ago para quitárselo a Fuefe cuando me lo quita alomejor sancadiya alomejor piedraso

o no mejor no el último piedraso me lo devolvió y me partió el labio, novenio: buscar una quinta sin cuidadoperrobravo para guillarle la puerta y en la madrugada robarles el pan, la leche, désimo: debajio del puente aser cosita porquel sueño porquelfrío y ojalá fuera como lautra ves bueno y qe nos toqe gordo bueno el primero qe viene sovre el puente es rejular pero biejo carrerita para que seche patrás carrerita poratrás paquesecaiga, este tamvién grita cuando le levantamos las piernias para qe caiga por la barandiyia y en cuanto cae pabajo patapás el cueyo se le dovla en una forma mui rrara de todos modos ay qe darle el piedraso i el piedraso para que no hase como el otro qe corrió i solo lo agarramos porque enganchó el pie en un cimiento entonces peleamos muchos por las cosas, yo en laoscuridá creo qe casi le saqé un ojo a Yuyito, pero no con la navaja, no, la navaja es para cortar y darle las partes más frezqesitas a Matildita qe las toca muchho pero come, los demás tamvién pero tratando no mancharse, y los huesos, como la ropa, antes de la mañana, al río i se unden muy rrápido, i nunca los notan jamás.

Picnic interrumpido

Señor señoras que me matan sí estimados señores y señoras público presente me llevan para matarme de repente ustedes y que haciendo picnic se atraviesan en efecto me llevan para matarme en secreto abajo señor será unos cien metros más al lado señora será donde la espesura natural conforme dirán los periódicos ocultaba la excavación reciente y todas esas cosas bueno y ustedes haciendo picnic habrase visto y las caras del agente del comisionado del inspector y van a matarme la mayonesa en un momento me matan el pan con mantequilla a lo mejor en otro lado no sea cosa que los testigos la lata de salchichitas las aceitunas, no, vámonos, será en otro sitio, pero ustedes entienden, no, señores, ustedes entienden qué es lo que pasa a qué veníamos a qué me traían, la salsa de tomate, no cabe la menor duda a un hombre que lo traen hecho un cristo a un hombre que los mocos le bajan hasta el cuello porque la sangre ayuda a un hombre que vienen ya con las palas porque la fosa era de poca profundidad dirán los periódicos y lo conocido del occiso en los medios políticos hizo que los victimarios (¡la policía, carajo!) desconocidos intentaran ocultar el hecho.

Ahora señor ahora señora ahora niñita qué mal verdad esta nube sobre la ensalada de gallina sobre la mortadela el oficial que mira al sargento y el sargento que mira a los rasos y los rasos que miran la camioneta con sirenas y luz roja, cómo, si el lugar era tan bueno si mariposas vuelan, si será ahora necesario, porque esto es grave, eliminar también al señor a la señora a las dos niñitas que vieron, que podrían contar, que podrían decir, y lo peor salchichas termo plato de cartón, la expresión

del señor gordo que ha comprendido y que ha comprendido que los agentes comprenden, y la situación que se plantea, y que no hay forma de saber cómo se decidirá.

Ella él

Él, que se acuesta con ella, él, que para atraerla fue poniendo de manifiesto tan diversos rasgos de carácter, su desilusión, entre otros, su manera de manejar a lo pase lo que Dios quiera, entre otros, su capacidad de contar verdades como si fueran embustes, entre otros. Él que cuenta en su haber los cien metros planos el gusto por las medias caras el paralelo y risible descuido por los zapatos el aprecio por autores de los que llaman menores el tiro con rifle la manía de no botar las camisas viejas el tabaco inglés la confesión de que cualquier pendejada lo conmueve la constancia –llámenla si quieren testarudez– irracional, la teoría de que hablar con las mujeres es perder el tiempo de que mejor las manos que además siempre deben estar doblando tapas de refrescos monedas quebrando astillas aplastando nueces para hacerle sentir a ella una cierta impresión de peligro de inminente tenaza.

Ella, que tan repetidamente ha puesto de manifiesto su miedo por las ratas cierto sueño infantil de desamparo su aversión hacia las señoras gordas el gusto de que le hagan cosquillas en el tercer espacio intercostal derecho su indiferencia por la metafísica su interés en la hiperconductividad metálica su compulsión de romper jarrones su amor por los cuartos encerrados y sin muebles su aversión por las jaulas con pajaritos su convicción de que los caracoles arrastran el invisible carro del olvido su risa por las señoritas que se platinan su propensión a crear lenguajes cuyas palabras son ciertos guiños ciertas formas de relamerse los labios.

Él, ese carajo a quien inventé atribuyéndole las cualidades todas que creí que podrían atraerla que en efecto la atrajeron y que en el fondo no tienen nada que ver conmigo que soy otra cosa, que como sabrán ustedes soy enteramente otra cosa.

Ella, que tantos antedichos rasgos inventó para atraer, no a mí, sino al monigote falso que yo había creado, no a mí, sino a ese ser increíble que todas las noches la posee y que tiene tan poca existencia como el que ella ha creado.

Ella él quién pudiera reventarle los ojos decirles a él cabrón a ella puta levantarles la tapa de los sesos, quien entonces yo y tú mirándonos con horror y con asco desde nuestra repentina verdad, nuestra extrañeza.

El hacedor de dioses

Fosca madrugada me encontró saliendo de lugar inconfesable, poniendo lamparitas de aceite ante la fiera estatua del cacique a quien los historiadores llamaban Musubay a quien el escultor que todavía está tratando de cobrarle a la municipalidad llama la pieza escultórica a quien los guasones llaman El Aguacate o El Pujido de Cemento u otra cosa peor que no sé francamente qué será.

Suave luz de lamparita revelando el rostro que parece por un lado el Hombre de la Emulsión de Scott y por el otro Benito Mussolini disfrazado de marica, rostro que muestra las señales hondas de la mudanza de la placita porque los concejales lo encontraron muy feo, y de la escuelita porque los niños le tiraban piedras, además de eso la polémica cuando demostraron que Musubay no existió y que todo fue un invento de un señor que hace años redactó un almanaque para las petroleras, además de esto el traslado hacia las afueras donde hace amistad con las palomas con los carros que se escachapan en el cruce de la carretera, en donde está el cartel que dice VÍA EN REPARACIÓN.

Frecuentación de sitios inconfesables me llevó a multiplicar lamparitas de aceite velas velones cirios, siempre preguntándome cuánto tardaría en acompañarme el primer ingenuo, cuánto tardaría en aparecer la primera víctima de la broma. Yo que esperaba la primera velita no puesta por mí, y una madrugada distingo, enroscada en una de las piernas que les decían El Rinoceronte Griposo o El Burro Herniado, una guirnalda de flores de plástico sonriendo al alba inminente con sus puros colores verde

guacamaya rosado encía de perro amarrillo hepatitis, primer himno de gloria que, con mis dedos tímidos, acaricié.

Inventario de objetos que encontré durante los seis meses siguientes: en el pedestal de la estatua: lamparitas de aceite, treinta y seis, cabos de vela, ciento ochenta y uno; en la mano extendida que le decían El Guante de Quécher o Ay Me Agarró: exvotos de níquel en forma de muleta, dos, figuritas de cobre en forma de ramos de novia, cuatro, corazón de coral, uno, manitos de ébano haciendo el signo de la guiña, tres; en el poderoso pescuezo que le decían La Piroca o El Pavo Embuchado: exvotos en forma de cunita, cinco, dijes en forma de dedo, seis, todo ello en muestra de la potencia milagrosa de Musubay, que hacía ya inútil el paquete de velas que yo siempre llevaba en la maleta del carro. Mi triunfo fue completo cuando, saliendo de sitio inconfesable, esta vez en compañía de Lilianita la Platinada, ella me dijo, ay, frena, que tengo que pagar promesa. Se bajó del carro, prendió una velita ante Musubay y se persignó, yo miraba sus zapatos dorados que enseñaban las suelas al ella ponerse de rodillas.

Dos crisis del culto, su degradación cuando se corrió la voz de que Musubay propiciaba los sueños que hacían ganar en los terminales, y el exceso de velitas incendió los matorrales de la carretera; su transmigración, cuando el cura logró que trasladaran la estatua para la carretera del otro lado de la ciudad, sin saber, pobre, que allí Musubay salvaría niños atacados de gastroenteritis o mordidos por las ratas y daría lugar a un remitido en el periódico que decía las gracias te doy, Musubay, ánima bendita, salvaste a mi Gabrielita pisada por el camión del aseo, doy testimonio de las cosas grandes que hace la fe. Presa se llevaron a una señora que decía rezar la oración de Musubay y luego resultó que era indocumentada; enorme resultó la venta de un retrato de Sabú en taparrabos que apareció en los puestos de los buhoneros al lado de la efigie del Doctor de los Milagros, del Libro de San Cipriano y de los recipientes con piedra imán y limaduras de hierro. Yo hacía risibles planes para enriquecerme vendiendo a

Musubay en estatuillas de yeso pintado y en calcomanías para los pétalos de las flores de papel, discutía si el historiador que había inventado a Musubay tenía o no derechos de autor y si existía o no registro para cobrar participación en canciones, cine y acuñaciones, y Lilianita que me oyó una vez no quiso verme más nunca y tuve meses desventurados y alguna madrugada me dije solemnemente: no he hecho un carajo en la vida.

Exvoto que hago eminente publicando esta historia en humillación en arrodillamiento yo un hombre que me reía destas cosas a cuenta de las leyes de la dialéctica y de la negación de la negación, quién sino Musubay cuando a Melecio a mi lado le volaron los sesos de la primera ráfaga quién sino Musubay cuando al tanque de gasolina lo perforaron también y salió la azul candela en el asiento de atrás, prendió los volantes clandestinos y cubrió el vidrio con las calcomanías MANEJE CON SENTIDO COMÚN DONANTE VOLUNTARIO DE SANGRE quién sino Musubay cuando debido al caucho derecho agujereado la parrilla el motor el capó dieron contra la radiopatrulla que cerraba el camino y salí volando hasta la cuneta quién sino Musubay en este paltó que miren, entró por aquí y salió por aquí y no me tocó y después se confundieron y dispararon para otro lado, oh ánima digna y solitaria a quien llaman La Uña de Caimán, este exvoto acepta por tus milagros del primero que iluminó tu ara, señor de los terminales, de las flores hepáticas, de los niños mordidos por ratas y de los zapatos dorados.

Muerte de un rebelde

A mí me dijeron que había que enconcharlo y como yo casualmente me había mudado al apartamento dije que sí. Vino a la noche con un camarada que yo conocía, se presentó con el nombre de Cáceres traía un paquete de papel de periódico con pijama y pantuflas era gordo calvo y yo no lo había visto nunca ni quise saber por qué lo buscaban, lo que siempre en definitiva es mejor. Las recomendaciones, que mientras yo salía a trabajar no hiciera ruido porque podía tocar la puerta algún vecino, que en caso de peligro la toalla en la ventana del baño que se ve desde la esquina, las amabilidades, comprar yo muchas revistas y muchos periódicos porque mis libros los había perdido casi todos salvo unos manuales de Estadística, ponerse él a arreglar el cuarto porque a la gallega que venía a barrer dos veces a la semana hubo que despedirla para no tener que explicarle quién era el señor en pantuflas, las precauciones, conversar de política pero sin entrar en detalles no fuera uno a enterarse de que, que nunca abriera la puerta no fuera a ser cosa también de que.

Le daban de cuando en cuando desvanecimientos y hablé para que me consiguieran un médico el médico vino tarde en la noche y tomó la tensión y el pulso y me preguntó si yo sabía poner inyecciones entonces escribió unas recetas con bolígrafo y yo salí a comprar frasquitos pero me demoré mucho porque era tarde y no se conseguía farmacia de turno. Como las inyecciones a veces había que ponerlas de hora en hora, por las noches hablábamos mucho de las redadas de la policía, de cómo estaba la cosa de jodida y de gente que había caído. Yo pensé inventar una excusa para dejar de ir al trabajo y acompañarlo pero él

me dijo que estaba mejor; por el contrario, se puso muy débil y pensé en buscar un camarada que estuviera junto a él. Localicé a Aguirre, que estaba en mala situación; estuvo viniendo algunas tardes; comía y se quedaba. Aguirre no sabía poner inyecciones y yo le decía que debía aprender pero no quise proponer que debía ensayar con el escondido. Al fin Cáceres se sintió mejor y no fue necesario que Aguirre siguiera viniendo. Yo no sé si de verdad se sentía mejor o era simplemente que Aguirre era latoso. Pensé en comprar algunos libros para que Cáceres pasara el rato.

La noche del martes Cáceres leyó hasta tarde los periódicos. Al día siguiente amaneció muerto. No había hecho ruido, estaba ya frío y yo me avergoncé de haber en aquel mismo momento a lo mejor roncado y no oído mi nombre dicho muy bajito a lo mejor soñado una banalidad. Llamé a la pensión donde vivía Aguirre por el teléfono del almacén y le dije que viniera porque había sucedido algo muy importante. Me decía que tenía que hacer, pero al fin pude convencerlo. Tardó mucho. A las once de la mañana entró al apartamento, miró y se quedó callado. Yo no había querido cubrir a Cáceres con una sábana porque me parecía una pendejada hacerlo; pero tampoco me parecía bien dejarlo así. Aguirre dijo que hablaría con alguna gente. Se fue, y tardó todavía más. A las once de la noche me dijo que había que esperar al día siguiente. Dormí un rato, pero mal. El día siguiente fue fastidioso, y lo pasé casi todo en un sillón, dándole la espalda a Cáceres. Pensé bajar las persianas y oscurecer el cuarto pero me pareció también una pendejada. Al mediodía comí algo en la esquina. La radio hablaba de bombardeos en alguna parte.

A las ocho de la noche apareció Aguirre con un amigo, vestimos el cuerpo, y esperamos. Serían las dos de la mañana cuando bajamos las escaleras, con cuidado para que no se fuera a despertar el conserje. Yo preferí no salir a la calle para no ver el carro ni quién lo manejaba. Tampoco me esforcé en adivinar cómo arreglarían todo lo demás.

En las hojitas clandestinas jamás se dijo falleció el camarada fulano ni tampoco la prensa dijo hallado cuerpo o ingresó prófugo en clínica y falleció de inmediato. Yo nunca le pregunté nada a Aguirre, y después lo mandaron a hacer trabajo en el interior y hace tiempo que no sé de él. Recogí los frasquitos de medicina vacíos y las agujas usadas. También recogí las pijamas y las pantuflas, y algunos pares de medias. Las revistas viejas no era necesario recogerlas, pensé, pero de todos modos estaban viejas y no había para qué conservarlas. Lo mismo el cepillo de dientes y la maquinita de afeitar. El paquete lo eché en la basura, lejos de la casa. Varios días después encontré un papel con garabatos. Decían condiciones objetivas, inf. pol., ojo, no olvidar C.C., y cosas así. Como no podía entregárselo a Aguirre, lo eché en el excusado. De todos modos no decía nada. Cáceres murió sin ver la revolución. Yo había faltado dos días al trabajo, y debí pedirle a un médico que me certificara bronquitis. Después de eso trabajé sobretiempo algunos días. El calor comenzaba a pasar y venían las lluvias.

Las cosas que me pasan

Naturalmente no le pasan a nadie más en el mundo. Yo vine a él para descubrir el sentido de la vida, que consiste en leer el periódico por las mañanas y en ir cambiando de preferencias. Me explico, niñez la página deportiva juventud la página literaria vejez la sección de los entierros donde siempre hay un conocido que se marchó antes que uno, se puede ir a verlo, darle una mirada a la urna llena de seda y terciopelo y decirle ves, tanto que presumías de que no se te caía el pelo y total te fuiste antes que yo o también tan inflado que estabas porque leías a Bertolt Brecht después el bufete el éxito y el aneurisma te jodieron y hasta falleciste cristianamente. Yo consolaba mucho a las viudas y les inventaba historias de cuando el finado y yo estudiábamos juntos y él era conocido por tal o cual cosa, por lo borracho o por los malignos versos que hacía en contra del profesor, cuando mentira, lo mejor que podía recordar de todos ellos era un hueco en un hueco, el vacío dentro de un vacío del hombre sin contornos que solo muriendo se convertirá en algo sólido al asumir esa cara de viejo malvado esa consistencia que nos dan la rigidez y los anuncios con orlas negras y las flores.

Entonces esta mañana el maldito periódico que me dejaron silenciosamente bajo la puerta y el gran recuadro en la sección de entierros que dice:

†

Ha fallecido cristianamente

LA HUMANIDAD ENTERA

Se invita al acto del sepelio

que tendrá lugar a las 11 a. m.

Y desde luego vaina entre tanto conocido cómo cumplir con todos, no hay quien suba el desayuno, los pantalones se ajaron en el velorio de anoche y tienen coágulos de esperma, y lo peor de todo ya es un cuarto para las doce y todo debe haber terminado.

Lope

A mí, vuecencia, me llaman Lope, y van a matarme. Hace mucho frío, es de madrugada, y mis hombres se me han desertado. Por todos los medios he querido atarlos a este empeño de grandeza y se me iban, creyendo ellos que por salvar sus vidas, sabiendo yo que por no tener que participar de la grandeza. No hubo cosa que no intentaran: perderse en la selva dando gritos, fingiendo la visión de torres fantásticas de oro, enloquecer diciendo que durante el sueño dorados monarcas chupaban el humor de sus ojos con cánulas afiladas, sublevarse contra mí, porque antes la muerte dada por Lope que el destino de grandeza al cual los conducía Lope, antes dar grandes vueltas con la boca llena de agua por el fondo de aquel río infinito que, decían, un día caería en una hirviente sartén de oro, que intentar remontarlo hasta el mar, un mar que nos imaginábamos lleno de mareas de hojas y con abismos penetrados de las más intrincadas pudriciones de raíces y frutos. A unos pocos pude distraer del embeleco de dejarse morir en aquellas regiones donde la sustancia de los sesos se escapaba en amarillos vapores durante el sueño, a unos pocos pude distraer de su esperanza de morir en aquellos hervideros en donde antes que los gusanos las enredaderas devorarían sus párpados, a unos pocos llevé hasta el casi imposible mar e hice construir las naos fantasmales que nos llevarían hasta la isla llena de cristianos, de pobreza y de piojos, y de la isla nuevamente al mar, y de este a la tierra firme increíble que nos ha herido los ojos como un doblado espejo y nos ha comido botas traje piel corazón hasta que hemos creído caminar en un aire hecho de hormigas, de manera que los españoles que hallábamos nos huían y

nos llamaban alzados contra el rey y había que estrechar sus gargantas y la caminata se hacía sobre pescuezos cruzados de trazos azules y casas llenas de arcones vacíos e iglesias sin imágenes, y todo ha sido para que al final mis hombres uno a uno me fueran dejando por el rey, cambiaran la majestad presente por la lejana, soportable como el sol que alumbra otras regiones, que durante las noches deja oh esa frescura.

Ya el alba no me da más plazo, cercado por la tropa del rey en la cual mis hombres humedecen sus ansiosos labios de Judas, tomo el cuchillo y degüello primero, con facilidad, a la Torralba, luego, más trabajosamente, a Elvira, que solo repite muchas veces "padre" mientras en la hoja una sangre se mezcla a otra y las dos gotean asombradas de salir a conocer este mal siglo y de no saber por qué. Tampoco lo saben estos que franquean la puerta y vienen a matarme, y miran la sangre, y miran el cuchillo, y miran mis ojos. Solo comprenden, desconsoladamente, que ahora sus armas son inútiles contra mí, que por esta atrocidad me he situado por manera tal fuera del alcance de tantos aceros cobardes, que no podrán tocarme, y es como si otra vez los arrastrara el Amazonas, sobre él o por debajo de él en desmañadas piruetas de ahogados. Lo adivino: solo esperan mi voz de mando, los que creían venir a matarme. Cuando los vean obedecerme, se pasarán otra vez a mi lado, fascinados, mis marañones. A otros muchos arrastraré en este torrente y a los que no sean arrastrados uno a uno los iré matando y para que ninguno escape me pondré al frente de estos que alguna vez pensaron matarme y con ellos arrasaré el país, y el país arrasado, cruzaré los montes y pasaré a la Nueva Granada donde habrá más gargantas y más cobardes aceros y más casas con vacíos arcones y desde la Nueva Granada pasaré a Panamá y en Panamá me haré dueño de los buques llenos de ratas y hecho dueño de los buques caeré sobre el Perú, y dueño del Perú seré dueño del oro del mundo y habrá en los arcones brocados, en las iglesias bendicientes santos, en los cuellos sarna de collares, en los aceros sangre de virreyes. Termina por fascinarme la inevitabilidad

de todo esto, la seguridad con la que, dueño de todo el oro del mundo, no tendré más remedio que disputar también con viejos reyes de un mundo viejo y oponer a sus santos carcomidos santos dorados, a sus cajas vacías cajas que valen más que cualquier cosa que en ellas pueda guardarse, a sus hierros herrumbrosos espadas que han vencido la fiebre la insolación la amargura, y al final poner en los cuellos de estos reyes largas sogas cuando haya –también– avasallado sus reinos y el poder de todos los tronos esté concentrado en mi puño y los esquivos soberanos de El Dorado sientan su miseria de reyezuelos ínfimos y fallezcan de una centenaria vergüenza llamando en las puertas de mis fortalezas para ofrecerse como súbditos, sin ser notados de nadie.

A estas cosas me lleva mi destino así como yo llevaba a mis hombres. Pero ahora –el cuchillo aún lentamente gotea– me rebelo contra él, que es solo otro lejano rey desobedecible, porque, me digo, para qué llevar a estas pobres bestias del corral del rey al corral de Lope, para qué llevar estas olas de un lado a otro de indiferentes mares o apilar a mis pies granos de arena; para qué, si el imperio sobre todos los hombres ya nada podría añadir a la única cosa que puede llenar de orgullo a un hombre, y que es, en esta cumbre de mi color lo acabo de descubrir y de ella disfruto hace cincuenta y cinco años, la de ser Lope y no necesitar de otra cosa que ser Lope, lo cual incluye también la falta de temor por dejar de ser Lope, de usar este cansado cuerpo, estos gestos raídos.

—La he matado –me encuentro diciendo– para que no sea colchón de tanto bellaco. Y con estas palabras obtengo mi último triunfo, oculto a mis sitiadores que se puede ser Lope, les regalo este motivo comprensible, que escondidamente da por cierta mi de otro modo imposible derrota, que hace de Lope un hombre sujeto a humillación o desdicha por cosas de las que ellos pueden ser causa, una concertada deserción, el emputecimiento de una hija, y sin embargo, aún temo que adivinen, su vacilación me hace temer que alguno adivina, aún debo espolearlos a matarme fingiendo que pido la merced de decir últimas

palabras comprometedoras, cosas que hay que sepultar en hierro y sangre, y si gano al fin mi victoria, que es un resplandor de arcabuzazos y una grita de cobardes y una bruma distinta de la del alba. Mis labios aún pueden decir este es bueno. Los hombres que se desvanecen en el rotundo negro aún podrán creer que me refiero al disparo.

Pasado

El cura, el boticario, el jefe civil, el dentista que vino el año de la crecida y lo mató el coronel Núñez dicen unos que no se sabe por qué y dicen otros que porque le preñó una hija, los hermanos Molina que uno era de la revolución y otro era del gobierno y cuando el de la revolución salió a unirse al alzamiento de Alejandro Rescaniere lo picó una culebra y hubo una larga agonía y muchas dudas sobre si cortándole la pierna se salvaba y luego la madrugada encima, la tropa cerca y sin jefe que era como decir sin alma, el padre Manuel que insistía váyanse de al lado del río que hay paludismo y si siguen haciendo casas allí se van a morir, la gente que sigue levantando paredes de bahareque, el padre Manuel que diez años vive en el nuevo poblado que alentó, una legua más arriba, y que entonces inexplicablemente vuelve al río, muere con los recalcitrantes que se ocupaban de tener muchos hijos para que nunca estuvieran vacíos de fiebre y tiritones las hamacas, el general Perdomo que una vieja se le quejaba del robo de un pavo obviamente oculto bajo la camisa de un recluta el cual explica el bulto llamándolo mandolina que lleva para tocar en las horas tristes y el general que viéndole las patas dice ajá ajá desde aquí distingo las clavijas y ante las risitas carraspea y dice orden en las filas, el sitio que le decían Barranca porque y que efectivamente en la barranca era que dejaban tanto cadáver de asaltado que después se paseaba por el pueblo y tocaba campanas hasta que decían la misa del ánima, el viejo Atencio de quien como hablaba *patois* se sospechaba que era evadido de Cayena, se le atribuían asesinatos por celos y temibles fugas por el mar, Crescencio Gonzales que

por no repartir la hacienda mató a tiros a sus hermanos Antero y Leonidas, y que para tapar el crimen se lo achacó a la familia Heredia y mató a cinco de estos para ser a su vez muerto por la querida del último de los difuntos, de la cual se dice que acabó de puta en Colombia, el hombre que vivía en un rancho en lo más perdido y unos decían que si es Funes que sobrevivió al fusilamiento por Arévalo Cedeño y ahora se esconde de Gómez y otros decían que si lo que pasa es que no es propiamente un hombre sino otra cosa pero nunca aclaraban qué, los momentos en que los caballos relinchaban, cagaban y soltaban baba y todos lo hacían en el mismo instante, de una punta a otra del pueblo y de nada valían el padre y su espeso latín, el doctor francés que andaba estudiando la saprófitas y que nunca después alcanzó fama ni internacional ni nacional ni nada porque era solo eso un pendejo que estudiaba las saprófitas, las colmenas que tenía tío Laudelino, grandes como ataúdes y que no dejaba castrar y que al fin se supo que contenían el cubierto de cera cuerpo de una adolescente, la masacre que hubo cuando llegó la noticia de que había muerto Gómez y resulta que era embuste, que eran cosas del telegrafista que se había vuelto loco de mal de amores.

—Un coño –dijo mi tío rascándose la planta del pie descalzo con la alpargata que tenía en el otro, todavía manchada del escupitajo de chimó–, invenciones, la realidad –todavía recuerdo su mirada del chinchorro a la pared encalada y el regreso desde la pared encalada a quién sabe qué otra pared encalada en una tierra innominable de su mente– en este pueblo nunca ha pasado nada, nada, esas historias que alguna vez me has oído contar son inventadas, soy el único que se ha dado cuenta de esto, no es natural un pueblo en el que nunca haya pasado nada y en el que, peor todavía, nadie se haya dado cuenta de que eso es anormal. De allí tanta hablantina o peor tanta mariquera, el chimó déjalo en el taburete que no se lo coma el cochino ahora vete antes de que el vacío a ti también te chupe a mí personalmente ya todo me importa un carajo.

Grupo

A Pipo lo agarraron en la fábrica de armas. Él había ido a entregar materiales y se demoró ayudando al encargado a reparar un taladro. La bala le entró por el oído y en las fotografías de los periódicos no se veía bien quién era pero por el reloj –que nosotros conocíamos– no cabía duda, los policías lo identificaron como Carlos María Lairén Istúriz y primera vez que supimos que Pipo tenía tantos nombres y qué lástima porque era la cátedra para montar y desmontar fusiles bombas y motores y en las chiveras conseguíamos piezas para metralla y teníamos dos o tres proyectos pepiados

A Raúl lo expulsaron para Europa y según me dijeron de carta que envió con alguien para Hernán, allá no hay más que maricos en los cafés discutiendo a Garaudy y como él perdió su tiempo aquí leyendo Garaudy ahora tiene miedo no se vaya a meter a marico y guarda una libreta en donde dice: 20 kilos de azúcar y 100 litros de té; dentro de poco iré a Lunión Soviética, veré el Kremlin, me moriré de la arrechera y la familia no me mandará más plata, y entonces

Lara está desaparecido. Hay el rumor de que murió en el campo de La Pica, pero a la familia le dicen no, no tenemos ningún preso de ese nombre

Chocolate es el que anda en la polémica de la izquierda, a Chocolate lo expulsaron por su artículo: "¿Directrices nuevas para una línea nueva?", que apareció en el semanario *Conceptos* en contestación al artículo "Formas de lucha y lucha de formas", de Concepción Serrano (o sea, Filiberto Mendoza). La última vez que vi a Chocolate estaba disfrazado de portugués; como lo

allanaron perdió el fichero de su gran libro *Capital y monopolios en la Venezuela de hoy*; tenía cuatro millones de fichas y lo único que repetía cada vez que se acordaba de que había perdido los índices de acumulación de capitales era: el coño de la madre

Morandi volvió de la montaña cuando aniquilaron el resto de su comando, y se encontró haciendo las cosas más raras, se coleaba en las fiestas para comerse los aguacates y el caviar en la cocina, asistía a las subastas de antigüedades para comerse los pasapalos, su desgracia fue cuando se le arruinó el paltó muy presentable que todavía tenía y entonces vendió condones en la avenida Urdaneta hasta que un policía lo mató y no se sabe por qué

Cisneros se ahogó con el aparato de inmersión de circuito cerrado que no lo graduamos bien o a lo mejor el profundímetro le falló de todas maneras pusimos la bomba y a Cisneros le quitamos el aparato el cinturón de pesas la máscara y lo dejamos y el periódico dijo víctima de la explosión (inidentificable)

A Enid la tiraron desde un helicóptero en región no bien precisada, de Enid quedan madre padre hermano menor unos textos de química inorgánica el retrato en una excursión al teleférico una hebra de la peluca rubia que usó en el asalto al automercado una cédula de identidad falsa una cierta temperatura de las manos el resonar de una voz en las paredes de un detestable cuarto de hotel

Montes la cogió con la vaina de la investigación motivacional y Marshall McLuhan, desde que trabaja en Procter & Gamble no tenemos finanzas nada tenemos. Igual que a Gonzales que lo llevó el tío para Barquisimeto donde tienen una cría de gallinas y se les mueren de moquillo y es lástima porque Gonzales tenía unos contactos increíbles en los barrios. Hernán cayó en lo que llaman el anarco aventurismo y la policía le metió seis tiros en el pulmón cuando ya estaba a punto de convencernos de la importancia de la máquina infernal para volar la embajada

Perico fue el que nos vendió a todos. Perico era muy buena persona y cuando le hicieron el simulacro de enterramiento

vivo se rajó, a pesar de eso le hicieron todo tipo de cosas y al final lo soltaron, unos dicen que con el carnet del SIFA para ver si sapeaba a alguien más, otros dicen que para seguirlo y ver si alguien se ponía en contacto con él para rasparlo, yo lo vi después de buhonero vendiendo forros para volante, él bajó los ojos y miró a otro lado, yo me toqué la culata de la pistola y después pensé total para qué

Yo que ni fui agarrado en la fábrica de armas ni me expulsaron para Europa ni desaparecí ni estuve en la polémica de la izquierda ni bajé de la montaña ni me ahogué ni me tiraron desde un helicóptero ni la cogí con Marshall McLuhan ni fui a criar gallinas ni me metieron seis balas ni vendí a todo el mundo, o a lo mejor sí, hice todas esas cosas y desaparecí y me ahogaron y me rajé con todos, hasta tal punto era todos ellos, yo que tuve las etapas consabidas, la de decir para qué carajo cuando me decían estamos preparando algo, la de decir mííí cuando me hablaban de tal o cual intelectual de izquierda, la de pensar cónfiro, y mi padrino que conoce gente en la gran Empresa de Seguros La Prosperidad, la de decirme un hombre de mi sensibilidad debería estar arrasando en el Salón de Invierno en París, ahora descubro que para algo fui ahorrado: estar parado en esta esquina mientras cae la noche esperando el contacto con alguien, claro no será Enid pero será Marcela o alguien a quien Marcela enviará, luego podremos ganarnos a otros que no será Pipo Raúl Lara Chocolate Morandi Cisneros Enid Montes Hernán González Perico, que no será a lo mejor ni siquiera yo porque lo fundamental no soy yo sino mi destino, esperar, mirar tanto carro que pasa y encandila con los faros, y repetir: del próximo se baja Marcela. Del próximo se baja un policía a quien nos han delatado y me mata. Del próximo se baja Marcela. Del próximo se baja un policía y me mata. Del próximo se baja Marcela. Del próximo se baja un policía y me mata. Del próximo se baja Marcela. Del próximo se baja un policía y me mata. Un carro se acerca, frena, abre la puerta. Esfuerzo la vista para distinguir la silueta negra que sale. El grupo mira a través de mis ojos. Todo

va a decidirse dentro de un instante, pero no, me doy cuenta, estoy aquí, he permanecido aquí o me han retenido, doy la cara a la noche, todo está ya decidido.

La foto

Era color sepia pero la copia actual, ampliada, es gris y hasta cierto punto brumosa. De izquierda a derecha, en primera fila, sentados: joven de mirada profunda y cabellos con gomina, camisa manga corta y pantalones a rayas; a su lado, joven flaco con grandes entradas, las manos sobre las rodillas, el cordel de un zapato desatado; a su lado, joven parecido a Ramón Navarro, mejillas chupadas y un paltó doblado sobre las piernas; a su lado, joven con lentes redondos, montura metálica, peinado con raya en el medio, un peine en el bolsillo de la camisa; a su lado, joven con mirada de desnutrido que parece estar observando las nubes o deslumbrado por el sol del patio de la prisión, y de él llama la atención ese gesto y no la ropa que tiene o cómo es su cara; a su lado, joven con bigotes y corbata de lacito y camisa a rayas grises; a su lado, una pierna doblada y la otra extendida, joven gordinflón, con el aire de quien acaba de caer sentado. Agachados: joven que sonríe, joven que está serio, joven que mira con intensidad, joven que parece aburrido, joven que mira a la derecha, joven que pone gesto trágico, joven a punto de dejar de ser joven. Parados: joven con las manos cruzadas sobre el pubis, joven con los brazos cruzados sobre el pecho, joven con los brazos a la espalda, joven con los brazos caídos, joven con los brazos en los bolsillos, joven que sostiene un paltó en el brazo, joven con la mano derecha en el hombro izquierdo. La ropa se ve muy ajada, quizá por lo pasada de moda, quizá porque la foto fue tomada a la semana de estar presos y no dejaban pasar envíos de ropa limpia desde afuera. No se nota ningún detalle del patio del cuartel.

De izquierda a derecha, el tercero, parado, fue el del discurso que después le dirían fogoso. Tenía cosas como aquí está la juventud y cumplimos con el llamado, a él lo pusieron preso por decirlo y a los demás porque aplaudieron, tres meses después lo botaron del país pero al fin llegó a Ministro. El primero, sentado, dos años más tarde murió de un tiro de fusil al tratar de cruzar la frontera disfrazado de peón. El tercero, segunda fila, fue el que compartió con el Presidente la comisión de los cincuenta millones que los norteamericanos pagaron para tener más concesiones petroleras que los ingleses. El cuarto, primera fila, estuvo preso otra vez durante la dictadura, pasó en eso varios años, después fue Ministro de Relaciones Interiores y participó en la desaparición del estudiante Alberto Méndez, cuyo cuerpo horriblemente mutilado, etc. El segundo, primera fila, fundó publicaciones humorísticas y murió de hambre. El quinto, tercera fila, fue el tronco de abogado que le gestionó a los americanos las concesiones del hierro. El cuarto, segunda fila, era marico. El séptimo, primera fila, nadie se acuerda quién era.

En cuanto al tercero, primera fila, participó en la gran venta de inmuebles de propiedad pública y después se descubrió que él actuaba a la vez como abogado de la Nación y de la empresa compradora. El quinto, segunda fila, fue llevado al Consejo de Ministros para que pusiera la fuerza hidroeléctrica de Guayana en manos de la familia Umeres. El sexto, primera fila, montó la empresa constructora que acaparó los contratos de obras públicas mientras era Ministro. El séptimo, segunda fila, era propietario del noventa por ciento de las acciones. El quinto, primera fila, compró en cien mil bolívares su nominación como diputado por el gran partido popular y vendió su voto en tres millones cuando se discutía la reforma tributaria.

El segundo, tercera fila, llegó a Presidente e hizo, respectivamente, matar, encarcelar y expulsar del país, al primero, segunda fila, primero, tercera fila, segundo, tercera fila, y sexto, primera fila. El cuarto, tercera fila, se puso de acuerdo con el sexto, misma fila —para entonces Ministro—, se hizo expropiar

sus haciendas por el cuádruplo de su valor y ahora es banquero. El sexto, segunda fila, anda con un cáncer en la próstata. A la hija del tercero, primera fila, yo me la cogí.

La foto está cada día peor y la gente se parece menos. La publicaron primero en el *Libro rojo de la subversión*, y después ha ido dando tumbos hasta aparecer en *Memorias de una vida política*, que el cuarto, primera fila, escribiera en Antibes. Por aquí y por allá, sobre una que otra cabeza, hay crucecitas, y a veces hay dos cabezas muy juntas y no se sabe de quién es la crucecita.

El mundo da muchas vueltas.

Los juegos de la infancia

En las noches hay bonitos fuegos y durante el día las corrientes de aire caliente que ascienden facilitan el volar cometas, cometas que sin embargo no elevamos porque primero los familiares dijeron que no y luego no había con qué hacerlas y, en fin, otras cosas nos preocupan. Antes debíamos ir mucho a la escuela y acostarnos temprano, pero ahora que no hay escuela todas las horas nos pertenecen y aun las de las noches, cuando es malo dormirse por más sueño que uno tenga. Antes tanta soledad que tenías en tu mundo de niño y la poca esperanza de que los mayores condescendieran a participar en los juegos, y ahora todos juegan, no hacen más que jugar desde el día en que bajaron los aviones de los cielos y comenzaron estos largos escondites entre los árboles, donde mamá, o papá, por ejemplo, a veces se hacen un ovillo y tras el follaje y con los ojos te suplican no hagas ruido, no dejes que vean dónde estoy, o a veces la tía también juega y se separa de nosotros y se esconde tan bien que nunca la encontramos, de manera que podemos imaginárnosla dentro de un cráter, con los ojos cerrados, contando primero hasta cien, después hasta mil, finalmente hasta un millón, hasta acabarse los números que enseñaban en la escuela antes de la mañana en que nos dijeron que la escuela se había vuelto humo y cenizas y pensamos que habían volado hasta los cielos y se habían perdido sin remedio todas las letras, los números y los dibujos del mundo que estaban guardados en ella.

También es bueno jugar a las adivinanzas. Qué de misterios encierra un trozo de tela chamuscada que cae de los cielos, preguntarse se vistió a una niña o a una muñeca, qué de

curiosidades en las cenizas que llueven constantemente, discutir si fueron de cosechas de arroz o de cebada, qué de perplejidades, en este largo juego de viaje, despierta el hallazgo de las ruinas de un pueblo en el cual no quedan habitantes a quienes preguntar el nombre, y entonces aventurar: era el pueblo de la tía abuela, porque todavía queda algo de la colina en el norte, o bien: era el pueblo del primo segundo, porque hay anzuelos fundidos en lo que fue el cauce del río. O bien, apostar sobre la ruta de los aviones en el cielo: darán la vuelta y envenenarán el norte. Están de regreso, han incendiado el sur. No, van al oeste, contaminarán los lagos. No, vuelven al este, esterilizarán los bosques. Qué de variado este largo juego de escondites y de desapariciones, con niños nuevos que salen a veces de escondrijos que no pensábamos y niñas conocidas que no vemos más; qué de diferencias entre los que nos acurrucamos en las noches y los que amanecemos. Qué soledad, por fin, ahora que se han escondido todos, todos, y después de contar hasta cien, por días y por días vagas buscándoles por el país en el que llueven rojos tizones, pavesas de cuadernos y cenizas de rasgados velos nupciales.

El Presidente amaneció de buen humor

A continuación les expondré problemas que acontecen el día en que el Presidente se levanta de buen humor. Enciérrase en su despacho, despide a los edecanes, y al rato sale con un decreto que dice: "Se nacionalizan las industrias básicas". Y como comentario solo añade: "Por cuanto es uno de los objetivos señalados por la Constitución". Pánico mayor no puede haberlo se movilizan los embajadores el Nuncio los hombres influyentes los ministros los generales nos movilizamos llamamos a la puerta pero el Presidente, oh, el Presidente sale con otro decreto que dice: "Se expropian todos los latifundios" y nos explica con una sonrisita: "Por cuanto figura en el programa electoral". Luego, liberación de los presos políticos disolución de las policías clausura de los campos de concentración reapertura de las publicaciones prohibidas investigación de las muertes sospechosas averiguación de las torturas ocultadas: "Por cuanto es conforme con las garantías constitucionales", explica, ya sin sonrisita. Tumulto interesante ante las pesadas puertas de caoba, *Mister* Atkinson impetuosamente exige satisfacciones, dice que esas cosas se consultan pero de la puerta que se cierra en sus narices solo trascienden estas palabras: "El poder público no consulta con extranjeros porque para eso es soberano".

Entonces es la locura, la locura, representantes de las federaciones de inversionistas tratan de hacer valer los compromisos de financiamiento de elecciones, embajadores intentan explicar que estas cosas las verán con malos ojos poderosos vecinos, generales intentamos poner de manifiesto el malestar que eso produciría en las logias militares, el Nuncio expone que todo

ello será muy mal interpretado por el Sacro Colegio, pero el Presidente, oh, el Presidente grita que él no es jefe de las federaciones de inversionistas de los poderosos vecinos de las logias militares del Sacro Colegio, sino del pueblo, y todo por el pueblo, y nos pasa por debajo de la puerta decretos o los tira por las ventanas como flechitas y son cosas como investíguense fortunas de mis copartidarios o sáquese del país la Misión Militar o ciérrense cuarteles o créense escuelas o amplíense universidades o rebájense alquileres o los trabajadores dueños de todas las utilidades y hay que ver qué dificultades para ir atrapando e ir quemando sobre todo que hay algunos que vuelan tanto que en las calles se llega a saber lo que pasa, hay turbas que festejan y trinan las ametralladoras, las agencias noticiosas dicen que se mueven los marines y tumbamos a culatazos las pesadas puertas de caoba y el Presidente a caballo en la ventana firma decretos y firma decretos y le vacío el cargador en la cara y no puedo evitar que los últimos papeles se escapen y como una nube de palomas blancas vuelan sobre la ciudad en insurrección, la ciudad del día en que el Presidente amaneció de buen humor.

Putre

Eureka hurra grandes honras sean acordadas al inventor del papel putrescible destinado en principio a oler mal cuando pasara determinado lapso y así indicar que no debían consumirse ciertas mercaderías envueltas en él, quesos medicinas huevos o qué sé yo, bastaba estampar un sello con la fecha límite y a partir de ella el proceso se desencadenaba entonces los malintencionados que no faltan pensaron dirigir todas sus peticiones a la autoridad grandísima en papel putrescible con sellos que indicaban el plazo legal para decidirlas y si había retardo bueno entonces se vería. Transcurrió todo con la placidez acostumbrada produjéronse las acostumbradas condecoraciones declaraciones comisiones una mañana sin embargo en la gaveta del Director General sintiose algo cómo iba a ser no era posible y al abrir el despacho del Consultor aquí también pero cómo qué contratiempo quizá el Ministro pero entretanto el Ministro espanta moscas dando golpes con el chaleco y se hace imperativa la intervención de los bomberos que llegan con grandes máscaras y guantes de caucho y tenazas hasta que acuérdase el archivero de que el Estatuto prohíbe destruir los papeles antes de treinta años entonces se llama al Presidente pero el Presidente en esos instantes huye escaleras abajo hasta que los efectos de los depósitos en los sótanos lo obligan a huir escaleras arriba y en el piso del medio a tirarse por el balcón para evadir los efectos de una solicitud de patente, entre tanto en el Supremo Tribunal los Magistrados incomódanse consúltanse escudríñanse atribúyenlo al expediente de un preso que abúrrese años ha esperado juicio envíanlo Tribunal subalterno pero incomodidad persiste

y crece el primer alguacil desvanécese los secretarios ahóganse suspéndese audiencia balanza estatua justicia tintinea acometida por moscardones, pueblo acude al Palacio Legislativo donde una casi sólida peste emana de las graciosas cúpulas de los patios espaciosos de los locales de sesiones somnolientos, huida de vecinos, declárase estado de emergencia en papel putrescible que también entra en emergencia produciendo vergonzosa huida de Mariscales de Campo, y al final de todos los orificios de las públicas edificaciones mana hacia el exterior, e inacabablemente, una espesa miel fermentante, una irisada jalea desbordante de vapores malignos, en la cual confusamente sobrenadan palilleros, sacapuntas y Ministros.

El sitio más oscuro de la noche

Después que salí del servicio militar como en el pueblo no había trabajo y nunca me pagaban por dormir de cuidador en la casa del partido, yo les pedí una recomendación y me vine en uno de los camiones del Ministerio que en vez de tubos llevaba propaganda. Yo visité mucha gente y se me fue poniendo sucia la recomendación, hasta que me acordé del gran dirigente sindical que era de mi mismo pueblo, esperé todo el día junto a los policías de la puerta y en la noche quedé empleado aunque no sé de qué, era como de ayudar al chofer a lavar los tres carros como de estar por allí, así casualmente me dijeron toma y me dieron un Magnum, me preguntaron que si sabía y yo les dije que sí, en la casa del partido, a veces, yo desde entonces dormía en el garaje, antes que el catre prefería el asiento del Mercedes que era bien bueno, y me cogía a una de las cocineras. Como después aprendí a manejarle el carro al dirigente los demás guardaespaldas me decían ay ya también la guerrilla urbana te tiene fichado, ficha a los jefes y a los choferes, yo les decía y qué, en una o dos ocasiones me metieron en camiones para que fuera a mítines, otras veces me dieron casco máscara lacrimógena fusil para que hiciera de irregular, el jefe me prefería para que le manejara hasta las casas de sus queridas que eran todas chévere flor y al regreso me daba mucha confianza contándome de cucas buenas. Un día que fue a muchas oficinas de gobierno, en todas partes muy apurado y muy preocupado, me decía a cada rato púyalo, al regresar a la casa por la noche se encontró una comisión, habló mucho con ella a puertas cerradas y al salir me dijo tú también, yo preparé mi Magnum y pensé más que dije: bueno. Los otros cobraban

por partidas secretas como yo. Cuando arrancamos, se oyó un pujido en la parte de atrás de la camioneta y yo pensé: no será largo. Fue largo porque la carretera que buscamos era muy apartada y muy oscura y yo oía el pujido de vez en cuando. Entonces nos paramos entonces abrieron la parte de atrás de la camioneta entonces sacaron al hombre que pujaba. Cuando yo vi lo que le habían hecho y que todavía estaba vivo hice cuatro tiros y dejé muertos a los cuatro tipos de la comisión, el hombre, que no veía pero que había oído gritaba quées quées y yo por consolarlo le mentí mientras montaba el percutor: un camarada. Camarada un coño, gritó, los studs de caballos, los trajes savile row, los cruceros por el Mediterráneo los starlets del festival de Cannes, ay. Yo entonces me di cuenta de que a quien llevaban a matar no era ningún guerrillero urbano, que era el Director de Ministerio que estaba en combinación con el Jefe con el Ministerio y con el Secretario, por otros muchos gritos entendí el envío al exterior del dinero que debía ser repartido entre todos. Los pasajes aéreos preparados, la cuenta en Suiza —repetía vagamente un número, el nombre de putas internacionales en Lausana, el nombre de su hija en un colegio en Bélgica—, entonces yo le di un tiro y fui muy preciso porque debía evitar que regresando de su delirio pudiera recordar lo que le habían hecho. En la camioneta encontré volantes multigrafiados que decían unos la guerrilla ajusticia a un enemigo del pueblo y otros un nuevo crimen de los refractarios al orden y a las instituciones. Buscando con mucho cuidado encontré sesenta tiros para el Magnum, lo cargué y me lo guardé en el paltó. Yo no tenía adónde ir.

Libros

Un libro que después de una sacudida confundió todas sus palabras sin que hubiera manera de volverlas a poner en orden.

Un libro cuyo título por pecar de completo comprendía todo el contenido del libro.

Un libro con un tan extenso índice que a su vez este necesitaba otro índice y a su vez este otro índice y así sucesivamente.

Un libro que leía los rostros de quienes pasaban sus páginas.

Un libro que contenía uno tras otro todos los pensamientos de un hombre y que para ser leído requería la vida íntegra de un hombre.

Un libro destinado a explicar otro libro destinado a explicar otro libro que a su vez explica al primero.

Un libro que resume un millar de libros y que da lugar a un millar de libros que lo desarrollan.

Un libro que refuta a otro libro en el cual se demuestra la validez del primero.

Un libro que da una tal impresión de realidad que cuando volvemos a la realidad nos da la impresión de que leemos un libro.

Un libro en el cual solo tiene validez la décima palabra de la página setecientos y todas las restantes han sido escritas para esconder la validez de aquella.

Un libro cuyo protagonista escribe un libro cuyo protagonista escribe un libro cuyo protagonista escribe un libro.

Un libro, dedicado a demostrar la inutilidad de escribir libros.

Subraye las palabras adecuadas

Una mañana tarde noche el niño joven anciano que estaba moribundo enamorado prófugo confundido sintió las primeras punzadas notas detonaciones reminiscencias sacudidas precursoras seguidoras creadoras multiplicadoras transformadoras extinguidoras de la helada la vacación la transfiguración la acción la inundación la cosecha. Pensó recordó imaginó inventó miró oyó talló cardó concluyó corrigió anudó pulió desnudó volteó rajó barnizó fundió la piedra la esclusa la falleba la red la antena la espita la mirilla la artesa la jarra la podadora la aguja la aceitera la máscara la lezna la ampolla la ganzúa la reja y con ellas atacó erigió consagró bautizó pulverizó unificó roció aplastó creó dispersó cimbró lustró repartió lijó el reloj el banco el submarino el arco el patíbulo el cinturón el yunque el velamen el remo el yelmo el trono el roble el caracol el gato el fusil el tiempo el naipe el torno el vino el bote el pulpo el labio el peplo el yunque, para luego antes ahora después nunca siempre a veces con el pie codo dedo cribarlos fecundarlos omitirlos encresparlos podarlos en el bosque río arenal ventisquero volcán dédalo sifón cueva coral luna mundo viaje día trompo jaula vuelta pez ojo malla turno flecha clavo seno brillo tumba ceja manto flor ruta aliento raya, y así se volvió tierra.

Ser

El lactógeno el chupón el pablum los pañales cannon el talco mennen los escarpines el gallo de oro los teteros evenflo la tarjeta de bautizo imprenta la torre los jugos gerber la leche klim el visineral los helados cruz roja la pistola wyandotte toys el triciclo nortern la cucharilla el tenedor el cuchillo la ovomaltina la cocacola la pepsicola la cola kdt la naranjita la crema dental colgate el cepillo tek los chocolates savoy los caramelos la suiza el lápiz mongol los cuadernos castle los creyones prismacolor la goma de borrar eagle la goma de pegar lepage's la tijera de plástico el vaso de plástico el libro primario nuestra escuela la regla de madera el compás de metal el bulto de cuero el tesoro de la juventud la anatomía de cendrero la botánica de fesquet el mascotín de catcher la pelota de fútbol los patines rolling skates la pelota spalding el traje de primera comunión casa la religiosa la medalla juan bautista de la salle el retrato de graduación estudio dana la piñata el pino la quincallería arnedo bor las galletas maría la crema de zapatos negra la crema de zapatos marrón el juego de pesas weider los calzoncillos jockey los pantalones bluejeans las dos noches de placer las frecuentaciones de marisa la virgen de dieciocho kilates el gánster de la mano de acero los temerarios del círculo rojo la tabla de logaritmos los condones sultán la penicilina bayer el cigarrillo philip morris las hojillas gillette la loción para después de afeitarse la glostora el reloj despertador las corbatas noble las yuntas las camisas van heusen el traje de baño jantzen la cerveza polar las sopas heinz el reloj de diecisiete rubíes el colchón sweet dream el anillo de compromiso joyería la tacita de oro el maletín de cuero de foca el traje

wilco las medias interwoven los zapatos williams el anillo de boda joyería la perla la torta agencia el pinar el champaña de la viuda cliquot el volkswagen el penetro el cafenol los muebles de rattan la frigidaire el radio philco la cocina tappan los cubiertos de plata saxony el televisor bendix el plato garrard las cornetas fisher la planta hitachi el disco concierto en la llanura la pluma parker el paltolevita la tenaza de comer escargots el tenedor de comer langosta la cigarrera de plata el mercedes 300 el terreno caurimare el proyecto fruto vivas las fundaciones benotto la constructora giuliani el reloj cronómetro la cámara voigtländer el largavista zeiss el grabador vm la película metro el pisapapeles en forma de empire state la colección obras clásicas de la literatura con mueble el sujetalibros en forma de Quijote el cortapapeles en forma de espada las pastillas mentoladas la prótesis laboratorios mészáros la testosterona sandoz las placas radiográficas kodak la habitación centro médico la cama reclinable phoebus knoll el suero laboratorios abbott el oxígeno laboratorios bustos las flores el clavel la urna la voluntad de Dios la placa marmolería roversi.

El paseo

En el carro me toca el asiento de atrás, en el medio, como es natural y casi inevitable y yo estoy un rato parpadeando porque hará unas cuatro o cinco horas que ha llovido y el cielo está nublado pero muy luminoso y en las calles hay cuando no barro amarillo polvaredas rojas, y el tráfico está muy trancado. Así, uno se fija muy bien en las cosas: motociclista a la derecha con camisa a cuadros y moto que hace popopopop-prooo cuando cambia el semáforo; secretaria o ama de casa o lo que fuere, muy joven, que va a cruzar la calle y se detiene de repente pero en un instante que se le ve blusa nylon-falda de no sé qué coño —ojos encharcados de maquillaje— me olvidaré de esa cara, se me ocurre. Nos situamos tras el camión de una vidriería, a mí me molesta el traqueteo del carro y tanto acelera-freno, freno-acelera, yo creo que es la debilidad general, de todos modos, a la derecha, muchachas con maquillaje y cuadernos a la altura del pecho-sostén-teticas, Mecanografía Taquigrafía English School, pienso la primera de ellas, qué piernas, si yo estuviera en la acera decirle buenos días y estarle hablando tres cuartos de hora de sus piernas; seguidamente vendedor de chicha-fotógrafo ambulante-vendedor de espejitos-policía (tantos policías, y cómo uno nunca los nota); la cara de este es achinada; tiene un barrito en la nariz y es imposible distinguir más nada. Es mediodía o no es mediodía o será mediodía las once de la mañana la una de la tarde las once y media las doce y cuarto, pero si mirando el reloj del que está al lado se puede saber, no, preferible no mirar. *Deben estar saliendo las escuelas*, sí, pasaremos junto a alguna escuela que sale, habrá muchos niños mentando madres muchas caras de niñas que verlas es

como grabar iniciales en un árbol y pensar: no durará, en vez de eso, señoras muy gordas con dos o tres preescolares niñas y niños que las circundan como sistemas planetarios y oyen muy indiferentes el regaño en italiano o en vasco o reciben las dos o tres cachetadas necesarias antes de cada semáforo pare-pase-cuidado-peatones. Heladeros tin tirín tin tirintín, árboles en una calle que antes era residencial pero que ahora es pura moto de reparto puro camión de lavandería puro negocio hotel Cádiz repuestos Di Stefano y el tierrero, semáforo colgado alto alto rojo amarillo verde, coño el arte pop, pienso, museos del mundo que no veré (todos) galerías famosas donde no expondré un carajo (todas), no, todavía es muy temprano, no debe haber en las calles una sola puta. Un cine anuncia *El robo del siglo.* Tengo tiempo que no voy al cine. El pasajero de al lado enciende un cigarro y desde luego no me ofrece, todo se va poniendo gris y no sé si es el nublado o el cansancio, avenida, postes, viaducto de concreto, por fin una larga recta a toda velocidad, entonces veo el motociclista que ha pasado delante, la camisa naranja, abombada por el aire, tiembla como una llamarada con un efecto de lo más arrecho velocidad-curva-flameo-distancia-subida-bajada-curva-perderse por una salida lateral de la avenida y entonces opacos camiones o carros libres o un Mercedes con chofer y viejo atrás que lee un periódico con titulares: dos jonrones anoche. Una morena espera a que cambie el semáforo para cruzar. No se fija en mí a pesar de que me la imagino en un bidé y pienso el eterno femenino nacer morir el hospital de maternidad el hospital traumatológico el cambio de semáforos. En ese momento reconozco la vía del aeropuerto, con mucho tráfico debido a la hora pero no totalmente trancada. En el asiento trasero del carro de adelante, está acodado un niñito que nos mira. Hay mucho brillo en las platinas. Esta tarde me llevan al campamento antiguerrillero para matarme, como el viaje es por aire subirán mucho me tirarán al vacío desde el aparato. La cara de la mujer se me había olvidado, tras la autopista veo las avionetas del aeropuerto, una está aterrizando, muy bonita, y a lo lejos se ven las siluetas de los helicópteros, muy

nítidas a pesar del camuflaje militar. Aunque esfuerzo la vista, no puedo distinguir a esa distancia cuál de ellos es el que espera.

La forma de la Tierra

Mañana

Te despertaste cuando cambiaban la forma de la Tierra y el océano Pacífico caía en el abismo. Por todas partes surgían las civilizaciones de la mañana, las estancias y los muebles cambiaban de formas, de sentido y de número, tu concepción personal de ellos batallaba con la oleada de concepciones de los creadores de la madrugada, de allí fluxiones, anomalías, multiplicaciones, a medida que los sentidos de la ciudad viviente percibían las ideas, hacían y deshacían y a veces alteraban y transmutaban aprovechando que tú te ocupabas solo del matrimonio del estallido y del limo, de los lentos párpados del océano cayendo en el vacío. Multiplicar esta percepción, oponer imágenes de ella a imágenes de ella como en un caleidoscopio cuya vorágine transfigura un ala de mariposa vista a través de un caleidoscopio cuya vorágine transfigura un voltear, columpiarse, caer de una cresta de ola. Combinar esta percepción con cada uno de los estados de ánimo que conoces en ti o en los demás. Imaginar esta irrupción como si tuviera lugar en cada uno de los momentos de tu vida. Juzgarla a través de los valores de todas las conocidas civilizaciones hasta la de este instante, y las que este instante hace previsibles. Recuerdo. Todo. Ahora. Antes. Nada. La civilización de los últimos minutos es de duelistas y todas las moradas van siendo horadadas por trampas, pasillos, escalinatas y fosos: en las paredes, bajorrelieves de fieras cuyas fauces inanimadas devorarán los despojos: en los muebles, escamadas panoplias de armas enigmáticas, la mitad de las cuales pueden volverse contra quien las emplea: en los techos, radiantes ilusiones ópticas que

engañan la puntería y hacen alternativamente posible —imposible— el escondite. Salto. Del lecho al piso. Del piso a la mesa que ofrece el helado cuchillo. De la mesa a los nuevos corredores que se abren como bocas de gárgola a medida que tu interpretación personal de la civilización se contrapone y se funde con el torrente de esta. De los corredores a los dédalos de espejos que anuncian y hacen infinita la presencia del retador que se acerca. De los dédalos de los espejos a las piscinas de vino. Salto inmersión espumas. Zambullida. Adivinación búsqueda contacto de un cuerpo con otro cuerpo. Forcejeo, corte. Humareda roja que asciende en el néctar rojo, y solo este sabor salobre indica la diferencia entre líquido y líquido. Burbuja. Bote. Lenta afloración frente a tu rostro de un cuerpo pálido. Multiplicar este sabor de sal. Este silencio de las estatuas de cuyas bocas dejan de correr los surtidores de vino, descubriendo los dientes voraces que se aprestan a medida que el cadáver deriva hacia ellos. Estallido, flujo zumbido cambio de civilizaciones.

Tarde

Escondite. Luces que se apagan en la orgía. La mujer que abrazas deja el idioma en que te habla inventa otro y otro y otro a través de ellos la sigues penetrando en los mundos de cada idioma inventado y en las traducciones de tu mundo a ellos y de las traducciones de ellos a los idiomas que inventas.

Rayo, confusión, ronda, cambio de parejas. Ahora eres tú quien inventas metafísica tras metafísica, las gritas en la oscuridad entre algarabías de amantes que inventan metafísicas, y es ella quien debe reconocer, no tu voz, sino los nexos entre una invención y otra, las únicas e inconfundibles maneras de concertarse y contradecirse que tus invenciones eligen. Orgas orgarargas gas orgarasgasgasgasgasmo. Rayo, confusión, rueda de sistemas de interpretación de percepciones. Oh un mundo donde ella es cierta matemática de olores oh un mundo donde eres para ella cierta manera de interpretar contrastes de colores oh un mundo donde pretende ser ella una amiga que solo puedes

percibir como una forma de fluir del tiempo oh un mundo donde pretenden atraerla rivales que aparecen solo como representaciones geométricas de versos dichos en idiomas olvidados oh un mundo donde la reconoces por la forma de organizar sus aristas al percibirla como un líquido cuarzo oh un mundo donde apareces solo como un vórtice de líneas y ella te reconoce en una sucesión de vértigos orgas orgas orgarasgasgarasgasmo garasgasmo. Rayo, confusión, máscaras. Rostros cuyas facciones cambian conforme a series aleatorias. Ahora ella huye, inventa personalidad tras personalidad y debes reconocerla en las transiciones y oposiciones entre ellas, a la vez tú cambiando tu ser tantas veces como ella más rápido más jaque mate encuentro desencuentro jaque esta melancolía derivación posible de aquella cólera esta exaltación bifurcación demostrable de aquella apatía jaque mate grito. Ella se evade. Ahora, intercambia memorias o usa memorias de otras personas. Es esto y es aquello y es lo otro. Tantos pasados como los dientes de un peine, pasados que intentas forzar captando a tu vez sistemas de recuerdos complementarios o discordes contrastantes o idénticos. En este instante, sombra rayo luz tinieblas, estableces el nuevo reto. El juego tiene lugar en los meandros muertos del pasado. Como trajes ella y tú se cambian los condicionamientos históricos, fugazmente son como ciudades y ejércitos en asedio. Llegar a ella que ahora cree en el milenio, desde Nínive que erige pirámides de manos cortadas. Esculpir rostros que la Tierra tragará y que siglos después al ser desenterrados encenderán lámparas de rubor en su rostro, que viaja en un mediodía enervante de laúdes. Asco ira goce grito rayo. Tu mente crea dos mentes que perciben la situación desde distintas perspectivas, y eres las dos. Ella, tres. Tú, cinco. Ella, veinte. La progresión continúa, el mundo que percibes se fragmenta como si lo reflejara un mil veces machacado espejo cuyas trizas volarán como una lluvia de cuchillos giratorios. Yotuelellanosotrosvosotrosellos multitud contra multitud, en esta nueva batalla algebraica cuyas reglas cambian siguiendo secretas leyes de armonía con el rápido flujo

de las civilizaciones, el auge, la cumbre y la crisis de culturas que se agolpan como olas. Rayo. Volver y encontrarse para el nuevo juego donde se inventan sentidos y artes basados en esos sentidos y todas las experiencias son revividas para ellos y a través de ellos, y capturadas en sus redes que poco a poco llamean y se tejen y se destejen y se intercambian, gritos goces rondas mientras la nueva civilización cambia otra vez la forma de la Tierra y urde ciudades vegetales aires poblados de grifos mares llenas de serpientes continentes de flores voladoras y valles de susurrantes minerales. Sombra rayo luz tinieblas. Rendición y amores. Húmedo deshacerse sobre los cuerpos de los trajes de errantes larvas luminosas. En los cielos las parejas encienden combates en aeroplanos de tela y las nubes se rasgan en cometas de llameante carne dedo en la ametralladora fogonazos chispas un bosque de opuestos seres que habitan tu cabeza miran caer vagos fragmentos sobre el océano.

Noche

Fin del lento tedio que han sido esta mañana y esta tarde, inicio de los juegos. Dar a la Vía Láctea forma de pirámide luego de rombo luego de cubo, transformando así la estructura del espacio y haciendo que por correspondencia Andrómeda se vuelva cónica o se junte a mil sistemas más para hacer un transitorio copo de nieve, viajar adelante y atrás, poblar un universo de galaxias triangulares, volverlo sucesivamente simétrico o asimétrico, convertirlo en fuego, revertir este fuego en su matriz original y reconstruir al mundo que consumió partícula por partícula, oooh aplauso gritos gemidos nada en las mangas reunir toda la materia disponible para crear un campo gravitatorio capaz de detener el tiempo y volverlo circular o bien divergente o bien convergente o bien retrógrado oooh hermosos hilos para encajes laberínticos, encuentro de los seres en universos donde pasados presentes y futuros se cruzan como rastros de babosas y cada momento es a la vez los que le siguen y los que le preceden ooh tiovivos donde cada instante es igual a cualquier

otro y a la vez distinto oooh universos donde cada acto es a la vez el contrario y las opuestas causas y efectos se complementan como lacerantes mosaicos oooh aplausos gritos gemidos voces de niños ahora repique de tambores doble vuelta mortal atención predicción del futuro pues el hombre naturalmente conoce lo que vendrá y los efectos de su conocimiento de lo que vendrá oooh horror terror espanto, el futuro es la certeza de que alguna vez, toda la materia del universo estará viva y toda la materia viva terminará por ser un único y gigantesco cerebro

y ese solo cerebro alguna vez habrá pensado todos los posibles pensamientos y no tendrá más que hacer para distraerse del horror de su propia existencia que olvidarla y recordar, recordar cada uno de los parciales destinos de las cosas que antes de él existieron, recordar estos sucesos remotos de los hombres de su remota niñez, creer ser tú o yo o la persona que amas o los infantiles hombres que jugaban con las galaxias o los adolescentes hombres que dominaron el tiempo y en este momento ser dolorosamente despertado de la amnesia saber otra vez que se es la única mente del universo que esta mente provocará y lo disolverá todo en radiantes fuegos de artificio también es inútil porque en el tiempo inimaginable que la sucederá la energía volverá a ser materia y toda la materia del universo volverá a estar viva y toda la materia viva del universo será un solo cerebro

y esta mente sin resultados tratará de olvidarse de sí misma recordará la remota infancia será despertada por este universal terror provocará la explosión los fuegos de artificio y antes de provocar esa explosión sabrá que la energía tornará a ser materia y la materia tornará a esta viva y la materia viva tornará a ser un único y espantable cerebro que alguna vez lo habrá pensado todo explosión terror recuerdo explosión terror recuerdo explosión terror recuerdo explosión terror recuerdo la forma de la Tierra

Vela de armas[2]

2 *Vela de armas*. Arca, Montevideo, 1970.

El desfasado

Martes doce habiendo esperado ese concierto en la noche fui y encontré las cerradamente cerradas puertas sobre un concierto que era en realidad para el día anterior y ya no quedaba ni el olor a cucaracha de los paltolevitas ni el olor a hidromiel de la saliva en las tubas ni

Jueves uno había yo pensado iré a esa exposición que se abre veré a Diana indefectiblemente la veré y pensaré qué bueno meter la mano dentro de esa chaqueta de gamuza y que ella se extrañe y diga pero qué haces pero había solo un revoltijo de cajones en la trastienda y un pintor flaco que montaba la exposición que era para dentro de tres días

Lunes cuatro fui a buscar mis papeles en la oficina del gobierno esos documentos que dicen quién soy lo que es necesario porque ni yo mismo lo sé y resulta que no era ese el día fijado que el comprobante señalaba otra quincena y cómo pude haberme equivocado

Domingo quince fui al aeropuerto a recibir a Perucho que volvía de Albania de algún país de esos que dan la visa en hojas aparte del pasaporte porque si no figúrate y toda la tarde me llovieron aviones hasta que supe que Perucho estaba ya debidamente preso hacía una semana o quizá meses y todo se trataba de que nos habían dado mal el recado

Miércoles treinta al centro para ver al dentista quien claramente —caramba es verdad cómo no me acordaba— me había advertido que salía de vacaciones y que por lo tanto este colmillo este colmillo

Martes dos qué tiempo que no veo caras conocidas y eso que me invitaron para hoy en la noche no fíjate era para ayer la invitación cómo no te diste cuenta

Sábado quince las entradas para anteayer el talonario para pasadomañana mis padres vinieron y yo no estuve sino al otro día después de idos esta mañana otra vez a buscar trabajo y no atienden sino en la tarde pero el restaurante cerró antes de que yo llegara y el bar no ha abierto todavía al fin lo comprendo las cosas me eluden las fechas me esquivan algo terrible me ha sucedido, transfiguración olvido o muerte desde ahora y por la eternidad a toda cita iré horasantes u horasdespués todo encuentro lo perderé díasantes o díasdespués para mí nunca caras voces trajes será la hora de recuerdos sitios ojos ni la mañana trenzas ella senos ni la tarde ni el día besos pelos dedos ni la semana ni el año ni el siglo, yo desterrado en esta vía lateral del tiempo, yo eternoadelanto eternoatraso frente a esta ciudad donde suceden las cosas, donde hombres a quienes nunca más veré y mujeres a quienes nunca más tocaré reiteran, entrecruzan, eternizan sus encuentros.

Abrapalabra[3]

3 *Abrapalabra*. Casa de las Américas, La Habana, 1980. Otras publicaciones: Monte Ávila Editores, Caracas, 1980; Monte Ávila Editores Latinoamericana, S.A. Caracas, 1994; Monte Ávila Editores Latinoamericana, S.A. Caracas, 2012 (Premio de Novela Casa de las Américas, 1979. Premio Municipal de Novela del Concejo Municipal del Distrito Sucre, 1980).

Dónde está Doñana

Doña Doñana, de la nao en que os truximos vos extraviasteis. Dejástenos un chapín, un agua de olor, un nacarado abanico de dama muy principal, un misal iluminado y un recuerdo. Cruzamos la faz de los que mintieron haberos visto con las mozas del trato que seguían la soldadesca del Frederiman por su rastro de indios decapitados. Un fraile os advirtió y regó la leyenda de una visita de la Reina de los Cielos. Os reputaron cautiva y horadada la nariz para lascivia de un bárbaro. Yo juré por esta someter cuatro reinos indianos y ponerlos a vuestros pies. Si no fuera que Pablillos me ha ganado a la baraja las armas y la ropilla y no tengo el parescer, aunque sí los modales, de fijosdalgo. Que os vieron de fregona en el Convento de las Arrepentidas y de enfermedad mala y fea caída a la pública caridad en la Villa de San Miguel de los Ángeles de Acataurima. Arriba de cien sonetos os dediqué mientras hacía oposiciones para el cargo de tinterillo, por excusar de arte mecánica y vil, antes de que huyéramos a lomo de caballo del negraje que se alzó en las minas y cayera yo prisionero de los caribys que dieron en no matarme por melancolía del cacique de oír mi laúd. ¡Doña Doñana, oí de vos que estabais con los espíritus del bosque! ¡Suplicando a aquellas gentes bestiales logré que me cedieran de tribu en tribu, según el viento y el tenor de las historias de los mancebos que decían haberos visto en los delirios de la iniciación o en el volar de las tórtolas! ¡Os seguí en el olor de las flores y en el almizcle de los animales y en la quejumbre de las flautas de barro que figuraban sapos, hasta que los piaches comenzaron a temerme por mis desvaríos y el laúd se hizo astillas y caminé por las selvas

alejando las fieras con el sonido de la flauta de hueso! Talladas en ella, figuraciones de un hombre y una mujer que se daban la espalda. Pedí limosna a las puertas de la Villa del Tocuyo hasta que me amenazaron con el hierro al rojo vivo y me echaron de las tierras que se habían repartido los pícaros. Vuestros cabellos fui recogiendo uno a uno en las veredas transitadas en vano. A veces, los tejían las arañas. A la vera del camino os he encontrado, Doña Doñana, una vieja zafia y sin dientes, tiznada del humo de la leña, con harapos de ceniza. Yo aún veo suficiente para recoger maíz, que crece dondequiera.

Viaje por las Indias

E adentrándonos en Tierra Firme por jardines, fallamos homes que el su natural es volar, como los pájaros. E los hay homes arbóreos, que florecen e frutecen e comen de sus propias semillas. E haylos otros que se tornan en las cosas que quieren, e son árboles e son rocas e son ríos y nubes. E otros los hay que el solo alimento que tienen es sus propias vísceras. E los hay de otra traza que todos los de un pueblo son un mismo home y es como si uno solo viviera en distintos lugares a un tiempo. E viven por allí otros que un solo home es muchedumbre de homes distintos. E haylos que remontan el tiempo e son sus propios padres y sus propias madres. E los hay que son de órganos y miembros dispersos y sueltos, que según su capricho y menester agrúpanse e disuélvense en toda suerte de quimeras. E haylo uno que él es al mismo tiempo el home y el mundo en el que aquel vive. E haylos que, asustados, escóndense dentro de su propio cuerpo y no hay manera de hallarlos. E las hay mugeres que son una selva y toda ella llena de los órganos propios, al modo que los viajeros, donde quieren, copulan. E los hay homes que son estrellas fugaces e en las noches de la canícula facen danza en los cielos. E homes los hay de un pueblo, donde el uno huele, el otro ronca, el otro come, el otro orina, e entre todos por partes facen las funciones completas de un solo home. E los hay como topacios, que en su fulgor se mellan las alabardas. E haylos que su vida entera dura un latido. E haylos que un sospiro suyo dura milenios. E haylos tan grandes que sus miembros figúransenos Tierra Firme. E tan pequeños que no son discernibles. E homes haylos también que son siempre olvidados una vez vistos. E

haylos que toman la forma del que los mira. E haylos que son su propia sombra. E haylos que su raza tiene diez géneros de sexos, e ayuntan entre todos. E los hay que son solo palabras e viven cuando las repetimos. E haylos también que son solo imágenes e existen cuando las recordamos. E los hay que son idénticos a los que fuimos. E haylos que son los que seremos. E otros que son y han sido siempre cadáveres. E los hay de tal hechura, que no hay palabra para referirlos. E haylos de condiciones tales, que de nadie es creída su existencia. E otros hay, que son solo un aroma. E haylos, que son manchas de luz. E los hay estotros, que son tachones de sombra. E encontramos homes que eran un gran sexo, e vivían dentro de una muger que era solo una gran funda. E haylos otros que son solo órganos de los sentidos. E haylos con sentidos configurados de tal forma, que por ellos solo conocen el deleite. E haylos que son solo una melodía. E por horror de la maravilla, matámoslos todos.

Los santos

Yo fui el primero que se dio cuenta de la desaparición de los santos. Cuando apareció vacío el nicho en donde estaba San Pedro, pensé en acusar a los negros, que se lo habrían llevado prestado para su jolgorio. Después me contaron que, en efecto, San Pedro había celebrado la fiesta con los negros. Jugó chapa varias noches seguidas y durmió una borrachera de tres días. La última noticia que tuve de él fue que seguía la parranda, río abajo, hacia el mar. Hacia los pueblos de pescadores.

Después de eso desapareció San Sebastián. Dudé en poner el caso en conocimiento de las autoridades, suponiendo, como reputo por cierto, que por órdenes de allá arriba San Sebastián había sido mandado a buscar a San Pedro. Me confirma la suposición el cuento de una beata que esa madrugada vio caminar por las calles a un muchacho en paños menores. Por cosa de las flechas, sería, se juntó con una tribu que huía de los hacendados, que ese año los estaban matando. Supe que vive con una guaricha. Supe que ha olvidado el idioma.

San José también se fue, pero no para buscar a nadie. Se fue del nicho y puso una carpintería en el pueblo vecino. Casó y tuvo hijos, todos contrabandistas. Estos taburetes fueron hechos por sus propias manos.

¿Y la lujosa imagen de San Cristóbal, que databa de la Colonia? Se fue, con niño y todo, a hacer conucos. El niño se le murió de pasmo. Era un hombre muy apreciado de las comadres, siempre dispuesto a hacer un favor, siempre disponible. Pasaba niñas por los ríos, y se las robaba. Regresó al año de la gran hambrazón, a morir de paludismo, como todo el mundo.

A San Juan Bautista también le llegó su hora de irse. Yo lo descubrí una madrugada, cuando me levanté a investigar quién buscaba a tientas el cerrojo de la puerta. Él me explicó que al cielo ya solo iban las beatas y viejos, que después de dos mil años haciendo la corte entraban ganas de volver a recorrer el mundo, de comer arepa, de hablar con las gentes, de tener piojos, de sufrir persecución de la justicia, de morirse, tal vez, y olvidarlo todo. Tantas cosas que hablamos, y qué gran tristeza en lo que pude entender. De lástima que me dio le regalé unos pantalones viejos y unas alpargatas. Las lenguas dicen que lo mataron en una redada de pedigüeños en Elorza.

De Santa María me llegaron noticias que juntó con un arpista y que tuvieron muchos muchachos. Bordaba primores y hacía unos dulces de cabello de ángel divinos, lástima que el hombre le daba muy mala vida, era muy mujeriego, pero nada en esta vida es perfecto. Supe que murió de parto.

A San Roque algún comemierda lo delató como enemigo del gobierno. Finó en el Castillo de San Carlos, con grillos setentones.

Como último recurso mandaron al Arcángel Miguel a recoger tanto santo esgaritado. Era un carajito arrecho, bueno para la pelea, que se fue con la guerrilla de Arévalo Cedeño. Murió en la frontera, de bala.

La paloma del Espíritu Santo yo la vide con la bandada, sobre el campanario. Esos pichones que vuelan sobre la plaza son suyos.

Al quedarse la iglesia vacía comenzó a dolerme la soledad. Yo entonces cerré las puertas con candados y clavos, y me fui por los caminos, buscando la vida. Le metí un palmo de hierro en la barriga al que dijo que yo me había robado las imágenes y se las había vendido a una iglesia de Cúcuta.

Ya soy viejo, y he perdido la pista de los hijos que tuve con Santa Teresita del Niño Jesús y con Santa Tecla. Si usted los ve por esos mundos, dígales que yo los bendigo.

La estrella

De joven, una vez me metí en una barranca donde había caído una estrella. Había descuajado las ramas de los más altos árboles y flotaba en el aire un olor a trueno. La estrella se fue disolviendo en las canciones que la habían formado, y a través de ellas conocí lo que nadie pudo conocer en el hondo y polvoriento abismo de los tiempos. Cada canción dicha por la felicidad y cada canción dicha por la amargura renació y murió. Y yo, que debía también morir.

Deshice el camino canturreando.

Patria

La patria es pequeña, y cabe en las manos. Está ya amarillenta, y los trazos que la definen, descoloridos. Se abren los pliegues de la patria. Torrentes de sudor la han desteñido. La patria la trajo en su morral el abuelo desde un páramo, y esperaba regresar vivo para enseñárnosla. El abuelo estuvo a punto de morir en Pasto de una herida que se le abrió, y en Cundinamarca de las calenturas. En Pisba le mató el caballo una partida de desertores hambrientos, pero defendió la patria a cuchillo y pudo salvarla. A la patria después le cayó chiripa y comején. El abuelo la guardaba envuelta en un pañuelo bordado que mereció en Guayaquil. Cuando arreció el hambre vinieron los oficiales y los viejos godos a comprarle la patria a precio de baratillo. El abuelo no la quiso vender. Las trazas comenzaron a comerle las esquinas. Otro veterano, que pedía limosna porque había perdido un brazo en Pantano de Vargas, le dijo al abuelo que la patria no valía un centavo, que nadie la reconocía. La tormenta que tumbó el techo de la choza mojó la patria y desdibujó el ovillo de la rúbrica. Ya no se leía la relación de los ascensos. Tampoco estaba muy clara la categoría y extensión de las tierras de las antiguas haciendas realistas y fundos de la corona que se habían adjudicado al infrascrito en su condición de oficial de la patria y por servicios distinguidos. Abuelo soñaba con llanuras de La Puerta, que le habían parecido fértiles mientras huía por ellas con su batallón diezmado. A veces visionaba campos como los de Urica, donde cayó tanto bravo. Cuando la crecida se llevó la choza y no quedó rastro de nada, vinieron a echarnos, diciendo ser aquellas tierras de antiguo compradas a la República

por justos títulos y comerciantes acreditados. Abuelo ya había muerto de la calentura. Echamos a andar, llevando en los bolsillos la patria.

La canción

Adiós, pájaro de precio
Que me brindaste tu trino
Para ti queda la jaula
Para mí queda el camino

Deliró todo el tiempo. Delirios en los que entraban pesadillas con las formas de los órganos que habían sido tocados por los lanzazos.

Agua de tinajero, que aleja las fiebres. Si muere, el alma volverá siempre a este pueblo con las lluvias.

Me dio el soroche y me dio la fiebre en medio del hielo y todo eso era patria. Patria es donde uno pisa, dijo el abuelo.

Antes de morir, el abuelo Macedonio Luque dijo tráiganme una guayaba. Yo tardé lo más posible en arrancar del jardín esa guayaba porque sabía que en arrancándosela se iría el abuelo.

Cuando nos expulsaron de las tierras que le habían prometido al abuelo por sus servicios en Ayacucho, le encomendé a mamá el pedazo de papel descolorido con los grados y los ascensos, le encargué que lo cuidara, que a mi regreso lo tuviera.

Dejé familia, al azar de los caminos. Tomaba rumbo para donde oía canciones.

Di en cantar. Desprecié a los copleros que me retaron. Dirigí el alazán en busca del padre de todas las canciones.

El padre de todas las canciones hace tiempo que se me juye. Le doy cita en las fiestas, en las peleas, en las coplas, que vuelan más rápido que los pájaros.

Al padre de todas las canciones lo encontré al fin después de tantos años. Estaba tan viejo, que su voz ya no sonaba.

Lo clavé de un lanzazo contra el arpa, por rencor de no haber oído la canción tan hermosa con la que hubiera podido vencerme.

Yo canté contra mí, pero mi voz me daba odio. Cabalgué con las montoneras; y maté tantos hombres, por ver si era la del dolor la canción más hermosa entre todas.

Me dejé aprisionar, por saber si la voz, al tratar de escapar, da la canción más hermosa entre todas.

Tuve tantas mujeres, por saber si el amor hace que cualquier canción sea la más hermosa entre todas.

Y fui tan pobre, por saber si la que no se tiene es la canción que es más hermosa entre todas.

Renuncié a la memoria, por saber si la canción que se olvida es la más hermosa entre todas.

Supe, al final, que se estaban yendo las canciones.

Las canciones se iban por temor de que yo pudiera encontrar la más hermosa entre todas, que las avergonzara y las empequeñeciera.

No volví a cantar más, y morí de pesadumbre.

Caballo de espadas

Caballo de espadas y caballo de oros y caballo de bastos y caballo de copas y otra vez caballo de espadas, que delata la trampa de la baraja.

Lo clavaron sobre ella, de una estocada.

Los imaginarios

A mí me reclutó, sí señó, el Coronel González, si señó, que para entonces era de la revolución, sí señó, y le vendió al gobierno la batalla de Mataperro, sí señó, porque le prometió un ascenso, sí señó, y la Prefectura de San Miguel de Acataurima, sí señó, y yo fui uno de los pocos que escapó, sí señó. A tambor batiente entramos en San Miguel, y el General González me dice, Jacinto, cuídeme los presos en la Prefectura, y yo me presento a la Prefectura y le digo, no hay nadie, General, en la Prefectura no hay nadie; que no me contradiga, Jacinto, que me cuide los cien presos de la Prefectura, que aquí están anotados y todos los días cobro el dinero para su ración, y yo voy, pas, pas, pas, y me cuadro frente a la Prefectura con sus calabozos vacíos felicitándome de que en el pueblo tampoco hubiera nadie para verme hacer ese papel de pendejo, estar cuidando unos presos que no estaban allí; Jacinto, Jacinto oh, me dijo a los pocos días el General, yo he decidido nombrarlo Sargento; Sargento de qué, mi General; pues Sargento del contingente de reclutas que viene a cuidar los presos peligrosos que tenemos, que en cualquier momento se amotinan; y dónde están, mi General; cómo que dónde están, aquí está la lista y la orden de pago de las raciones, que acabo de cobrar en efectivo; usted acuartélelos y tome las providencias del caso; sí señó, digo yo, y me voy a la plaza llena de perros sarnosos y palomas muertas y digo, ¡Compañía!, y nadie me contesta. ¡March!, y me fui a la Prefectura con la lista bajo el brazo y sintiendo que se reían, quién se reía, no sé. Ahora era una vaina, una guarnición vacía cuidando calabozos vacíos. Yo todos los días pasaba la lista y el General cobraba las

raciones. De tanto pasar lista de presos que no estaban allí y de soldaditos que no existían llegué a conocérmelos de memoria; Pedro Luján, tú eres un alborotado, compasión deberías tener de tu mamá; o Pepe Frijolito, no llore de noche, mijo, que no hay mal que dure cien años; o Roque Chacón, yo sé que usté brinca la tapia de noche para ir a ver a la novia pero si lo vuelve a hacer le sale cepo de máuseres, así yo me entretenía tratando de no pensar, que es lo que lo jode a uno, hasta que un día el General González me dice, ah vaina; ah vaina qué, mi General; que viene en gira el Ilustre Americano y le va a pasar revista a la guarnición y a indultar los presos; ah bueno, le contesto; cómo que ah bueno, me dice, y cómo se justifica lo de los trescientos pesos diarios en raciones. Jacinto, estamos en campaña, Jacinto. Sí, mi Gene. Los cien presos se acaban de escapar para unirse a la revolución. Sí, mi Gene. Y hay que perseguirlos. ¿Con qué, mi Gene? Cómo que con qué, con los doscientos reclutas. Toque alarma y disponga el orden de marcha, que ahora mismo informo a la capital el parte de los sucesos. Ahora lo que me desagrada, yo de pendejo tocando alarma y llamando a hacer formación en una plaza vacía con tantos ecos, y ese desfile, hacer chaplán, chaplán, chin, chin, y las risitas, que no eran de nadie, y los perros bostezando. Aliviado me sentí a pesar de la polvareda de la marcha, y cuando la disipó el viento de la tarde vi que el General nos llevaba a una encerrona. Mi General, dije, esta hondonada es una vaina. Estamos cortados por la quebrada y el barranco. Siga adelante, carajo, y no discuta. Pero mi General, le dije. Cállese, y ordene avance, mire que ya le están disparando a las vanguardias. Acabaron la vanguardia, mi General. Cargue con el centro. Nos mataron todo el centro, mi General, ya le dije que esta posición es fatal. Avance con la reserva. Sobre su conciencia esta mala batalla, mi General. Como hombrecitos, les dije a los muchachos, y me lancé con ellos al asalto. Cuando cayó a mi lado el último recluta, habíamos también barrido a machete al último de los que hacían la emboscada. Esto es el acabose, dijo riéndose el General, el gobierno y la rivolución se

liquidaron enteritos. Yo sentía en la lengua la gran amargura del aguardiente con salitre. Eché a lagrimear, con los ojos picados por la humareda de la pólvora. ¿Qué vaina es esa, Jacinto?, me dijo el General, rasgando las listas y redactando el parte de la heroica defensa de San Miguel. Me dan tristeza, dije, manque sean imaginarios. Pero Jacinto, dijo el General llevando la mano a la carabina, si tú también eres imaginario. Entonces sentí que se me derramaba por la boca la sangre de la herida, y se me doblaron las piernas. Caí en la noche, entre cadáveres.

Carpión Milagrero

Carpión Milagrero, tú que naciste del amor, permítenos morir sin él. Venga a nos el olvido de tus ojos tristes donde nos reflejamos los de este pueblo, que es todo él como una lágrima.

Retirada nos sea tu mano que desató los furores del prodigio y terminó la aridez haciendo que lloraran los pájaros.

No resucites nuestros muertos, que se nos entran por los zaguanes reprochándonos nuestros olvidos.

Perdona nuestros terrores así como nosotros te perdonamos el florecer de las piedras y que el agua hablara al ser bebida.

A ti te impetramos que detengas las lluvias de palomas y las montañas que vienen hasta nuestras puertas para ofrecernos sus hierbas más humildes.

Apártanos de tu beso que hace nacer en nuestros cuerpos la perfecta salud y el antojo de un amor tan perfecto que para él no existen nombres.

Despójate de tu cayado que escribe en los aires tan hermosas visiones que nos duelen las entrañas.

Desvía de nuestras puertas esos tus pies que devuelven transfiguradas en gemas las briznas y las espinas de los caminos.

De las visitas del arcoíris, guárdanos. De la conversación de los helechos, protégenos. De la mirada de las nubes, sálvanos. De las canciones de los peces, cúbrenos. De las lunas bailarinas, distáncianos. De las torrenteras de luz, resguárdanos. De la borrachera de los soles, quítanos.

Apiádate de nuestros insomnios en que cavilamos los prodigios que añadirás cada mañana a la tierra.

Conduélete de nuestras dudas al no saber qué milagros pedirte.

Sálvanos de nuestros terrores al verificar la insuficiencia de los milagros.

Concedida nos sea la gracia de olvidar el llanto de las cosas al ser transformadas.

Borrada sea la amargura de nuestro corazón al vivir entre milagros y ser incapaces de obrarlos.

Míranos con compasión así como nos miraste en la hora terrible en que nos prometiste la insuflación del valor y el aliento que nos permitiría a todos hacer prodigios.

Recibe piadoso estas súplicas así como recibiste las piedras con que en ese instante te lapidamos.

Por las intenciones de tu corazón, que todavía late, por el brillo de tu amorosa sangre, que todavía nos tiñe, por las palabras de tu lengua, que arrancamos, por los actos de tus suavísimas manos, que dimos a los perros.

Enmudécenos, Carpión. Ensordécenos, Carpión. Embótanos, Carpión. Haznos insípidos, Carpión. Carpión, ciéganos.

(Se reza indefinidamente hasta que llega la muerte).

El compadre

Autorizo la salida del sol y permito a la vaca Azucena parir un becerro con una estrella en la frente.

Mando repartir nombramientos y ayudas entre los adulantes que me saludan agitando sus sombreros desde lejos, al pie del apamate.

Ordeno que me lean la lista de las delaciones, en donde mis hijos, mi hermano y mi primo se acusan mutuamente de planes para asesinarme.

Autorizo al Arzobispo a que venga a entregarme el escapulario bendito por el Papa y la poción de pomarrosas para mi vejiga.

Mando al Consejo de Ministros que otorgue a mi compañía la concesión petrolera que necesita para revendérsela a los ingleses.

Ordeno al señor Amadeo que me venda sus hatos para completar el negocio del monopolio de la carne.

Autorizo al escritor Macedonio Catalán a que me entregue los regalos que trae de Europa, mientras vigilo la anidada de las cluecas, la tusa de los gallos de pelea, la capada de los cochinos.

Mando a la comisión de las compañías de los gringos que redacte las leyes del país sobre la materia de minas y de petróleo.

Ordeno a Eloy que cuelgue de las bolas a los oficiales que no quieren delatar a los conjurados.

Autorizo que suelten a los estudiantes que protestaron, vista la carta de su dirigente donde dice que el festejo no tenía carácter político, que las manifestaciones carnavalescas no iban contra el Gobierno.

Mando que entreguen unas casas a las últimas queridas que me han parido muchachos.

Ordeno al general Apolonio Iturbe que salga a combatir a los malos hijos de la patria que han invadido en un vapor fletado, y dispongo que no le envíen el parque ofrecido hasta que no haya muerto en combate.

Autorizo otra recluta de voluntarios para que los manden amarrados a trabajar en mis hatos.

Mando los sueldos y las raciones del engorde de los mautes, de los espías, de los generales, de los mulos, de los embajadores, de los bueyes, de los senadores, de los perros de cacería, de los sabios.

Ordeno que la ceniza del tabaco y la esperma de la vela y la clara de huevo en la botella me traigan los presagios de la vida eterna, del poder irresistible, de la riqueza incontable.

Después de la cena, autorizo la lluvia.

Desde la ventana contemplo los luceros y ordeno la caída de los que no me gustan.

Permito la noche sin sueño por la hinchazón de la vejiga y la tirria de este país de muérganos en donde todos me obedecen por interés o por miedo.

Ordeno que amanezca y que los carros de la comitiva se dirijan a la hacienda donde se retiró el compadre Celestino Núñez Luque, mi lugarteniente que decidió a puro machete la primera batalla cuando tiramos la invasión por los páramos.

Bajo la acacia sin hojas el Celestino me dice que no me visitaba hace veinte años, de coraje de que vayan a pensar que es por pedir algo.

En el gallinero lleno de aves muertas de moquillo el Celestino me justifica que yo haya tumbado al Invicto Siempre Vencedor Jamás Vencido, de la rabia de que me hubiera hecho capar un gato de la Primera Dama cuando Celestino no lo quiso hacer y prefirió venir a pudrirse en su hacienda.

En la mesa rota bajo el comedor con el techo caído, Celestino no deja que Eloy pruebe la pisca y el mojo, diciéndome: Vusté sabe que yo solo mato de frente.

En los campos abandonados por la crisis del café, le ofrezco un ministerio y él me ofrece un cargo de mayordomo.

En los chinchorros de la galería arruinada nos estamos horas sin decir nada mirando las iguanas que pasan por los corredores abandonados y los gatos que olisquean las sobras, y sé que he encontrado al único hombre del país al que no puedo asustar ni comprar.

Ordeno que la luna tarde varios años en salir para retardar el maullido de los gatos y para sentir que dura bastante este momento de tener cerca un igual: un amigo.

Dispongo que caiga la oscuridad y al irme a acostar, mando: Eloy, antes de que amanezca, me afusila al compadre.

Cumpleaños feliz

Te deseamos a ti. A ti a quien hemos llenado la boca de caramelos y las manos de silbatos y cuchillos sin filo, y hemos cubierto la cara con un antifaz para no ver la expresión de tus ojos ante esta torta con velitas que te ofrecemos gritándote: ¡Que los cumplas feliz! ¡Te deseamos a ti!

A ti que ahora soplas y la primera vela no se apaga ni se apaga la segunda ni la tercera ni la cuarta ni la quinta y por más que soplas aire saliva caramelos, las velas arden en la oscuridad de la sala, derritiéndose lentamente, hasta hundir sus llamitas en la cremosa torta rosada.

Ante tus lágrimas, una casi transparente llama se enciende en el rostro de tu abuela e inútilmente soplas, intentando apagar el resplandor que la consume. Papá, mamá, tío, tía, también llamean en hilera, en el centro de la sala cantando mientras la llama desciende, dejando solo pavesas y recuerdos dispersos, mientras soplas, soplas aferrando silbatos y dulces.

Ahora sientes que también una llama acaricia tus cabellos y corre por tus mejillas. En el centro de la sala, aferrando silbatos y dagas, sopla, sopla, sabiendo que la llama no se apagará, que te va a consumir hasta las raíces. La misma sala arde y arde el cielo. Y esta fiesta durará muchos años. Que los cumplas feliz. Te deseamos a ti.

Los juguetes

El tío saca a pasear a Micael.
Micael pasea en la noche de diciembre.
Micael y el tío ven las vitrinas.
Las vitrinas están llenas de juguetes.
Los juguetes huelen a latón y a pintura.
Los juguetes miran con sus ojos de vidrio.
Los juguetes se mueven con la cuerda.
Los juguetes caminan torpemente.
Los juguetes entran y salen de las cajas iluminadas.
Los juguetes se saludan con alegría.
Los juguetes se paran cuando se les acaba la cuerda.
Micael mira al tío.
El tío mira con sus ojos de vidrio.
El tío se mueve.
El tío camina torpemente.
El tío entra y sale de los edificios iluminados.
El tío saluda con alegría.
El tío se para con la mirada perdida en el vacío.
Micael mira al tío.
Micael aprieta la mano del tío.
Micael mira los transeúntes.
Los transeúntes miran con sus ojos de vidrio.
Los transeúntes se mueven.
Los transeúntes caminan torpemente.
Los transeúntes entran y salen de los edificios iluminados.
Los transeúntes saludan con alegría.
Los transeúntes se paran.

Todo se para.
Micael sabe que nadie ha oído su grito.
La mano del tío se mueve.
El tío lo mira con sus ojos de vidrio.
El tío y Micael se mueven.
El tío y Micael caminan torpemente.
El tío y Micael entran y salen de los edificios iluminados.

Problema con las mandarinas

Tomar en la mano una mandarina. Contar los poros incontables, ver cómo, a medida que se hunde la uña del pulgar, ts ts ts alfilerazos de perfume impregnan las manos las narices la ropa. Seguir el avance de la grieta, que pone de manifiesto, entre el anaranjado-verde, el blanco mate, el blanco algodonoso, el blanco hilachado, el blanco nube, el blanco chispeante, el blanco hueso.

Seguir adelante. Considerar los filamentos que se desgarran, las estructuras que quedan al desnudo. La miríada de cerebros anaranjados que quedan al descubierto

y que no piensan en nada, solo que cada hilo que se les arranca abre canales, solo que cada poroso encaje es una teoría del mundo, solo que la gota que saltará en el pleno corazón de los reventados hemisferios reflejará infinita anaranjadamente: la mandarina misma, tus manos, tu rostro, las sucesivas cúpulas que el tiempo construirá sobre tu inmovilidad y sobre tu cabeza.

Morir de hambre, con los bolsillos repletos de mandarinas.

Scorpio contra Neutra

NEUTRA yace maniatado con ligaduras de acero, incrustado en el bloque de hielo que deriva hacia el mar de las orcas azules. Las llamaradas de escape del cohete de Scorpio derriten el hielo, y Neutra combate las orcas azules. En cinturón volador, Neutra persigue al cohete y extiende las nubes magnéticas que confunden sus mandos. Catapultas de escape disparan a Scorpio hacia el reactor que custodia la ciudad de neón. Con inductores hipnóticos se abre paso hasta el conmutador de la bomba de Armagedón que controla la Tierra. Scorpio derrite edificios cuya masa desborda hacia Neutra. Con las dragas que flotan en el magma fundente, Neutra demuele las paredes del reactor y taladra sus sótanos. Scorpio atrae las dragas hacia las redes de alto voltaje que las convierten en jaulas farádicas que apresan a Neutra. Con su traje aislador Neutra produce los cortocircuitos que vaporizan el metal radiactivo. En escafandra blindada, Scorpio escapa por las cañerías dejándolas sembradas de minas. Neutra libera las compuertas del ácido mortal que corroe las cloacas. Con silbato ultrasónico Scorpio obliga a las ratas a que formen tapones, y asciende a las calles en busca de Neutra. En patines escaladores se persiguen por las paredes de vidrio de los rascacielos. Desde las casillas de control, el uno contra el otro se arrojan misiles, aeroproyectiles, tranvías cohete y trenes autómatas. Scorpio lanza contra Neutra el rayo demoledor que impide que la hemoglobina se mezcle con el oxígeno. Sustituyendo su sangre con compuestos silíceos, Neutra lanza contra Scorpio la onda de parálisis que detiene los corazones. Scorpio conecta a sus arterias la bomba cibernética del tórax y

libera el huracán de sonido que progresa hacia Neutra. Neutra levanta la pared de vacío que interrumpe el sonido y desata los dardos con bacilos de peste. Scorpio crea anticuerpos mutantes que gangrenan los ganglios de Neutra. Neutra rocía hacia Scorpio las feromonas que lo convertirán en presa de las trombas de langosta carnívora. Scorpio azuza contra Neutra las termitas comedoras de metal que, uno tras otro, hacen colapsar los subterráneos.

Descendiendo en la cápsula que navega entre lavas, Scorpio regresa a su nido del volcán inactivo. Convertido en un haz de neutrinos, Neutra atraviesa la corteza terrestre hasta dar con el nido de Scorpio. Scorpio proyecta contra Neutra la barrera de láseres que defienden el volcán extinguido. El traje de espejos de Neutra refleja los láseres y los devuelve convertidos en rayo quemador de retinas. Proyectando hologramas, Scorpio llena el paso de Neutra de atacantes fantasmas, laberintos sin muros, irreales barreras. Con caleidoscopios gigantes, con prismas rotatorios, Neutra multiplica las ficciones de Scorpio hasta confundir sus visiones. Scorpio conecta el rayo acelerador que lo hace más rápido que sus propias imágenes. Inyectándose las drogas enanizadoras, Neutra se hace ilocalizable, ocultándose en granos, en gotas, en motas de polvo. Scorpio recurre a los supercerebros artificiales y al análisis táctico, que predicen los movimientos de Neutra. Guiándose por el azar, los augurios y la escritura automática, Neutra quebranta las predicciones de Scorpio.

Scorpio conecta el generador de terremotos que desploma las cuevas en los hombros de Neutra. Escapándose por las grietas, Neutra enciende el activador de volcanes, que inunda de lavas el nido de Scorpio. Liberando al azar sus combinaciones genéticas, Scorpio sufre mutaciones proteicas que evaden a Neutra. Neutra se convierte en regulador del medioambiente y aniquila las mutaciones haciéndolas inviables hasta que Scorpio regresa a su forma primaria. Transformado en un haz de tachyones, Scorpio se evade al pasado y retorna al presente y se

evade al pasado y retorna al presente, produciendo millares de simultáneos Scorpios que se enfrentan a Neutra. Neutra siembra paradojas en el viaje en el tiempo y anula las identidades suplementarias de su oponente. En dédalos de dimensiones y paradimensiones se encuentran y se desencuentran, se asen y se desasen. Neutra se proyecta en espacios de infinitas dimensiones en los cuales Scorpio lo percibe en todos los sitios y en todas las formas. Scorpio se proyecta en un espacio de una sola dimensión en el cual Neutra lo percibe como un punto sin espesor e inaferrable. Se persiguen en la órbita de los asteroides, como proyectiles se arrojan quásares y cometas. Se acechan usando de trampas estrellas enanas y agujeros negros en colapso gravitatorio. Con látigos neurónicos combaten en la corona del Sol y en las lunas de Júpiter. El cortocircuito de sus cinturones de emergencia los envía, meteoritos ardientes, sobre el mar que circunda los polos. Asumen sus verdaderas identidades, desechan sus inútiles máscaras consteladas de transistores.

Scorpio yace maniatado con ligaduras de acero, incrustado en el bloque de hielo que deriva hacia el mar de las orcas azules. Las llamaradas de escape del cohete de Neutra derriten el hielo, y Scorpio combate las orcas azules.

El valle de las lunas enterradas

Tras escapar del diluvio, seguí caminando en la oscuridad, golpeándome los pies descalzos entre áridas rocas, hasta que divisé un monte perfilado tras un resplandor de plata. Traspuse el monte y el resplandor creció. Llegué a un valle negro, entre cuyos montículos sobresalían inmensos cuernos plateados, como puntas de guadañas enterradas. Era el valle en donde caían las lunas después de su carrera por los cielos. La violencia de su caída las sepultaba y de allí que, a través de la negrura de borra de café del suelo, trasudara un resplandor helado, y aquí y allá asomara una hoz curvada como un ala de golondrina. Por su resplandor fui reconociendo todas las lunas que habían encandilado mis ojos. La menguada de mi nacimiento, y la luna de sangre de mis desgracias, y la luna de hielo de la indiferencia. Reconocí lunas inmensas cuya gravitación había estado a punto de elevarme, y lunas mansas de esas que aparecen en las tardes del mar, como la vela de un navío. Y lunas malignas como aguijones y lunas olvidadas como cortaduras de uñas. El fulgor de aquellas lunas era inagotable y hacía pesar un silencio que casi me derribaba. Las amargas lunas del insomnio y las lunas cristalinas del pesar. Quise gritarles y me paralizó la lengua el peso de plomo de la inutilidad de las griterías contra la luna. La última de ellas estaba en el cielo, y descendía hacia el valle como una lenta cimitarra. Recordé lunas de melancolía y lunas de delirio y lunas pardas y lunas azules y lunas doradas. El fulgor de las lunas semienterradas se duplicaba al reflejar el fulgor de la que caía. Eché a correr, entre un bosque de plateados filos. Sentí el terremoto de la caída de la última luna y el alarido de la plata

lunar que vibraba por el impacto con la tierra. Durante varias noches soñé con espejos.

El campeonato mundial de pajaritas

Abierto oficialmente el campeonato mundial de pajaritas, el señor Pereira se dirige al proscenio, toma una hoja de papel, la dobla, la vuelve a doblar, y de los pliegues surgen lentamente una montaña, y un arroyo, y un arcoíris que desciende hasta que junto a él fulguran las nubes y finalmente las estrellas. Un gran aplauso resuena, el señor Pereira se inclina y baja lentamente a la sala.

Acto seguido se instala en el proscenio el señor Noguchi, quien toma en cada mano una hoja de papel, la mano izquierda dobla dobla dobla, sale una paloma, sosteniendo el pico con los dedos anular y meñique y tirando de la cola con los dedos índice y medio las alas suben bajan suben bajan, la paloma vuela, entre tanto la mano derecha dobla dobla dobla, sale un halcón, colocando el dedo índice en el buche y presionando con el pulgar en las patas, las poderosas alas suben bajan suben, el halcón vuela, persigue a la paloma, la atrapa, cae al suelo, la devora. Grandes y entusiásticos aplausos.

Sube al proscenio el señor Iturriza, quien es calvo, viejo, tímido y usa lentecitos con montura de oro. En medio de un gran silencio el señor Iturriza se inclina ante el público, hace una contorsión, se vuelve de espaldas. La segunda contorsión lo despliega, asume una forma extraña, y luego vienen la tercera, la cuarta, la quinta contorsión, la apertura del pliegue longitudinal y la vuelta del conjunto. La sexta y la séptima contorsiones son apenas visibles pero definitivas, la gente va a aplaudir pero no aplaude, en el proscenio el señor Iturriza deshace su último

pliegue y se transforma en una límpida, solitaria, gran hoja cuadrada de papel blanco.

La canción

Al borde del desierto, en el ribazo, con la lanza clavada en la arena, mientras yo estaba sobre la muchacha, ella dijo una canción que pasó a mi boca y supe que venía desde la primera boca que había dicho una canción ante el rostro del tiempo para que llegara hasta mí y yo la clavara en otras bocas para que llegara hasta la última que diría una canción ante el rostro del tiempo.

Un paseo en tanque

Yo dormía al borde de la carretera cuando la vibración me despertó. El tanque se había detenido y brillaba, nuevo y oloroso a pintura, bajo el sol matinal. El conductor me hizo señales para que subiera. Sin saber si alzar o no las manos, escalé las cremalleras, los enmascarados faros, las torrecillas. Quise decir algo, pero el estruendo del motor, de nuevo en marcha, me disuadió. El tanque hendía una cerca pintada de blanco, irrumpía en un campo florido. De vez en cuando los tripulantes abrían la boca, sin que fuera audible ninguna palabra. Los cascos, los lentes, las orejeras, me impedían ver más de sus caras. El calor de la maquinaria me daba en las mejillas. Cruzamos un arroyo, un sendero, un bosque pequeño. Sentí olor de savia y de insectos aplastados.

Más adelante, el tanque embistió una casa. Chispearon en el espolón algunos cables eléctricos cuya malla arrastramos centenares de metros. Los tripulantes desplegaron grandes mapas y discutieron perplejos mientras el tanque demolía las tiendas de la calle mayor. Las escotillas fueron cerradas para impedir la entrada del polvo de yeso, las astillas de vidrio y el cascajo de la construcción. Por las mirillas yo veía vacilar y desintegrarse maniquíes, jarrones, relojes de cucú. Un campanario describió una parábola perfecta y estalló. De repente, el cielo. Corríamos sobre verdes praderas. Las vacas se apartaban lentamente. A veces, las cremalleras esparcían una pulverización de sangre.

Los tripulantes se guiaban por el sol. El sol murió. Los tripulantes se durmieron. El tanque, guiado por el piloto automático, mugió por las praderas contestando los lejanos llamados de las

vacas y recogiendo el bruñido hielo de la luna y danzando por las pistas antiguas que remotos tanques habían trazado cruzando y recruzando por los campos de trigo. En zigzags y en círculos el tanque tejió danzas de aquelarre, se aproximó hacia hondonadas leprosas llenas de antiguos cráteres y de osarios de muertas máquinas de batalla. En un momento dado, la sirena del tanque comenzó a llamar frenéticamente en la vasta nada del pasado. Solo le contestaban campanarios lejanos, árboles que caían en los bosques nocturnos. Con la gran nariz del cañón, la máquina husmeaba la cariada ornamentación de la herrumbre y el arcaico hedor de la carne hecha polvo. A diestra y siniestra demolía chatarras, tañendo en ellas notas casuales como las que produciría un borracho pateando latas en una sórdida e infinita medianoche. Los tanquistas dormían mecidos en aquel yunque que era su cuna. La luna tejía llamaradas en el vaivén de la cabina. Las mariposas nocturnas formaban carámbanos bajo el cañón. Hasta que el tanque destruyó la misma luna e irrumpió hacia el día, como una constelación de hierro.

El conductor me hizo señas para que bajara y gané el suelo torpemente, como un alpinista entontecido. Yo estaba hambriento y había perdido la orientación. Mi cuerpo vibraba como una pieza de maquinaria.

Caminé al azar entre los campos hasta que mi sudor borró el olor a aceite.

Rubén

Traga Rubén no brinques Rubén sóplate Rubén no te orines en la cama Rubén no toques Rubén no llores Rubén estate quieto Rubén no saltes en la cama Rubén no saques la cabeza por la ventanilla Rubén no rompas el vaso Rubén, Rubén no le saques la lengua a la maestra Rubén no rayes las paredes Rubén di los buenos días Rubén deja el yoyo Rubén no juegues trompo Rubén no faltes al catecismo Rubén amárrate la trenza del zapato Rubén haz las tareas Rubén no rompas los juguetes Rubén reza Rubén no te metas el dedo en la nariz Rubén no juegues con la comida no te pases la vida jugando la vida Rubén.

Estudia Rubén no te jubiles Rubén no fumes Rubén no salgas con tus compañeros Rubén no te pelees con tus amigos Rubén, Rubén no te montes en la parrilla de las motos Rubén estudia la química Rubén no trasnoches Rubén no corras Rubén no ensucies tantas camisetas Rubén saluda a la comadre Paulina Rubén no andes en patota Rubén no hables tanto, estudia la matemática Rubén no te metas con la muchacha del servicio Rubén no pongan tan alto el tocadiscos Rubén no cantes serenatas Rubén no te pongas de delegado de curso Rubén no te comprometas Rubén no te vayas a dejar raspar Rubén no le respondas a tu padre Rubén.

Rubén córtate el pelo, coge ejemplo Rubén.

Rubén no manifiestes, no cantes el Belachao Rubén, Rubén no le protestes a los profesores, no dejes que te metan en la lista negra Rubén, Rubén quita esos afiches del cheguevara, no digas *yankis go home* Rubén, Rubén no repartas hojitas, no pintes los muros Rubén, no siembres la zozobra en las instituciones

Rubén, Rubén no quemes cauchos, no agites Rubén, Rubén no me agonices, no me mortifiques Rubén, Rubén modérate, Rubén compórtate, Rubén aquiétate, Rubén componte.

Rubén no corras Rubén no grites Rubén no brinques Rubén no saltes Rubén no pases frente a los guardias Rubén no enfrentes a los policías Rubén no dejes que te disparen Rubén no saltes Rubén no grites Rubén no sangres Rubén no caigas.

No te mueras, Rubén.

La orgía imaginaria[4]

4 *La orgía imaginaria o Libro de utopías*. Monte Ávila Editores, Caracas, 1984.

Los constructores de Babel

Vamos a construirnos una ciudad y una torre, cuya cúspide toque los cielos y nos haga famosos, por si tenemos que dividirnos por la faz de la tierra.
GÉNESIS, 11

Cada quien contará esta historia a su manera. En tiempos en que los hombres eran muchos y muy sabios, por soberbia quisieron construir una torre que les permitiera invadir los cielos. Este no fue el verdadero milagro. El verdadero milagro consistió en que todos sin discrepancia aceptaran la erección de la torre; todos sin pugna acordaran el mismo sitio para elevarla, todos sin disputa aceptaran el mismo diseño, y todos sin discusión, la titánica esclavitud a una reina de piedra que aún no existía.

Los constructores de la torre empezaron desde entonces a andar erguidos, como apuntando a los cielos, a considerar la vida misma como una construcción en progreso, que debía avanzar cada día, a sentirse cada instante más lejanos del suelo, como si ya solo debieran abrir las ventanas de sus párpados para permitir el paso de cometas o estrellas fugaces o pájaros. Cada día de sus vidas y cada piso de la torre los acercaban a una geometría del ser más perfecta e irrespirable —pues si la base del monstruo podía ser chata y cloacal y sobredecorada, su cima habría de ser espectral y casi sin forma a fuerza de depurada.

Sin duda llegaron a concluirla. El último día de las obras verificaron que bajo las bases de la torre no quedaba ni un solo grano de tierra que transportar a la cumbre para acrecentar su

altura —océanos, codilleras, canteras, continentes y desiertos habían sido molidos e integrados en el alfiler desmesurado cuya punta no conducía a otro sitio que el vacío—. Desde la última atalaya, el Arquitecto Supremo contempló la negrura sin atenuaciones que se extendía sin término por encima de la cumbre desolada. El Arquitecto Supremo gritó, se cubrió el rostro con las manos y, volviéndose hacia el abismo, ordenó la demolición de las bases de la torre para añadir aún pisos suplementarios a la vertiginosa aguja —la torre crecería devorándose a sí misma, violando la Nada con su ariete siempre en crecimiento y siempre en destrucción.

En alguno de los pisos resonó un alarido que era casi un eco. Con un frenesí hasta entonces desconocido entre los constructores, un albañil propuso demoler los pisos superiores para reconstruir la mole de detritus planetarios que en el comienzo había servido de punto de apoyo a la torre. Reía o lloraba, nunca se supo, pues el maestro de construcción que tomó la palabra para apoyarlo terminó proponiendo demoler la torre para reconstruirla exactamente, pero con las bases en el lugar de la cima, y esta en el lugar de la base. La gritería subsiguiente fue dominada por los alaridos de un oficial de andamios que proponía demoler la torre (que no podía ser infinitamente grande) para construir con ella una miríada de torres infinitamente pequeñas. A su lado, un ingeniero de poleas propuso la demolición de la torre para construir a su alrededor un muro que bloqueara la visión devorante del vacío. A cuyas espaldas los aprendices canteros comenzaron a darse bofetones discutiendo de cuál lado de tal muralla convendría dejar aislado el vacío. Pero todo recuento sería ocioso. Baste decir que cada constructor emitió un proyecto, y que cada proyecto difería de los restantes como la Nada de la torre que apuntaba hacia ella, como un índice cuya presencia nadie parecía poder tolerar.

Las tergiversaciones posteriores hablan de un acto divino que nos redujo a la falta de cooperación, la incomunicabilidad y la incoherencia, que desde entonces nos han impedido concluir

cualquier otra torre, porque cuando un constructor empieza a abrir una ventana, ya otro está tapiándola, y un tercero sustituyéndola por un túnel, y un cuarto comienza por encima de este un puente, y un quinto lo destruye todo. O el mismo constructor que comienza a tallar un paralelepípedo, prosigue devastando un icosaedro y concluye dejando en la cantera una piedra esférica cuyo propósito ha olvidado. Por modo que siempre estamos solos, nunca comprendemos nada, y nuestro trabajo nunca termina.

La explicación es otra, más sencilla. Los primeros hombres no fracasaron. La torre originaria alcanzó su destino. Esto es el cielo.

El filósofo

Luego, si uno de estos hombres, hábiles en el arte de imitarlo todo
y de adoptar mil formas diferentes, viniese a nuestra ciudad
para obligarnos a admirar su arte y sus obras, nosotros le rendiríamos
homenaje, como a un hombre divino, maravilloso y arrebatador,
pero le diríamos que nuestro Estado no puede poseer un hombre
de su condición, y que no nos sería posible admitir persona semejante.
PLATÓN
LA REPÚBLICA

La noche en que Dionisio, tirano de Siracusa, cedió a las resplandecientes seducciones de Platón y ofreció su apoyo para la creación de la perfecta República de los filósofos, las estrellas gravitaban dolorosas y bajas, y Dionisio sintió que perforaban su pecho para encarnizarle el dolor de separarse de aquel hombre de amor y palabra perfectos que tan bien había musitado en sus oídos la razón de las tinieblas. La República de los filósofos se instauró al sur de Siracusa, en las colinas horadadas de cavernas desde cuyas profundidades el mundo exterior podía ser considerado como pura sombra o mera fábula. Eran comunes los bienes, las mujeres y las tinieblas. Una casta de guardianes de hierro se ocupaba de rechazar al enemigo —los poetas— y de buscar el único bien —la verdad—. En rondas infinitas tanteaban galerías oscuras o perforaban túneles geométricos intentando asirla en sus escondrijos situados más allá de la apariencia sensible y el error de las opiniones. Dieron al fin en buscarla en cada cosa, desechando los accidentes de la misma, y por tanto

destruyéndola en la vana persecución de sus esencias. Así, astillaban una silla buscando librarla de todo lo que no era la esencia de la silla, y viviseccionaban un niño esperando despojarlo de todo lo que en él no era el niño, y escindían a los hombres en productores de bronce, guerreros de hierro y filósofos de oro, y destruían los objetos porque su presencia no los privara de la contemplación última de estructuras tan puras que sin existir borraban en un manchón informe este mundo y su existencia. Un invierno de destrucción y de lóbregas pesquisas los convenció de que nada llegaba a buen término porque habían sido infiltrados por el enemigo. Habían sido inútiles los sistros crucificados a la entrada de las cuevas: en la República de los filósofos había entrado un poeta. Pero los hombres de hierro vacilaron, perplejos. Ninguno de ellos sabía qué cosa es un poeta. Razonaron por fin que, así como un diamante raya otro diamante, solo un poeta puede conocer qué cosa es un poeta, y odiarlo lo suficiente como para prohibirle la entrada en su reino. La persecución progresó en espirales dialécticas hacia el torbellino de las cavernas centrales. Platón escapó arrojando su corona de oro y deslizándose entre el laberinto de las progresiones de sombras. No abrió los ojos al salir al exterior. Sus perseguidores cayeron, gritando que la luz les había enceguecido. Así fue como Platón pudo abordar la barca de pescador que le permitió huir a Siracusa, y tomar el barco que lo llevaría a Egina, donde fue vendido como esclavo.

Los exámenes

Su ciencia puede ser igualada, pero su fingida ignorancia, no.
Confucio
Tercer libro clásico

Hijo de campesino, Wu Mei descolló en la pequeña escuela campesina de ventanas octogonales donde llegaron los enviados del Emperador a hacer los exámenes para reclutar funcionarios. Su caligrafía fue tan excelente, su conocimiento de los clásicos tan firme, su interpretación de ellos tan atrevida y a la vez tan ortodoxa, su vuelo poético tan delicado, que los examinadores al principio sospecharon del maestro, y solo la zafia ignorancia de este último pudo convencerlos de que Wu Mei había triunfado sin ayuda indebida. El venerable examinador, juzgando que el caso podía ser calificado como de *firme y clara lámpara*, recomendó un traslado a la ciudad, para determinar los alcances y el peso de tan señalado mérito. Allí, un cónclave de ancianos escudriñó implacablemente los méritos de Wu Mei, que se extendían, no solo al conocimiento y manejo de los clásicos, sino además al intrincado curso de las ceremonias del arco, el tiro, la danza de la espada, la pintura y el tañido de las delicadas arpas, en un grado tal que la junta debió declararlo *firme y transparente astro*. El más erudito de los examinadores advirtió, sin embargo, que algunos toques de excelencia en las pruebas, o más bien la pareja y aterradora perfección demostrada en el conjunto de ellas, ameritaba dejar de lado los prescritos años de espera antes de someter a Wu Mei al tercer escrutinio de talento, aquel que se tiene solo entre los maestros

supremos en cada arte, donde el rencor de los jueces debe batallar con su admiración. El corto lapso de preparación no impidió a Wu Mei presentar excelsas demostraciones en improvisación poética, teatral y musical, en disputa astronómica, interpretación de horóscopo y augurios, danza cortesana, etiqueta, artes marciales y administrativas, y en la compleja ciencia del equilibrio entre tan descollantes talentos. En ceremonia solemne y secreta —pues los mecanismos del secreto se espesaban a medida que progresaba la mecánica de los exámenes— los maestros vencidos lo declararon *bondadosa y dadivosa luna*. El cuarto creciente destellaba sobre los jardines de palacio, y, mirándolo, Wu Mei intuyó que también acortarían los plazos para la cuarta y más rigurosa serie de los exámenes del insuperable mérito. Se lo transportó en una silla de mano tapada, hasta un palacio amurallado, donde, vendado, llegó a un pabellón sin otra luz solar que la que lucía por escondidas rendijas. Se lo vigilaba, quizás. Una o dos veces cruzaron con él palabras que no parecían tener sentido sabios disfrazados de criados, o criados disfrazados de sabios. Acaso se lo juzgaba por los abanicos que elegía, o por el orden en que plegaba las túnicas. Toda una tarde estuvo frente a él un ermitaño, contemplándolo sin decir palabra. El ermitaño dejó caer de su mano una piedrecilla; Wu Mei evitó contemplarla, pero sin hacerse violencia, y logró por el contrario que el ermitaño contemplara una hoja seca que horas antes el azar había hecho caer en la recámara. Pasó un tiempo quizá infinito. Un canto lejano comenzó a surgir de los pabellones más remotos del palacio. Wu Mei escuchó que criados sutilmente silenciosos quitaban de las ventanas del pabellón las pantallas que habían impedido el paso de la luz. Wu Mei comprendió que había vencido el cuarto orden de las pruebas, y que sería declarado *sol incomparable y cimero* apenas la claridad enceguecedora eclipsara la constelación de la carpa, que rayaba el horizonte de la noche invernal, mientras los criados extinguían una a una las lámparas de papel del palacio. Entonces, adivinó que había fallado. El artífice de todo sistema de exámenes debía necesariamente disponerlo, no solo para desechar la falta de mérito,

sino también *para excluir el peligroso exceso de este.* Wu Mei inclinó la cabeza, mucho antes de que el primer rayo de luz hiciera visible la metálica formación de soldados que hacía un círculo alrededor del pabellón, y del verdugo.

El jardín del viejo de la montaña

¡Oh, Paraíso!
OMAR KHAYYAM
RUBAYYAT

En el nombre del Único, que sabe todos los pensamientos, quiero contarte mi historia. Hijo de camelleros, camellero yo mismo, pensé que la vida y el desierto se alargaban demasiado antes de su fin, y di en creer en los senderos cortos. Cerca de Balk oí hablar a uno de los discípulos del Viejo. De creerle, el Viejo podía acortar extraordinariamente los viajes, y, lo que es más importante, asegurar el retorno. Lo juró por su lengua, que pronunciaba esas palabras. Al día siguiente, ese discípulo mató por la espalda al Kadi, y esa lengua fue arrancada antes de la preceptuada decapitación y el desmembramiento. Su último sonido fue de alabanza. Al caer en el suelo, la lengua señaló una dirección. Me pareció un augurio. Decidí seguirlo. El rumbo me condujo hacia Nisapur, donde la lengua de otro asesino, hecha una bola de gusanos, no pudo indicarme dirección alguna. Seguí el rumbo que emprendieron los cuervos. Pues el álgebra exasperante de los cuadrados mágicos, que con su línea de unión tejen los caminos invisibles que engendran estrellas, me habían enseñado que quien busca, encontrará en todas direcciones. Pues toda dirección contiene cualquier otra. Al fin, el desierto me encontró. Vagué por una planicie de lenguas de piedra. Al pasar entre ellas, el viento silbaba una interminable loa. El alba incendió aquellas llamas de piedra en lenguas de un

fuego inmóvil. El dolor de la quemadura en la planta de los pies me hacía seguir adelante en el día; en la noche, el dolor de la quemadura del frío. Cuando los merodeadores me encontraron, apenas tuve aliento para contarles que trataba de llegar al fin de un viaje ya muy largo. Me llevaron a rastras, por desfiladeros, hasta hendeduras donde filtraba una humedad de saliva. Me atiborraron de pasteles viscosos y de un brebaje melifluo. Me hicieron oler vapores aromáticos de un pebetero. Sentí que mi cuerpo se hinchaba, como una torpe lengua. De una oscuridad rugosa, pasé a una oscuridad tachonada de astros perfectos, que nacían de su propio fulgor, como una fiebre. Mi cabeza engendraba volutas concéntricas que asaeteaban el parpadeante estrellerío. Hubo entonces música y supe que de ella salían las estrellas. Jóvenes inmaculadas me abrevaron en ríos de miel y leche. Los ríos eran tan mansos como los luceros. Me arañé la frente contra plantas hechas de pedrerías. La reposé en muslos húmedos como manantiales. Pregunté dónde estaba. Me contestaron que en el final del camino. En el Paraíso tendría por siempre leche, y por siempre miel, y por siembre la música que generaba estrellas en órdenes cada vez más complejos y más delicados. No había guijarro que no fuera gema, ni gota que no fuera dulce. Lloré. Ya no sentía el dolor de mis plantas laceradas. Anduve de un sitio a otro de aquellos dédalos anegados de ríos dulces, pero sus pasillos parecían repetirse con la misma cadencia de los cuadrados mágicos y de la música que engendraba las estrellas. Cuando estaba a punto de ahogarme en los tazones almibarados, una mano dulce me alzaba la cabeza y me daba una teta también meliflua. Yo era ya un arroyo. Licuándome, acostado, mascaba flores que las muchachas maceraban en sus bocas perfectas y me ofrecían en sus labios. En uno de los pasillos estaba Hassan Ibn Sabbah, el Viejo. Su túnica era harapienta, y contemplaba. Ahora sé que dicen de él que invita a tragar un veneno violento, que miente a sus intoxicados que una embriaguez entre muchachas dóciles es el Paraíso, que les ofrece que, si cumplen sus órdenes, los puede hacer regresar a él para mantenerlos por

siempre entre los arroyos empalagosos. En verdad, no me dijo nada. Mientras él callaba, pensé que ayunando estrictamente haría imposible la ingestión del tóxico, que atormentando mi mente sobre la combinatoria de los cuadradros mágicos hasta perforar las más intrincada trabazón de las estrellas geométricas, podría encontrar la salida de la cueva dulzona y terminar el viaje —como todos los demás, supe que volver a la aridez de las lenguas de piedra, apurar una cascada de días, temblar por el fin de ellos a la vez deseándolo por descanso de tantas heridas en las plantas de los pies, clavarte un cuchillo en el pecho a ti que me escuchas, de modo de ser atormentado y deslenguado, es el único final del viaje, que consiste en el desprecio del fuego del Infierno, pero también de la miel del Paraíso.

El pájaro

La esfera de fuego que está más allá de la esfera de las estrellas fijas, y que envuelve el infinito.
LEONARDO DA VINCI
CODEX HAMMER

El día que el Gran Pájaro alzó el suelo desde la colina de Locarno, una nube en forma de montaña grandísima, rocosa, salpicada de bocas de cueva —pues los rayos del sol, tirando a rojo, teñían la nube, coloreándola— atraía a las nubecillas en torno, mientras ella permanecía en su sitio, conservando aún destellos de luz. Leonardo dirigió hacia ella su frágil ingenio volador, cuya estructura tan sutil parecía hecha de intelecto puro. A esta altura del aire, Leonardo verificaba de una sola ojeada sus intuiciones sobre la masa atmosférica, que con su velo a la vez nos muestra y nos cubre los objetos, revelándonos la distancia, y reconstruía la historia de los estratos geológicos sobre los cuales hombres y cabras se afanaban como pulgas de agua sobre un oleaje de montañas que tardaban eternidades en alzarse y caer. Su sombra era una mancha cada vez más ínfima y transitoria, a medida que las alas hechas de geometría lo arrebataban hacia la volcánica luminosidad de la nube y hacia el temblor de los astros, en los cuales intuyó mundos poblados, sobre los cuales hombres hechos de putrescible materia y de mecánicos tendones descifraban las cantidades matemáticas de natura, y fornicaban para eternizar sacos de excrementos y vientres que eran sepulturas de animales muertos. El vuelo lo llevaba hacia las

sombras, de las cuales sabía Leonardo que ofrecen en la lejanía un azul más bello, porque se ve más el color de las cumbres que el aire que las circunda. A medida que ascendía, Leonardo vio a su alrededor el aire tenebroso, y el sol, cayendo sobre la montaña, más luminoso que en los valles de la llanura, porque en la cumbre el aire era más transparente que en cualquier otra parte. En el momento en que la última luz incendió la cima del monte haciéndolo parecer desde lejos un cometa, sintió Leonardo concluido el devenir y establecida la justa distancia de las cosas, cuyos emblemas había desarrollado en los rigores del análisis y los velos de la perspectiva aérea. Rodeado de objetos y paisajes siempre remotos, en una metafísica distancia. Lejos de avanzar hacia ellos, permanecería anclado en ese instante, cuya plenitud hacía innecesaria toda perduración. Desde entonces determinó realizar todas sus obras en materiales deleznables, que las fueran librando a la llamarada del tiempo, y torcer la posibilidad de todas sus invenciones, fundándolas en principios quiméricos, que las convertirían en fiascos. Toda su escritura sería indescifrable y sus secretos se perderían. Porque la perfección de toda forma es incomunicable. Y el más perfecto vuelo deja apenas el rastro de un ave. La luz ahora se extinguía en la cumbre. Una tardía noche encenagó los cuernos del monte, entre los cuales, en algún momento de la eternidad, había pasado un pájaro.

El ángel

Pero luego aprendí cómo había pecado.
Aún sin tener alas, corría tras un ángel.
Era como esparcir simiente sobre roca.
Vociferar al viento creyendo hablar con Dios.
Miguel Ángel Buonarroti
Soneto xxvii

Muy joven, cuando apenas comenzaba a descollar en el taller, concibió Michel Angelo la idea de esculpir una montaña. En la cara recibió por ello un martillazo, dado por su maestro el Torrigiano, a quien semejante idea produjo vértigo y deseos de reducir las cosas a sus verdaderas dimensiones. Desde entonces, las obras del Angelo solo fueron proyectos, aproximaciones a las diversas etapas de su manía, que iban desde la figura sedente, que aceptaba la forma natural de la montaña, hasta la figura de pie, que la desafiaba y, por decirlo así, la menospreciaba. Por cierta clave en la configuración de las cabelleras y de las articulaciones se puede adivinar la montaña para la cual estaba reservada cada obra como modelo. La forma de los músculos armonizaba con y solo con los bancos de nubes que debían enjugarlos y untarlos como algodones empapados en aceite. Asomó esta idea al Papa Giulio II della Rovere, quien enloqueció de terror y retardó la respuesta. Desde entonces, discutían de la obra al encontrarse a solas. Sin dar una respuesta definitiva, Giulio II le encargaba un proyecto tras otro, no sabiendo si sentir admiración o repulsión por la idea. Enormes frescos le anticiparon el aspecto que

tendría a vuelo de ángel una Europa cuyas cordilleras hubieran sido totalmente esculpidas. La idea de un templo que tuviera por bóveda los cielos lo tentaba y a la vez lo amedrentaba. Algo le decía que un tal templo sería el anuncio del fin de los tiempos, a la vez consumación de la gloria y pecado. No escapaba a Giulio II ni a Michel Angelo que la realización de este proyecto requería y por lo tanto implicaba la dominación de la teocracia absoluta sobre todos los hombres. Esta razón solo hacía inevitable emprenderlo, pero sobrehumana la responsabilidad. Giulio della Rovere murió, y el proyecto fue acogido sucesivamente por los Papas Leone X, Clemente VII y Paolo III Farnese, quienes para emprenderlo autorizaron la venta de nuevas indulgencias para remplir de recursos las arcas pontificales y exasperaron más que nunca la polémica contra los gibelinos. Estas medidas encontraron perdurables respuestas. La cristiandad dividida y los señores de la espada escupiendo sobre las llaves de San Pedro serían otras tantas montañas que fueron a caer sobre la Santa Sede.

Michel Angelo llevó entonces su propuesta a los señores de la espada, y estos, reconociendo cuánto debía su triunfo a la megalomanía ensimismada de aquel, declinaron acogerlo, temiendo ser a su vez castigados por una tercera fuerza, de la cual entonces apenas algo se barruntaba. Solo Cósimo de Médicis se atrevió a asumir el proyecto. Y la espada segó el mundo. Y fue a su vez abatida por el oro que ella misma había pillado.

Ahora la sombra de Michel Angelo propone este proyecto a las plutocracias y todas las restantes cracias, con la adicional y probada advertencia de qué tan funesto es adoptarlo como rechazarlo. Graves economistas disertarán que, no habiendo forma no catastrófica de invertir el excedente económico, esta será la ideal. Las juntas de turismo lo harán inevitable. Para llevarlo a cabo o para evitar su cumplimiento se consolidará un nuevo poder y caerán otros. Todo seguirá girando alrededor de estos colosos.

En su última versión, la idea de Michel presuponía la talla de planetas y tal vez de universos enteros. Y la tierra o el mundo

serán, a vuelo de Ángel, algún día, e inevitablemente, como la cabeza de un hombre a quien un martillazo ha dejado la faz machacada.

El juego

Cuando Cortés hizo presentar el juego de pelota azteca en la corte de Carlos V en el año 1528, el significado profundo del juego permaneció naturalmente oculto a los espectadores.

WALTER KRICKEBERG

LAS ANTIGUAS CULTURAS MEXICANAS

"No se caiga usted, señor, no se caiga usted, porque el que cae no vuelve a levantarse" (*Canción de los Gigantes de la Primera Edad*).

El sol extraño raya el horizonte mientras purificamos los arreos del juego. Solo una perfecta intención y una atadura perfecta pueden hacer eficaz el equilibrio del petral, de los cinturones, de las palas y el casco. Faltan las vestiduras jeroglíficas que enfatizan el parentesco de cada jugador con un astro, pero no son necesarias, porque en virtud del agrio ayuno y los ejercicios, cada jugador es por sí mismo un cuerpo celeste. Nos dejan trazar el cuadrilátero conforme a las direcciones del cielo, aunque todo en él ha cambiado, salvo las constelaciones que nos contemplaron durante la preceptuada vigilia. Por orden de los rituales, debo ser yo la estrella matutina: esta mañana misma regreso de mi viaje por las regiones inferiores; lo hago violando las sagradas armonías del calendario: ello anuncia, o el desacuerdo con el largo viaje por el agua divina del mar, o la destrucción de un mundo.

Mientras nos repartimos las regiones del cielo, aparecen los pálidos espectadores. Como lucero de la mañana vengo, desde el Naciente. En el País de los Muertos he estado, recogiendo los huesos para una humanidad nueva. Los jugadores

vuelven el rostro, por no contemplar mi luz contaminada. Tlahuizcalpantecuhtli soy, señor, ejecutor del destino. ¿A quién golpearé con mi tiro?

Desde el Naciente lanzo la pelota.

El golpe del Sol hace caer al primer jugador, como una perdiz descabezada. Aletea hacia el Norte, la casa de la oscuridad. Hacia el Norte, lugar de los muertos, embiste el Sol. Rodeada del blanco anillo del mal augurio, para bloquearlo se adelanta la Luna. Contra él lanza las cadaveras de los meteoritos. Duramente lo hieren, duramente lo golpean con sus collares de corazones humanos. Contra él van los Tzontemoque, que de los cielos caen de cabeza, portando caricias o golpes. Contra el Sol arremete la estrella madre, con su falda de caracolitos donde giran los astros. Contra el Sol acomete Mamalhuaztli, aquí llamado Orión. Con sus tres luceros horadados en la muñeca Mamalhuaztli lo golpea. Como abejas lo acosan Tianquiztli, las Pléyades. Con su cola lo fulmina Colotlixayac, cara de escorpión. Lo hiere Citlallinpopoca, la estrella que humea. Los golpes nos sumen en la oscuridad.

El Sol cae en Citlacue, la falda de estrellas, el árbol partido, que divide los campos de cielo. ¿Tú que das la vida a los niños, señora de la saya estrellada, también estarás contra él? ¿Lo golpearás también con tu pedernal, que ha engendrado a los dioses?

Él es ahora como un ardor. Como una fuerza es él. Como un rayo se remonta Señor Sol sacudiéndose estrellas. En su mano fulgura Xiucoatxl, la serpiente de fuego. Alrededor de él giro; cada vez que se me acerca, lo impulso hacia su destino. En cada tiro muere un astro. Señor Sol devora a su hermana la Luna. El murciélago saca el corazón a la muerte. Caemos como gigantes enceguecidos en la noche sin astros. Nos devora el jaguar de la oscuridad.

Dirijo el tiro al Naciente. En el Naciente vuelve a nacer Señor Sol. Avanza hacia el de la roja máscara, hacia el del plumaje blanco avanza, hacia el portador de la rodela y el báculo. Los golpes del combate nos arrancan sangre de los antebrazos.

El Sol arranca el corazón de la tiniebla. Arrojamos sangre por las orejas. Con nuestra sangre impulsamos al Señor Sol.

¿Somos gigantes, o astros?

¿Somos astros, o flores?

¿Somos astros, que creen jugar?

Músicos de cinco colores tañen las cinco músicas de las cinco edades. Ascendemos por el cielo, y por encima de cada cielo hacia otro cielo.

Libamos las flores que no se marchitan.

No hay tiempo, no hay dolor, no hay tristeza. Nieblas y nubes somos. Pájaros y gemas. ¿Qué podrá ser superior a esta primavera? El vendaval que se la lleve. El Flechador soy, soy el destino. Contra el Sol arrojo el golpe mortífero de los vientos.

Como monos, escapamos entre la tormenta.

Lanzo el tiro hacia el Sur.

Por los caminos azules vamos hacia el templo hecho con huesos. Las espinas de la fatiga nos rasgan. Las arenas del vendaval nos laceran. Nos mira la calavera con muchos ojos: miramos por cada ojo la muerte de cada Sol y de cada hombre. Cada mirada una chispa de dolor.

El pájaro de la muerte nos degüella.

El Sol es anegado por los ríos de fuego. Escapan mariposas y pájaros.

Hacia Poniente acompañamos al Señor Sol. Hacia la casa de la oscuridad, donde renace el hueso retorcido de la Luna.

El ave de pico largo le ofrece un corazón, y sangre.

De la diosa con cara de ocelote nace el árbol.

El lagarto corta el pie al señor de la casa del alba. Descienden los renacidos astros, con las vasijas repletas del pulque que derrama el creciente de la Luna. Con pulque entorpecemos el resucitado Sol que nos habita, para que no pueda huir ante el Señor de las Tinieblas. Con el pulque que extravía los pasos hacia el diluvio de la embriaguez. Se enhebran las corrientes del agua y del fuego de la guerra. Nos arrancamos la piel. En la inundación

somos anegados como peces. En la marejada de nuestro sudor desciende el Señor de la Oscuridad. El cielo se derrumba.

Los cuatro defensores de las cuatro regiones del mundo levantamos sobre nuestros hombros el cielo.

Encendemos con nuestros golpes el Sol, que no es más que la oscuridad y el viento y el fuego y la lluvia que lo hacen morir, porque para resplandecer, todo Sol también ha de pasar.

Enceguecidos por la oscuridad. Arrastrados por el viento. Abrasados por el fuego. Ahogados por la lluvia.

Estamos en el Centro.

Tantas veces hemos muerto y otras tantas resplandecido.

Astros y hombres nos contemplan inmóviles.

El maíz de los días germina en una sola planta. Una sola boca la devora.

Como el Sol, pasamos y duramos.

¿Cómo ser superiores a la vida y al astro? ¿Y superiores aún a nuestro propio corazón, que contemplándolos late?

Despreciándolos.

Para mantener vivo el Sol, sacrifican corazones los hombres. Para mantener vivo el tiempo, los dioses le sacrificamos soles.

Muera también este quinto Sol, el de nuestro instante.

Oscuridad, viento, fuego y lluvia golpeamos el Sol. Tiembla la tierra con nuestro combate. El temblor de los golpes sacude nuestros huesos. Contra la espiga de fuego lo lanzo, contra la llama de fuego, que se muestra como si estuviera goteando, como si estuviera punzando el cielo, lo precipito. Le opongo mi cuerpo, tiemblo con el choque, pasa por el centro del anillo del campo de juego, y muere.

Arrojando sangre por el pecho, caigo sobre el centro.

He ganado el partido.

Se incorporan gritando tus cortesanos de cara de ceniza.

En el Centro he hecho morir el Sol, Señor Emperador Carlos V. Hacia tu trono, en Poniente, rueda una bola muerta, y se detiene. En pleno Centro moriré yo también ahora, conforme es la buena costumbre. Por haber hecho morir el Sol,

debo perecer con él, y así podré marchar hacia la casa del alba, a juntarme con los guerreros muertos en combate o en sacrificio. Arrancados sus corazones en el Centro del pecho.

A que me lo arranques, para ser el mismo Sol, esperan los jugadores que te miran marcharte, Señor Carlos V, seguido de tus cortesanos que titilan con el oro robado a nuestros templos, dejando sombras tan largas como carreras de astros.

A dar mi corazón avanzo hacia los sacerdotes blancos del crepúsculo, que se acercan con sus cuchillos y su cuenco de metal humeante a las orillas del campo.

Quitándome el petral sagrado avanzo hacia los sacerdotes sucios. Les ofrezco mi pecho, pero pasan de largo.

Son los cocineros, que no nos sacrifican, sino que nos reparten una olla de desperdicios para la cena, sin mirarnos.

Comemos en la oscuridad, llorando.

La catedral

Música como la que él compuso
no la había compuesto antes ningún hombre.
ANA MAGDALENA BACH
LA PEQUEÑA CRÓNICA

Ella lo ha contado mejor que lo que cualquiera podría hacerlo, pero nosotros queremos colocar el instante bajo el microscopio: la pequeña Ana Magdalena se acerca a la catedral, y oye la extraña música que cae como una cascada desde las bóvedas. Atraída como una polilla por la luz, se acerca al centro de la llama sonora —y la imaginamos, casi niña, bajo el cuádruple sello del fulgor coloreado de los vitrales, suspendida en los invisibles colores de la música que resuena—. Desde arriba, alguien la miraba. Solo en ese instante sintió Ana Magdalena que la música tenía un origen. Como un pajarito que mira al cielo, se recogió en el capullo de sus faldas, pero ya había descendido sobre ella, como un rayo, un halcón metafísico. La música y el corazón de Ana Magdalena quedaron un instante en suspenso. Allá arriba, cerca de las bóvedas, el músico había dejado de tocar, y la contemplaba desde su guarida de tinieblas. Ana Magdalena ha dejado un conciso inventario del instante: *esperaba ver bajar del órgano a San Jorge, y no a un hombre. Eché a temblar; cogí el manto, que se me había caído al suelo, y con un estremecimiento inconcebible de horror, salí corriendo de la iglesia*. Pero, ya desde entonces, toda carrera la llevaría hacia el arroyo de esa música, a la que terminó entregando su vientre, y su vida.

Arriba, el Master retiró la mano de los teclados. Pero la música que él dejaba de pulsar no cesaba nunca. Jamás había contado a nadie que aquella música quedaba eternamente suspendida a su alrededor, como una catedral de sonidos. Contra ella trataba Johann Sebastian de protegerse, creando un nuevo cercado con la única mampostería que le era manejable, la de la misma música. Pero cada cercado era aún más perfecto que el anterior, y dentro de cada catedral terminaba construyendo otra, y aún a ella añadía otras día tras día, sabiendo que cada nuevo templo –siempre presente e intacto como un alarido– se acercaba cada vez más a su corazón, como un aposento cuyas paredes disminuyeran, o como una caja dentro de otra caja –la última terminaría por aplastarlo–. Cuando Johann Sebastian terminaba de construir cada catedral, tenía que enfrentarse a la cominería de las juntas administradoras de capilla y colegios, que le regateaban sueldos y le hacían perder tiempo desasnando bribones en el Conservatorio; o tenía que padecer la soberbia de los agrios mecenas, como el Duque de Weimar, que lo encerró una vez en la cárcel por dejar su servicio. Pero no podía dejar jamás de tocar la armonía que convocaba en el templo al burgomaestre corrupto, al lansquenete, al religioso farisaico, y más atrás, a los miserables artesanos y los ateridos campesinos y los desfallecientes mendigos, por un instante enlazados sus terrores y sus odios en una comunión tan compleja y tan entretejida como la de la lluvia de tensiones que elevaba el milagroso encaje de las piedras de la catedral.

Cuando Johann Sebastian quedó ciego, la presencia de las concéntricas catedrales de luz ya no pudo ser perturbada por ninguna otra visión exterior. Desde entonces, nada separó su pensamiento del juego de las sonoras cajas sucesivas. Pues él había querido construir templos cada vez más gigantescos, hasta que uno de ellos –cual nueva torre de Babel– tocara a Dios. Pero hete aquí que las catedrales estaban cada vez más próximas. Desde todas las direcciones del infinito, sus muros se cerraban sobre el pecho de Johann Sebastian. Es fama que, en sus últimos

momentos, el músico recuperó milagrosamente la vista estropeada por dos infructuosas operaciones de cataratas. La verdad es otra cosa. Cuando terminó el último templo —aquel, preciso, que tenía el tamaño de su propio corazón—, y que encerró su más profunda víscera como en una caja que le impedía latir, Johann Sebastian vio encenderse milagrosamente, como en una infinita red de luz, las hasta entonces invisibles líneas que enlazaban todos y cada uno de los puntos de las catedrales concéntricas.

Entonces, llamó a la ahora también anciana Ana Magdalena para confiarle lo que no le había dicho ni siquiera a su más íntimo amigo: que su vida como músico de las loas del Señor había sido en realidad la fabricación de un templo de su propio tamaño, sin saber a quién estaba dedicado. Pues, a pesar del tumulto de fieles que venían a adorar cuando él tocaba su música, en los sucesivos templos de Johann Sebastian había solo dos puertas.

La primera abría hacia el ignoto vacío del comienzo de nuestro viaje. El músico volvió a contar un recuerdo juvenil, cuando estuvo a punto de morir de hambre en el camino hacia Hamburgo, donde se proponía estudiar a Reinken. De algún postigo de una callejuela lanzaron sobre él dos cabezas de arenque, y en la boca de una de ellas había un ducado danés, una monedita de oro que le salvó de perecer de miseria. Quizá alguien la había arrojado desde lo alto, movido por el rostro de un joven demudado por las armonías de la fatiga y el hambre: un azar como el que da la vida le había entregado un pez maloliente y unas cuantas jornadas de un viaje.

La segunda puerta estaba clausurada. Por ella había partido la primera mujer de Johann Sebastian, y sus hijos que habían muerto, y su discípulo favorito, el delicado Paolo Cavatini. Resignadamente Johann Sebastian aceptaba la muerte de la carne de su carne y sangre de su sangre —pero Paolo había perecido antes de la veintena—, en los brazos del maestro, luego de dar indicios de un talento que hubiera podido superar al de este último. Si la segunda puerta de la catedral se abría sobre la nada, aquel último suspiro de Paolo habría sido el silencio. Pero

si aquella puerta se abría sobre una vida eterna —una vida eterna que sería solo la consecuencia de los actos de esta— en donde, por lo tanto, no cabría ningún nuevo gesto —ninguna nueva nota musical— en ese mundo petrificado por la Gloria también habría muerto Paolo Cavatini, como moriría él, Johann Sebastian, en aquella incesante catedral de luz que oprimía su corazón en la perfecta soledad de las ofrendas sin destino. Pues ninguna presencia aguardaba tras la puerta de entrada de las ofrendas del azar, ni tras la horrible salida que descompondría nuestros cuerpos como peces que han vomitado su monedita áurea.

Johann Sebastian no pudo oír la respuesta que le susurró Ana Magdalena. Estaba misericordiosamente muerto cuando, oprimiéndole la mano, la anciana le contó lo que había sabido desde niña, desde la mañana en que entró por la tercera puerta de la catedral de la luz, y quedó para siempre encendida en ella: Dios y la eternidad no eran más que un transitorio soplo de música. Dentro de la catedral no había más que un viejo organista, que después de oprimir algunas teclas de hueso que se le antojaban luz, comenzaba a descender los peldaños.

L'homme machine

Si le presentamos una rosa, nuestra estatua es,
con relación a nosotros, una estatua que huele una rosa,
pero con relación a sí misma no es más que el olor de esa flor.
Étienne Bonnot de Condillac
Tratado de las sensaciones

El Hombre Máquina de Condillac se encuentra con la Idea del Obispo Berkeley. El Hombre Máquina, sabido es, consiste en una melancólica estatua capaz de olfato. La aparición de un olor, y su posterior disipación, le permitirán formarse una idea del paso del tiempo. Pero la Idea del Obispo Berkeley no huele a nada: se limita a registrar la presencia del Hombre Máquina, considerándolo una mera Idea que no corresponde a ningún objeto exterior a la mente –pues, en su concepto, nada existe fuera de la mente– y que se disipará en cuanto deje de ser pensado por la Idea.

Pero el Hombre Máquina se niega a disiparse: en su doloroso anhelo de aspirar ese olor que para él representará el inicio del tiempo y de las funciones intelectivas, ocupa persistentemente el ámbito mental de la Idea del Obispo Berkeley, hasta convertirse en esa Idea misma. Convertido ya en esa Idea, sabe a su vez que nada podrá liberarlo, pues no existe olor, sino Idea del olor, y la insistente fragancia de rosas que dentro de un instante embargará el Universo no es otra cosa que el delirio de una Idea a punto de morir de soledad. La Idea se pregunta si morir no es más que una idea; si al morir no arrastrará consigo el tierno Hombre Máquina, petrificado en su insatisfecho e inalcanzable anhelo

de fragancia, si esta encontrará una Idea, un Hombre Máquina, o solo el Vacío en un cosmos imposible de ser pensado.

Desde la Nada desciende la navaja de Ockam.

El guardián de la espera

Tal creación debe de llevar el título de infernal
por excelencia, ya que ni Dios, con toda su potencia,
podría crear un globo más desgraciado que el nuestro.
Charles Fourier
El nuevo mundo amoroso

Charles Fourier traspuso la entrada del parque y se sentó a esperar —como lo había hecho durante años— al filántropo dispuesto a dar su fortuna para crear en la tierra el feliz reino de la Harmonía y la fiebre de la Pasión Mariposa. Nadie venía. Como siempre, otro anciano lo miraba desde lejos, con duros ojos grises, las manos apoyadas sobre su bastón clavado en tierra. Como todos los días, Charles Fourier imaginó, con una fe rayana en el dolor, la aproximación de su benefactor. Lo pensó diligente, frente a un espejo, dispuesto a llegar a la cita puntual, pero no desaliñado. La imaginaria salida del benefactor a la calle desencadenó en la mente del anciano, una vez más, el vislumbrado sendero de caos ascendente por el cual el orden de las creaciones, a través de las edades de perfidia, injusticia, represión, indigencia, revoluciones y debilidad corporal, pasando por los mediocres siglos de la civilización y el garantismo y en medio de las infinitas categorías de cornudos, llegaría al preludio de la dicha, el salto del caos a la Harmonía y la combinación ascendente. Otros tantos pasos del benefactor, a quien imaginaba acercarse, lo arrojaron a las siete creaciones armónicas que coincidirán con el nacimiento de la corona boreal, la

aromatización de los océanos y la propagación por la tierra de los palacios falanstéricos en donde los humanos llenarían el día con el desenfreno y las rondas de la inacabable combinación y alternación de las pasiones. Entrevió, como todos los días, las danzas de los amantes uniéndose y separándose, las caravanas de artistas errantes entrelazadas en los combates poéticos, el violento surgir de las nuevas plantas y de los milagrosos animales y el pasmoso chisporrotear de los cielos bajo inéditos soles y lunas en la explosión del apogeo de la felicidad. Entrevió una tierra viajera convertida en satélite de un cometa, perdida en soñadoras copulaciones con los astros y deslumbrada por enjambres de satélites y vicesoles, contó nuevamente los encajes de las infinitas variaciones pasionales de los mundos animal, vegetal y mineral, los desvaríos de las corporaciones amorosas y las proezas de la nueva caballería andante y, en el momento justo en que el universo era un coro de insoportable Harmonía y toda boca buscaba en otra boca los violentos sabores de la aromatización boreal que incendiaba los cielos, Charles Fourier llegó a aquel instante de todos los días en que sabía que ya no vendría el benefactor que le permitiría instalar el primer falansterio cuyo ejemplo propagaría por el globo la dicha como una peste indetenible. Con lágrimas en los ojos, Charles Fourier vio desfilar ante ellos los mundos de la plenitud descendente, el fin de los rocíos aromáticos, la extinción de la corona boreal, para al fin caer en la cloaca de la caducidad o incoherencia descendiente, hasta el fin del mundo animal y vegetal, la muerte espiritual del globo, el fin de la rotación del eje, la caída y la disolución láctea de una vejez helada e indetenible. Charles Fourier, con mano temblorosa, consultó el reloj. Era la última vez que sus fuerzas le permitían acudir a esperar. Vio disolverse sus sueños como una tempestad de polvo; la aguja marcó el último segundo del último minuto y Charles Fourier inició sus últimos pasos, para morir encerrado en su cuarto, vestido de levita, de rodillas entre floreros y gatos.

El otro anciano también consultó su reloj, contrajo su boca cruel y diminuta, y también se levantó. De alguna manera supo que era la última vez que vendría a contemplar la inútil espera de Charles Fourier, y a resistir durante tres horas la tentación de entregarle su fortuna, que crecía en igual medida que su desprecio hacia ella. Cuando vio alejarse a Charles Fourier, supo que con él se perdía para siempre la posibilidad de realizar un desvarío cuyo objeto era el entero universo y cuyas palabras la dicha de cada hombre y el vértigo de cada instante y de cada objeto Tras la realización de este desvarío, ya nada quedaría por esperar, y acabaría por siempre aquella amarga dicha que los había reunido a ambos durante tantos mediodías con su anillo de hierro. El guardián de la espera cerró la tapa de su reloj, y con paso tembloroso, se marchó a su palacio, por los senderos todavía miserables y expectantes.

El Mesías

La única cosa que querría es no haber nacido.
Reverendo Jim Jones

La partida militar iba dispuesta a matar, y se horrorizó cuando advirtió que no era necesario hacerlo. Esparcidos entre los bungalows de madera, tendidos sobre las veredas de tierra y aun en los ingratos surcos abiertos para la siembra, estaban muertos cerca de mil gringos. De creer a las fotografías, todos sin excepción yacían boca abajo, a veces abrazados, en grupos familiares. Casi todos se habían envenenado bebiendo voluntariamente de grandes cubas de insecticida y refresco sintético de frambuesa. Hacia la periferia del poblado, los pocos que habían intentado escapar terminaron sus trabajosas agonías desangrados por silenciosos dardos de ballesta, disparados por guardianes que a su vez se envenenaron o que —excepcionalmente— escaparon hacia la desconocida muerte de la selva. El hedor empezaba a sentirse como una ondulación aún más compacta que la del calor, y mientras los sargentos de comunicaciones transmitían por radio el pedido de las bolsas plásticas para cadáveres y los ataúdes de aluminio, otro piquete de marines entró al bungalow en donde una caja abierta guardaba cerca de un millón de dólares en cheques de la asistencia pública aún sin cobrar, y en donde estaba la planta del altavoz por el cual se había convocado a la comunidad religiosa hacia las cubas del tóxico. En el fondo de estas, quedaban muestras de líquido, en el cual morían las moscas y las mariposas del trópico, atraídas por el edulcorante artificial. Hacia

el centro de las edificaciones, bajo el cobertizo, junto a una silla volcada, volcado él también en la contorsión del veneno, estaba el fundador del último paraíso, el Reverendo Jim Jones.

El guardia ballestero fugado, a quien dos marines capturaron huyendo a zancadas por la orilla del río, declaró que el Reverendo ejercía un control casi hipnótico sobre la secta. El creyente herido de flecha, que fue encontrado en un matorral por una partida de salvamento, declaró que el Reverendo los mantenía exhaustos alentándolos a un trabajo interminable en sembradíos perennemente devastados por la lluvia o los bachacos. El periodista que escapó a la plomacera con la cual los guardias de Jones liquidaron a un congresista y a otro periodista que visitaban la colonia, declaró que el Reverendo mantenía unida a la comunidad con la amenaza repetida de una invasión por las fuerzas del Mal o de la Agencia Central de Información. Una mujer que pudo escapar, fingiéndose muerta por el veneno, relató que Jim Jones las persuadía a las relaciones con él como condición para una salvación que tendría lugar con una prontitud inesperada. En los papeles del periodista ametrallado se encontraron notas personales y mensajes que le habían confiado subrepticiamente los colonos, en los cuales se denunciaba que el Reverendo había mantenido el poder incitándolos a confesar públicamente lo inconfesable y a delatarse mutuamente. Las autoridades de Los Ángeles que habían apoyado el proyecto fueron elusivas; las instituciones que lo ayudaron con donativos declinaron hacer comentarios; Ethel Carter, hermana del para entonces Presidente de Estados Unidos, meneó la cabeza cuando los encuestadores le recordaron las influencias que interpuso para ayudar a la excéntrica empresa del millar de estadounidenses que huirían a Guyana para escapar al fin del mundo. Al tercer día, los marines derribaban a tiros de M-1 las aves de rapiña que descendían atraídas por el olor de la carroña, amenazando estorbar las hélices de los helicópteros y de los aviones de carga que recibían en sus hinchados vientres los despojos de los redimidos. Ni siquiera los pilotos, que no abandonaban las cabinas, podían

prescindir de las mascarillas formuladas contra la pestilencia brutal que manaba del Pueblo de los Elegidos. Envuelto en el saco plástico, como una larva, la etiqueta de identificación atada en los pies, dentro de un ataúd de aluminio, fue elevado por encima de árboles más altos y por fin sobre las purulentas nubes el cuerpo del Redentor Jim Jones. Pero él ya no lo sentía. Había sabido que no lo sentiría.

Pues, como todo Redentor, desde muy pequeño se negó a creer en la salvación que le ofrecían los sacerdotes a cambio de limosnas dominicales, y esperó la Voz que llegaría desde el infinito para llamarlo a él, Jim Jones, hacia la vida eterna. Pero solo le llegaba un silencio como de muerte. Por distraerlo o por vencerlo, se hizo a su vez estudioso de la Divinidad —cuyo mutismo se le hacía más doloroso mientras más la estudiaba—. Por excitar la voz que esperaba, Jim Jones cambió de credo y vendió pequeños monitos como mascotas para allegar fondos para el culto. Como a todo Redentor, la ausencia de la voz lo forzó a inventar el mensaje. Jim Jones se convirtió en Reverendo, en manipulador de contribuciones y en profeta del Apocalipsis, y forzó a sus creyentes a emigrar en masa a Guayana, donde un gobierno sobornado o confundido le otorgó títulos de colonización sobre un enclave en la selva.

El bullicio de esta, con sus animales que se devoraban unos a otros en una sola ululación, hizo casi palpable el otro silencio. Jones lo suplía con sus arengas convertidas en truenos por el equipo electrónico comprado con los cheques de las pensiones de sus fieles. Sus arengas eran cada vez más frecuentes, mientras crecía su temor, no solo por el silencio de aquella voz que desde el principio de su vida había esperado en vano escuchar, sino por la multitud de otros silencios que se juntaban a ella en un mutismo abismal. Puesto que, antes de ser regente místico de plantaciones de yuca, Jim Jones había andado entre todo tipo de alucinados, desde creyentes en las hadas hasta esperadores de platillos volantes. Y por ello, razonaba que a la Voz anhelada habían de unirse infinitos coros de otras voces, como

confirmación de la esplendorosa nueva de la pluralidad de los mundos habitados. Por esta escala de voces podría llegar quizá a la Voz Superior. Pero nada llegaba, salvo, en la precaria pista abierta en la jungla, un avión con un congresante y dos periodistas, que venían a husmear en su colonia religiosa de plantadores. Y el Reverendo Jim Jones todavía no había escuchado la Voz que justificara el mantenimiento de un millar de súbditos estadounidenses en aquel campo, sometidos a los rigores del trabajo manual y de la espera del fin de los tiempos.

Los días que duró la visita de los extraños fueron tensos. Apenas al verlos, Jim Jones supo que partirían llevando un informe desfavorable, que significaría la intervención del gobierno federal y la disolución de la colonia. Por eso la última noche antes de la partida de los intrusos, cuando todo el mundo dormía exhausto por los rigores de la jornada tropical, el Reverendo Jim Jones escuchó con particular agudeza, y tuvo su revelación.

El calor hacía resaltar de manera cada vez más siniestra el silencio de la bóveda celeste, desde la cual caían exhalaciones. Entonces, el Reverendo Jim Jones comprendió el motivo de aquella quietud que calaba los huesos y taladraba la tierra hasta su centro fundente. No era que no hubiera voces en aquellas estrellas abiertas como violentas orquídeas en la selva de la noche —era que todas habían callado—. Pues en cada luminaria, con seguridad, otras inteligencias habían escuchado angustiosamente —como él esa noche— intentando atisbar la revelación o el sentido —y solo habían escuchado el sólido silencio de la presión de la sangre en sus propios oídos.

En cada una de aquellas delicadas orquídeas de luz, una raza había alcanzado el poder de superar la lucha por el alimento —mediante sombríos esclavos mecánicos o religiosos— y se había elevado hasta el metálico silencio del infinito sirviéndose de una razón capaz de superar al instinto —y esa misma razón, solitaria, se había vuelto contra sí misma.

Aquí, Jim Jones quiso interrumpir su visión, pero esta seguía, implacable. En los supermundos de la razón, había crecido un

vergel de civilizaciones dedicadas única y exclusivamente a huir de la conciencia del silencio inmenso de los abismos –una miríada de civilizaciones donde todos los refinamientos de la razón triunfante se forzaban en negar la razón– como ahora Jones se forzaba para no mirar la terrible revelación que había evocado. Infinitas civilizaciones entregadas a saturnales del sinsentido; civilizaciones dedicadas a crear, en planetas horadados de laberintos y en sistemas solares manipulados, los equivalentes titánicos de los automóviles triturados y de las máquinas inútiles que Jones había visto en las galerías de arte de Frisco –civilizaciones donde cada utensilio, cada relación personal, cada habitáculo, seguían una contranaturalidad aberrante, y estrellas completas eran aniquiladas en los grandes festivales de la insensatez (Jim Jones vio mares de sangre y ciudades de excremento)–, un planeta en el que cada habitante era fabricado como un monstruo único e irrepetible que, por no tener ni los mismos sentidos ni la misma forma física de los otros, no podía jamás comunicarles sus sensaciones –inteligencias casi infinitas que habían logrado no tener ninguna idea–, mundos de donde las alucinaciones de la locura eran materializadas por esclavos cibernéticos –festivales de automutilación–, cultos del dolor –asteroides donde la realización de cada acto convocaba la anulación de los mismos–, seres con sentidos destinados a detectar fenómenos inexistentes o con cegueras particulares que les hacían ignorantes de la realidad del Universo. Al fin, como culminación de las terribles fiestas del silencio, los suicidios en masa de las inteligencias que dejaban desiertas sus ciudades alucinatorias –pues todas las vías de la razón llevan a la Nada, y la mayor piedad de un Redentor consiste en degollar a su discípulo antes de que este llegue a saber que toda comprensión debe llevarlo a degollarse.

La alborada iluminó la insoportable visión de los fieles que salían hacia los surcos, embrutecidos de fatiga, y de la despedida de la comisión de congresistas y periodistas que partía a urgir al Congreso a que arrancara a esos fieles de la bienaventurada anestesia de la opresión. El Reverendo Jim Jones envió seis

asesinos a que ametrallaran el avión de los visitantes, y convocó por los altoparlantes a sus fieles a que se acercaran a las grandes cubas, a beber de su sangre. Después del sacramento, se acostaron todos cara a tierra, de espaldas a la herida del sol y al vociferante silencio de las estrellas.

El utopista

Ya no deseo nada, Señor,
porque todas las cosas están
perennemente en mí.
RAMIRO NAVA
HACIA LA UNIDAD

Un insistente rumor de cascadas, como siempre, despertó a Don Ramiro. Sabía que sonaba más claro cuando en el cielo dominaba el azul suave del alba, color que representa un pensamiento cuyo creador está dispuesto a realizar actos superiores de abnegación por un noble ideal, o la adoración purísima e intensa de un corazón amante que cumplirá la renunciación del yo personal y *la unión con lo Divino*. Don Ramiro paladeó las últimas sílabas, con la certidumbre de haber encontrado una clave. Pues todo tendía, pensó, hacia un orden celeste e inmenso, y para acceder a él, solo eran necesarios el empecinado amor y la abnegación de una víscera oscura, pasional y encenagada en rojo de sangre, color que en relámpagos de rojo oscuro representa la cólera brutal, y en escarlata muy vivo, la indignación noble. Pero las armonías de la mañana, regándose por el jardín del patio de su casa en La Pastora, prohibían toda cólera, doraban todo con el amarillo azufre de la más elevada espiritualidad. Un arrendajo rompió a cantar. Los canarios de tejado comenzaron su vivaz hormigueo de amarillos por entre las orondas hojas de las matas de níspero.

Don Ramiro terminó con atildamiento su tocado y abotonó el chaleco que lo protegía de la fresca brisa avileña. Con

suspensión en el ánimo, contempló golondrinas de colas curvadas que tejían órbitas curvilíneas para apenas desflorar la superficie de la pequeña fuente, en la que engendraban concéntricos anillos. Una golondrina extraviada voló por el sombrío comedor, se encandiló al salir a la gloria de las rosas del jardín y chocó con el muro cubierto de hiedra y de multicolores campánulas. Arrodillado, Don Ramiro presenció la breve agonía, hasta que el inerte cuerpecito quedó prisionero de una enredadera de hileras de hormigas. Don Ramiro se incorporó. Un vuelo de colibríes lo atormentó a su paso por el corredor hasta la sala, y desde la sala hasta el Despacho ornado por los pesados tomos de la jurisprudencia y los mapas urbanísticos trazados por Don Ramiro, en donde una ciudad de milagrosas villas floridas emergía de un cinturón de lagos artificiales surcados por góndolas de ensueño. En el patio, su hija Marisa saltaba a la comba, asustando ardillas y turbando el dorado vuelo de las abejas mansas de las colmenas del tejado. La criada lo sacó de su ensimismamiento, anunciándole la presencia del primero de los consultantes del bufete.

El hombre, alto, rudo, barbado, con agrestes bostas de minero, entró en la habitación, el aludo sombrero en mano. Olía a selva, como la mayoría de los clientes.

Don Ramiro se lo quedó mirando. La faz rubicunda del hombre selvático estaba cruzada por una cicatriz eléctrica como un relámpago, que era una concreción de su aura, el intenso rojo de la cólera brutal. El ojo del visitante era del rayado verde de ciertas turmalinas; sin embargo, triste, no sugería nada del goce de la lujuriante vegetación de los territorios perdidos.

El visitante abrió varios sacos de cuero antes de empezar a hablar. Cascadas de gemas semipreciosas se repartieron por la carpeta de cuero azul. Fue como si el hombre hubiera liberado ríos de luz con aquellas sus manos de ave de rapiña. Un cristofué cantó en la mata de mango de los vecinos.

—El Conde Cattaneo Quiriné, para servirlo −dijo el recién llegado, con un acento casi imperceptible.

—Servidor de usted –replicó Don Ramiro, elevando la vista por no confundirse con el enguerrillado fulgor de las piedras disímiles, que ejercían sobre él una luminosa violencia. Cerró un instante los párpados, intentando encontrar la clave de aquella saturnal de colores. Entrevió campos de batalla y sangre.

—No vengo por el abogado –dijo el hombre selvático– aunque sabe Dios cuánto he padecido por pleitos de denuncias de minas y por causa de concesiones dadas a estúpidos incapaces de explotarlas. Vengo por problemas de equivocación de rumbos y lugares inencontrables.

—Entonces me solicita usted como radiestesista –dijo Don Ramiro, poniéndose la mano en el pecho, a la altura de una segura fuente de poder. El tacto de los dedos olorosos a jabón de Holanda sobre la camisa de seda produjo una atenuación, un desleimiento en la fiebre de la cascada de luces, mismamente en el brutal rojo de la cicatriz. Don Ramiro vio arenas desérticas, casi sin color a fuerza de luz. Por un instante, todo pareció estabilizarse en el tranquilo despacho. El hombre inmenso rompió a llorar.

—Vengo en sueños, Don Ramiro. ¿Sabe usted lo que es eso? Es usted acaso el único capaz de entenderme. Desde un sitio innombrable de la selva, donde padezco fiebres tercianas que me recuerdan sin alivio los horrores de la campaña de Port Arthur, por huir del asiático que dirige su sable contra mi frente recorro jornadas enteras por selvas desconocidas. Bajo las aguas que me refrescan, encuentro siempre las ágatas de sangre y el cuarzo de rosa de la carne herida. Hay turbiones de oro blanco: la espuma de los rabiones de los ríos, que es la energía misma desatada e inconmensurable; y no me deja descanso. Yo querría hundirme de una vez en la tierra, ese negro tan calmante…

—Pero el color negro denota la malignidad –interrumpió apenas Don Ramiro.

—Su malignidad única es la de no ser continuo. Cuántas veces me habría echado por siempre a reposar en él, si no lo

gangrenaran los jaspes. Y aun el chancro de las amatistas y el coágulo de las ágatas.

—Como en el cielo, toda negrura engendra inevitablemente luz –dijo Don Ramiro.

—Yo he querido las estrellas de los diamantes, porque su blancura es tan absoluta como la noche que busco –dijo el hombre selvático– pero siembre se me fugan, se deshacen en el cuarzo acuoso o en la morganita maligna, o en la sal. Siento que sus brillos restan en mis sueños solo para desorientarme. Se me ocurre el proyecto insensato de purgar la tierra de todos sus puntos de fulgor, de sus constelaciones todas, para que solo reine el negro. Entonces, me lleva a usted una calzada de gemas. Llego a Caracas y veo redivivos los espejeantes lagos de Venecia.

—Es normal –dijo Don Ramiro–. Dibujé los planos hace años, aprovechando las depresiones naturales del terreno, y así se ha ejecutado.

—En góndolas enguirnaldadas cruzo un río de aguas purísimas. Alguien canta una canción cristalina, ¿por qué?

—Son los ríos ampliados y purificados por el cuido de sus cabeceras –dijo Don Ramiro, un tanto ya molesto–, y el perfume de las aguas se debe a las raíces aromáticas de las especies que sugerí plantar en las hoyas hidrográficas.

—Entro en una ciudad de concéntricas rondas de casitas alrededor de jardines comunes. Los niños me sonríen. Refresco la frente en el agua de piletas umbrías –dijo el hombre selvático, casi hostil.

—Es la única arquitectura humanamente válida –dijo, ya verdaderamente impaciente, Don Ramiro– pues no hay morada posible sin recuerdo del Paraíso.

—En fin –dijo el hombre selvático–, camino por calles arboladas de poblada espesura, que apenas dejan penetrar sobre el pavimento el chispeo de manchas de luz o de mariposas ásperamente salvajes; y aun creo, por momentos, que sigo las trochas del Cuyuní o que los grandes rumores de los árboles quieren adormecerme y hacerme uno con ellos.

—Es natural –dijo Don Ramiro–. Yo creé los premios para el que hubiera hecho la casa más bella, el jardín más bello, el más grande, el más apreciado y valioso por sus ejemplares de flores raras porque Caracas es la ciudad-jardín por excelencia, el jardín más bello de las Américas...

—No es la ciudad que yo recordaba –objetó, huraño, el hombre selvático.

—Pero lo que verdaderamente no entiendo es cómo llega usted en ese estado, maravillándose de las cosas que todo el mundo conoce, barbotando incoherencias a pesar del perfume calmante de las flores en los emparrados de las calles. ¿Conoce usted la dialéctica de los perfumes?

—Acudo a usted –barbotó el hombrón, casi hostil– porque soy un hombre que no conoce casi nada.

—En esta hora de la mañana, consagrada a la yerbabuena –dijo confidencialmente Don Ramiro, tocando la zarpa diestra del hombre selvático–, es el momento de abandonar los dolores pasados, que han cumplido ya su trabajo. El rumor de las cascadas los va disolviendo. Caen al fondo de limos frescos y allí no mueren nunca, pero duermen.

—Pero estos sacos llenos de puñaladas de luz me perturban los sueños.

—Mi práctica arbitrista me enseñó la verdad sutil de que es preferible dejar las gemas enterradas donde están, porque allí igualmente todo pensamiento elevado las alcanza y acaricia. Yo financié el primer impulso, el primer latido de este *perpetuum mobile* vegetal, la primera inundación de las lagunas espejeantes, la cruz de rosas de las avenidas de decenas de kilómetros que atraviesan la capital, con una emisión de bonos sobre un oro presuntivo, que jamás fue extraído de la tierra, Por eso, su fulgor nos alumbra. Yo no he despojado de un solo planeta la noche perfecta de la tierra, y por eso toda ella ha florecido inacabablemente. ¿El argumento está claro?

—Parece cosa de los entendidos en la Obra –gruñó el hombre selvático–, hechos a añadir a los dolores de la tierra, el

de nunca alcanzar la Piedra de los Filósofos, que convierte en oro todo lo que toca.

—¿Fuiste adepto al Antiguo Combate de los Caballeros? —inquirió Don Ramiro, enfatizando el significativo tuteo que escuchara una vez en París, en el umbral de la puerta de la casa de Nicolás Flamel, entre ladrillos cubiertos por un moho que era casi una selva de punzantes aromas.

—Sí, pero por codicia —dijo el hombre selvático.

—Entonces habrás perseguido el Uno, cuyo padre es el Sol y cuya madre es la Luna, transportado en el vientre del Viento, y amamantado en la Tierra.

—Maté hombres en la estepa manchuriana y en la llanura nicaragüense, y en los torrentes del Camarán y del Acurimá. He visto que todo metal engendra sangre, y que toda sangre engendra fiebre.

—Pero ¿has entrevisto alguna vez los triángulos superpuestos de la naturaleza animal, vegetal y mineral, y del ánima vegetativa, racional y sensitiva? ¿Y has intuido la semilla que resume la violenta sal, el inflamable azufre y el volátil mercurio, y la piedra que concilia el Sol, la Luna y el azote?

—Supe que la estepa fría, la llanura cálida y la selva húmeda son los hornos demenciales de la forja del perfecto coraje.

—Quizás has entonces encontrado la Primera Llave, que abre las prisiones oscuras en las cuales está encerrado el azufre. La que extrae la semilla del cuerpo y prepara la conjunción del varón con la hembra, del espíritu con el cuerpo, del azufre con el mercurio.

—He herido los árboles hasta hacerlos sangrar su savia, y he colmado los ríos de cadáveres hasta hacerlos parecer arterias rotas.

—Has sido desgarrado por el Águila, cuyas alas desplegadas volatilizan lo fijo, y sepultado por la tempestad de pájaros muertos que fijan lo volátil.

—En medio de la fiebre, siento que el mundo es un hedor inmenso.

—Porque aún no ha sido totalmente vencido por la saeta del fuego, tu cuerpo no ha dejado todavía brotar el Árbol de los Sabios. Pero te digo que en este momento reencarnamos el emblemático combate del Sol y de la Luna, que se acometen como caballeros acorazados con escudos que figuran su propio adversario, cabalgando los contradictorios principios del León y del Grifo. Tienes que saber, entonces, que es en nuestro corazón, y no en la atormentada piedra del horno, donde se dan las operaciones sucesivas que, partiendo del oscuro caos de la *nigredo*, logran la Mortificación, la Albificación, la Impregnación del Cuerpo junto con el Alma y el Espíritu, y donde el Dragón Mercurial, mordiéndose la cola, es correcta y químicamente precipitado o sublimado, redisuelto en su propia agua y de nuevo coagulado. ¿Me entenderás si te digo entonces que la Obra existe de cuerpo presente en natura toda, y que, por el contrario, lo imposible es no alcanzarla? Pues así como el Ouroburos, el Dragón Mercurial, se muerde la cola, todas las sucesivas etapas de la obra se tocan y se equivalen, pues son la misma cosa. ¿Y si te añado aun que la Obra íntegramente está en todas sus etapas, como que la Obra sin ellas no existe, y toda etapa es solo una versión equivalente de ella? Si a tal punto eres capaz de entenderme, sabrás también que cada Maestro elige voluntariamente aquella fase de la Obra que más le place, para en ella detenerse eternamente, así esa etapa sea la *nigredo* tenebrosa, esa corrupción de la negrura informe engendrativa que tanto te espanta, y así más te tienta. Sabe entonces que cuando una persona se traslada con el pensamiento a un lugar distante, en donde ardientemente deseara estar, como si desde aquí quisiese estar en París, crea una forma de pensamiento que es su propia imagen, aparece en París, y que esta forma puede ser vista por otras personas, principalmente los videntes, y muchos la tomarían por el cuerpo astral del pensador. Así, desde la fase de la Obra en que has elegido vivir, desde el empeño impreciso de hacer de la piedra oro, has proyectado tu cuerpo hasta esta otra,

donde el oro vuelto piedra canaliza el agua, que hace brotar las flores enjoyadas para las perfectas parejas del Jardín Alquímico.

—Es por eso –dijo el hombre selvático, después de un largo y casi doloroso silencio– que los tratados herméticos dicen que dentro del mismo bosque se ocultan el ciervo y el unicornio.

—Y por ello, dentro del Venenoso Dragón está oculta la medicina soberana –asintió Don Ramiro, quedamente.

—Así, se habla de dos pájaros en el bosque, cuando debe entenderse solamente uno.

—Y el Padre devora al Hijo, en el instante en que Alma y Espíritu salen del cuerpo.

—Es ese el prodigio por el cual aquel que da el Arte quiere que permanezca oculto –suspiró al fin el hombre selvático.

—Aún en tu calenturiento sueño, has llegado al hombre adecuado –dijo Don Ramiro– pues soy radiestesista. Sin necesidad de péndulo o de imán, o de otra máquina o preparación, puedo sentir la llamada de los metales y el murmullo oculto de los yacimientos. También, por el mismo proceso de purificación que me ha permitido arrepentirme de mi anacrónico racismo, puedo reencontrar las fisuras o las puertas que comunican las fases de la Obra. Y así puedo encontrar la grieta por donde, desde la *nigredo* de tu mundo de rapiña, putrefacción y tormento, pasaste a este remanso, a maravillarte de lo que no es más que inevitable.

—¿Para? –dijo desconfiado el hombrachón, casi llevando la mano al niquelado revólver.

—Para volver. Para que puedas regresar a tu mundo, a la fase de la Obra que íntimamente has elegido, a la morada de la corrupción y la violencia.

—¿No me queda más remedio? –barbotó el hombre, estremecido por un temblor en el cual Don Ramiro reconoció la violenta sacudida de la fiebre terciana. Don Ramiro tembló también, de compasión.

—Siendo cada etapa de la Obra equivalente, el equilibrio de la rueda infinita que ella representa exige que ningún elemento

de una de sus etapas, pueda pasar individualmente a la otra. Salvo en sueños –musitó finalmente, sintiendo un recóndito cansancio que era como un dolor de huesos, silencioso.

Por el aire quedo del Despacho pasaban abejas. Una gota musical sonaba desde los tinajeros del comedor. Por las botas del hombre selvático comenzaron a cruzar apresuradas hormigas.

—Acepto la disciplina implacable que no admite escamoteo de los elementos y los pesos. Pero así como la perfección del oro está en ser cambiable, aun contra la mercancía más vil, mediando el consentimiento de las partes, intuyo desde los abismos de mi fiebre que se me puede abrir un nicho, una yacija en el mundo áureo que usted habita, si alguien me cede su puesto y acepta sustituirme en este mundo de la corrupción total, desde el que clamo. Déjeme permanecer dentro del jardín aromático y las fuentes murmurantes –dijo casi en un susurro el hombre selvático–. Usted no puede negármelo. Cédame su puesto.

—Es demasiado –dijo Don Ramiro.

El hombre selvático se incorporó, inclinándose sobre el escritorio. Sus ojos, rayados por las policromas vetas de la fiebre, se clavaron en los ojos límpidos de Don Ramiro.

—Si no fuera insoportable, ¿sería un sacrificio? –dijo el hombre selvático, acentuando su proximidad, hasta casi comunicar un ardor de fiebre–. Y aun diré que es ello inevitable –continuó susurrando–, pues la cima perfecta de toda Obra es el desprendimiento que nos hace entregarla a aquel que ha sido incapaz de concebirla, como mística prueba de que la rosa de nuestra alma permanece intacta tras la dolorosa emanación de su aroma.

Don Ramiro vaciló largo rato. Al fin, con un gesto casi imperceptible, tomó las manos encallecidas del hombre selvático y asintió. Cerró los ojos. Una ebullición de gemas fulgurantes atormentó la secreta oscuridad de sus retinas. La fiebre pareció abrasarlo.

Cuando abrió los ojos, el hombre selvático había desaparecido. Un reguero de guijarros grisáceos ensuciaba la carpeta. Un hedor de basura quemada penetraba por la ventana.

Entre el tumbo de remotas maquinarias de demolición y el crepitar de motores recalentados, Don Ramiro atravesó el Despacho sutilmente envejecido y se dirigió hacia la ventana. Un coro de niños harapientos se burló de él. Tras las rejas, una ininterrumpida costra de cemento, hierro herrumbrado y escombros se extendía hasta donde alcanzaba la mirada.

Don Ramiro cerró la ventana. Los postigos de esta no detuvieron el alarido del atormentado metal. Ninguna niña jugaba en el patio. Don Ramiro se dirigió con pasos vacilantes hacia el árido jardín. Bajo el horno del mediodía, la última rosa empezaba a marchitarse.

Villaverde

El primer rayo de sol me dio en la cara. Desperté, moviendo la cabeza sobre la bolsa de semillas que me había servido de almohada. Allí, en la tierra húmeda que había sido mi lecho, planté el primer árbol de sombra. Sobre el surco fue creciendo mi sombra, como un árbol. A medida que el sol se elevaba, dibujé otro sol con mis pasos. Cada diez de ellos planté una semilla de árboles de sombra. Concluido el sol, dibujé su corona sembrando un cinturón de semillas de árboles frutales. Y alrededor de él otro. Y otro aún alrededor de él. Cada hora que pasaba me permitía completar un nuevo cinturón de frutos cada vez más pulposos. Hasta que el gran mediodía, con su incandescencia, me echó por tierra. Allí empecé, arrodillado, la siembra del primer cinturón de plantas medicinales. Entre ellas intercalaba las semillas de las tiernas plantas que aromatizan con las piretrinas insecticidas. La tarde empezó con un viento bonancible, que me hizo grato sembrar el primer cinturón de flores. Y alrededor de este otro, y otro alrededor de este, hasta que la primera estrella clavó en la tarde su fulgurante dalia —y yo con mis manos cubiertas de tierra sembraba las dalias que habrían de florecer como una constelación—. Siendo así que el orden de las coronas florales estaba de tal manera dispuesto que a cada hora del día se abrirían capullos diferentes. Por modo de un reloj de oleadas de color que marcaría el tiempo por aromas. Cayó el sol y se elevó el cuerno de la luna. Siendo este el momento para las otras siembras secretas. Las de las plantas que ahuyentan la mala suerte. Y purifican de las aberrantes estratificaciones de la estupidez. Hasta que caí sobre el surco, vencido por el fulgor

de las estrellas, semillas que florecían cada una en delicados árboles planetarios. Cuyas hojas no por desconocidas dejarían de existir. Sembré mi cabeza sobre el saco de las semillas. Sentí como si mis miembros echaran raíces. El primer rayo del sol me despertó. Sembré otra vez la primera semilla. Y las demás, en círculos concéntricos. No sé ya cuántos círculos dentro de cuántos círculos. Ni en cuáles de ellos enhebradas las exquisitas veredas de las alucinógenas. Hasta que un día me despertó, no el primer rayo de sol, sino el sol de la primera floración de Villaverde. Ahora cada hora una cintura vegetal, un aroma, una flor o un fruto. La sincronía del jardín viviente entretejía a cada instante los cantos de los pájaros. Esa noche, copas frondosas me cubrieron de la lluvia. Arrojé al arroyo mi última vestimenta, mi último utensilio, mi último alimento. Subí a los árboles. Sus ramas se hundían en dimensiones inauditas del tiempo. Comunicaban con las ramas de los árboles que cabeceaban en las más perdidas estrellas. Me despertó el fulgor de millones de soles. Sembré entre ellos las semillas de la noche. El primer cinturón de constelaciones de árboles de sombra. Y el segundo de estrellas alimenticias. Y el tercero de cometas aromáticos. Y el cuarto de nebulosas germinativas. Aún debía andar mucho en todas las direcciones. Hasta los torbellinos de los mundos de las magníficas estrellas de las flores.

Noticias de Draconia

Un poco más al Norte de Megamach o un poco más al Sur de Villaverde queda Draconia, aunque Draconia no tiene un sitio definido, y sus habitantes vagan en masa por la tierra.

Draconia no tiene edificios: pues cuando las inclemencias del tiempo arrecian, los draconianos se aprietan formando una bola de cuerpos que se calientan mutuamente, los débiles o los próximos a morir en el exterior de ella, aceptando su desgaste. En el centro las parturientas y los nuevos draconianos. Esta mole de draconianos se arroja sobre cualquier enemigo o cualquier bestia hasta sofocarlos.

Draconia no está esclavizada por un suelo o unas aguas. Puesto que no tiene utensilios, no sacrifica víctimas a la conquista de recursos naturales o a su defensa.

Draconia tampoco tiene libros: pues toda la memoria de Draconia se encuentra íntegra en la mente de cada draconiano; y este la transmite oralmente a los jóvenes.

El único bien que Draconia defiende es ella misma. Se puede ciertamente destruirla, pero jamás vencerla. Un draconiano es impermeable a cualquier mandato que no venga de Draconia; su idioma es doblemente impenetrable, pues no existe forma de traducirlo ni de traducir a él órdenes, sentencias o adulaciones. Un draconiano es tan irreductible como una pulga a la condición de esclavo, cliente o ciudadano. Separado de Draconia, el draconiano deja de respirar y muere. Pues el habitante de Draconia es sicológicamente incapaz de percibir todo aquello que no sea Draconia: patológicamente refractario a todo lo diferente a ella. Una vez conformado por la poderosa educación

draconiana, el habitante no solo es incapaz de integrarse a otro grupo social distinto, sino de comprender que el mismo exista.

La lengua en Draconia consiste en una sutil imitación de los actos. Cada draconiano se manifiesta en sus gestos, que él ha imitado de los demás y que a su vez los demás imitan. Así como en una muchedumbre la alarma del fuego desencadena un pánico, en Draconia desatan estampidas de imitación el chasquido de los dedos, la caricia y el beso. En Draconia las asociaciones de ideas son los añadidos que cada draconiano infiere a la repetición de un gesto; la cadena total de los actos, el curso de la idea; el silogismo, el resultado estadístico de la ordenación de los gestos. Si bien es casi imposible percibir diferencia entre uno y otro gesto en Draconia. Todos infinitamente se espejean. Draconia, por ello, no tiene devenir, pues su férrea disciplina impide todo cambio. Draconia es entonces, también, la eternidad.

Draconia tiene entradas. La una, la del nacimiento: la otra, la del adoctrinamiento, que imanta a cada ser que ve pasar una muchedumbre y le despierta su vocación de reflejo. El número de las células de Draconia es cada vez mayor. Inevitablemente, cubrirá el infinito.

Draconia no deja restos. Cada draconiano que perece es devorado por los otros draconianos. Del seno de Draconia nunca se sale.

Megamach

En el desierto de Arizona, Paolo Soleri construye campanas y dibuja ciudades. Las campanas son de cerámica, y las ciudades, edificios donde caben millones de personas. Las campanas nadie las tañe, los edificios nadie los construye: entre sus ventanas cabrían las nubes. Las campanas las deja al viento del desierto y las ciudades a la muchedumbre de los hombres. Pero siempre arreciará el viento que taña una campana, siempre la muchedumbre que una ciudad construya. Frente a Villaverde, los grandes tecnólogos construyen Megamach según los planes de Paolo Soleri. Megamach es una campana en forma de pirámide invertida de una milla de alto: sobre ella, otra campana en forma de pirámide derecha de otra milla de alto: sobre estas medidas se pueden conmensurar las correlativas superficies de las caras, en cuyos volúmenes se yuxtaponen los seiscientos pisos y los doce millones de habitantes de Megamach, milagrosamente comprimidos en el octaedro que reposa sobre una de sus puntas. Esta yuxtaposición dista de ser mecánica: conforme a las previsiones de Paolo Soleri, la contigüidad tridimensional de volúmenes ejerce una pluralidad de presiones que conforman, no solo las estructuras moleculares del milagroso Megaconcreto necesario para mantener en pie la estructura del edificio ciudad, sino la lógica de los destinos de cada una de las células vivientes de Megamach. Estrictamente automatizados, seres y máquinas cumplen celularmente la rutina de las especialidades que hace resonar con una nota grave la doble tecnocampana de Megamach: soldados en una estructura de cerámica biótica, no son ya nada sin Megamach, igual que Megamach sin ellos no

sería más que una monstruosa termitera rompenubes, una montaña geométrica, un esqueleto sin carne. Ciudad hiperdensa y tridimensional, donde los contactos y por lo tanto la complejidad se multiplican hasta el infinito, Megamach está eternamente presente para su habitante, por abajo, por arriba, y por todos los lados imaginables menos por aquel que abre ventanas al vacío embestido de nubes.

Megamach se erige junto a Villaverde, y durante la mañana le quita el sol. Pero por las tardes, todos los habitantes de Megamach se van corriendo lentamente por las arterias circulatorias y los tubos neumáticos y las alfombras rodantes hasta los lados de la doble pirámide que abren sus desiertos de vidrio sobre Villaverde. Sus ojos siguen la lenta carrera del sol sobre los cinturones arbóreos. Y a esa hora justa en que el sol, en el horizonte, lanza su chispa última sobre la tierra, esa chispa, multiplicada por el centelleo de doce millones de pares de ojos que miran hacia Villaverde, lanza sobre esta el fulgor de veinticuatro millones de estrellas.

Villaverde le contesta de noche, con luciérnagas.

Megamach crece: la doble pirámide invertida es la semilla de un árbol geométrico de ferroconcreto, y a partir de las caras del octaedro se van formando megalópolis hiperdensas que repiten las formas del tetraedro, el icosaedro, el dodecaedro y el cubo. Hay un zumbido demencial en todas las acumulaciones de los millares de pisos en donde se agitan los operadores de las cataratas cibernéticas de información interconectándose para engendrar el más perfecto de los sólidos perfectos: la titánica esfera de poliestireno que cubre el paisaje y cuyos muertos labios se cierran sobre los bordes de las junglas paradisíacas de Villaverde.

En el centro de la esfera, Villaverde planta la semilla del árbol del infinito.

El árbol del infinito es el árbol filogenético. Ese curioso esquema que parte de la primera célula viviente, se ramifica por primera vez en el reino vegetal y el reino animal, dejando un

tenue retoño para las formas intermedias, y sigue luego abriéndose en la vertiginosa variedad de la vida. El árbol germina poderosamente bajo el sol, y cada género es una bifurcación, cada especie viviente es una de sus ramas. Pero cada rama se abre en los pedúnculos de todos y cada uno de los individuos de esa especie. Y cada individuo verdea en hojas que son cada una de las células que lo componen. Prodigiosamente encierra este árbol al mundo, partiendo de la primera vida y ramificándose en cada uno de nuestros hijos: sus ramas mustiándose o entredevorándose, ¡tejiéndose en las zarzas del entrecruzamiento de nuestros destinos! ¡Describiendo los zarcillos de nuestros pasos! Y aun dentro de cada cabeza se abre un árbol que crece a cada bifurcación de las ideas. ¡Bosque de temblorosa luz espectral! ¡Jardín constelado!

Megamach contesta con una progresiva invasión de sus sistemas mecánicos en el cuerpo de sus habitantes. Si en un momento estos aceptan válvulas cardíacas, manos de hierro y riñones de plástico, pronto Megamach sustituye piernas por ruedas, ojos por cámaras de scanner y sexos por fecundadores artificiales. Acribillada y sustituida por prótesis mecánicas, la vida se hace cada vez más muerte, hasta que Megamach es casi un inmenso cadáver que alza ante Villaverde su infinita antivitalidad mecánica.

El árbol filogenético penetra en las reconditeces pétreas de Megamach. Pues cada punto viviente en los edificios ciclópeos es una dolorosa yema del árbol filogenético, que como un torrente se derrama desde el universo hacia Megamach.

De repente amanecemos florecidos. Quién ha plantado bosques dentro de nosotros. Quién nos ha vuelto semillas. Quién nos hace descender descalzos hacia la tierra húmeda sobre la cual Megamach arroja sus sombras geométricas. Por qué descalzos nos alejamos hacia las praderas todavía sin sombras. En todos los cuerpos celestes crecen árboles. El polen incendia el día, y aun deslumbra la noche. Megamach brilla, como un inmenso fruto cascado. Su pulpa gotea hasta nuestras lenguas. Palpamos todas las yemas, todas las gémulas, los brotes del árbol monstruoso

abierto ante cada estrella, y en éxtasis. Ahora se tocan las hojas del bosque del infinito. Todos los pólenes viajan, mecidos por las ondas melodiosas de la luz. Empiezan a abrirse todas las flores.

Último viaje a Tomoz

La primera expedición a Tomoz llevaba un lingüista. Antes de que la nave fuera aplastada por la avalancha de cascabeles de metal y la tripulación devorada por la selva de flores nómadas y las herramientas se transformaran en seres incomprensibles, el lingüista pudo comunicar por radio que los habitantes de Tomoz habían encontrado el lenguaje primordial intuido por Swift, aquel en el cual la distancia entre objeto y símbolo es tan pequeña que ambos se confunden. Ningún dragón me devora —comunicó ambiguamente— sino la palabra básica, cabal y primigenia que designa al dragón con tal fuerza que es imposible no dejarse consumir por ella. La comunicación se cortó en el mismo instante.

La segunda expedición a Tomoz se encontró perdida antes de poder emitir su último mensaje. En el comando de operaciones hipotetizamos que el poder del lenguaje primigenio de Tomoz es tal que en él los tiempos gramaticales, como el pasado o el futuro o los modos, como el condicional, tienen una realidad, si bien atenuada, larvaria y como maldita. Nuestro cohete, dirigido hacia el Tomoz en presente de indicativo, el Tomoz *¿que es?* ha quedado atrapado en un Tomoz *subjuntivo*, que podría ser, que casi es, que eternamente se agota en la espera de poder haber sido. En Tomoz somos apenas una posibilidad, una potencialidad: también para el resto del Universo. Las próximas expediciones deben evitar estos otros pérfidos satélites de Tomoz —el futuro perfecto y el pasado— que giran a su alrededor como pesadas fantasmagorías de lo que aún no es y de ya no existe. Por lo poco que sabemos de la gramática de Tomoz, sus

tiempos gramaticales y sus modos podrían ser infinitos —y por ello, infinitamente débil toda esperanza de encontrar el Tomoz real entre el enjambre de planetoides lingüísticos que circulan en su misma órbita.

La tercera expedición a Tomoz procedió a un tanteo sutil, barriendo con proyectiles de fisión las versiones alternativas del pluscuamperfecto o del subjuntivo de los planetoides gramaticales, que eran traspasados como fantasmas por los dardos de la muerte. Supimos que habíamos encontrado el verdadero Tomoz por el resplandor enceguecedor de los artefactos nucleares reventando sobre sus polos. Descendimos en la nave artillada, dispuestos a lograr un buen vistazo del planeta herido antes de que la consiguiente perturbación de la órbita lo arrojara hacia el sol rojo. Abrimos todas las frecuencias de emisión, solicitando respuesta. Entonces supimos la verdad. Todas ellas.

Según el capitán, Tomoz es un planeta aritmético, donde los habitantes son números, y las civilizaciones, complejas fórmulas que desarrollan sus variaciones mientras van poco a poco englobando la totalidad de las cantidades disponibles. Según el cosmólogo, Tomoz es una minuciosa y exacta réplica del universo a escala reducida, o el universo una nauseabunda copia de Tomoz a escala titánica. Según el sicólogo, Tomoz es un enorme cráneo, un cerebro del peso y la masa de un planeta completo, que se ha amurallado contra el universo y que solo conoce el universo que él mismo se imagina, así como un paciente esquizofrénico toma por reales las señales que su propio cerebro fabrica. Según el físico, Tomoz es un agujero blanco, es decir, el desagüe, en nuestro universo, de una estrella inimaginablemente pesada que se abismó sobre sí misma en otra dimensión, convirtiéndose en un agujero negro, y arrojando a nuestro mundo la crispante variedad de sus formas. Según el lógico, Tomoz es un desgarrón en la trama del tiempo, donde los diversos hilos de este se han separado, dejando aparte sus hilachas y abriendo una herida que se extenderá al resto del mundo. Según el semiólogo, Tomoz es una perversión absoluta de ese único vínculo que nos

rescata de la total soledad, que es la comunicación del lenguaje, porque cada habitante de Tomoz inventa un lenguaje propio y diferente, y empleándolo puede hacer que un mundo único y trivial pueda ser a la vez un planeta aritmético, un cerebro atrapado en sus propias fantasías, una estrella descomprimiéndose en gloriosa libertad, un desgarrón en el tiempo o una vociferación de idiomas que inventa cada uno un mundo distinto.

Solo yo, el lingüista, he quedado mudo en el puente de la nave que se precipita hacia el horror sin nombre, mientras nos oprime el puño de la desmesurada gravitación. Todas las demás versiones de Tomoz son fantasías para protegernos contra su terror central. Tomoz ha descubierto, no solo el idioma primigenio, en el que cada símbolo equivale de manera absoluta a la cosa que simboliza, sino también el lenguaje fluido. Todo lenguaje, en cuanto sistema de establecer conexiones entre símbolos, debería ser fluido, en el sentido de que el paso de una conexión a otra debería darse sin esfuerzo, como sumar dos más dos; de hecho, todas las conexiones posibles deberían estar dadas de una vez en el lenguaje, desde que se postulan las reglas fundamentales del mismo. En la realidad sucede lo contrario. Hay una resistencia, una fricción y una ambigüedad insoportables en el proceso de extraer ciertas conclusiones a partir de ciertos postulados. Y aun después de formulada en medio de tales contrariedades, una teoría, una idea, tarda siglos en comunicarse y permear lentamente una civilización. En Tomoz existe un lenguaje tal que estos obstáculos no existen. Ya el lenguaje de Tomoz, de una vez y de manera irrefutable, ha formulado todas sus conclusiones posibles. En virtud de la inimaginable fluidez de su sistema semántico, ha compendiado el conjunto infinito de esas conclusiones en la frase primigenia, aquella que resume y engloba y aglomera y contiene y hace inútiles todas las otras frases y todos los otros mensajes del mundo: la frase que resume toda matemática, metafísica, poesía, sabiduría y simbología. En unos instantes ya no podremos defendernos contra ella, y la escucharemos plenamente. Desde entonces, todos los idiomas del

mundo, todo el mundo, todos los mundos, si queremos ser precisos, quedarán reducidos a ella.

El primer atisbo de la frase me hace comprender que la misma es apenas el preámbulo del verdadero espanto. Si en Tomoz se ha desarrollado el sistema conceptual de fluidez absoluta, ello es porque también se ha desarrollado el sistema físico de fluidez absoluta, en el cual *todo estaría comunicado de manera instantánea entre sí,* y, por lo tanto, *no habría nada que comunicar.* No en balde el universo normal —el universo exterior a la abominación de Tomoz— es prisionero de una limitada comunicación debido a la insuperabilidad de la velocidad de la luz. Este límite no es un accidente fortuito del universo, sino *la condición* sin la cual el mismo no existiría. Pues el universo, tal como lo conocemos, no es más que el conjunto de procesos por los cuales la energía fluye desde los sitios donde está concentrada a los sitios donde está menos concentrada. Si este flujo pudiera hacerse instantáneo, *el universo alcanzaría también instantáneamente un estado de equilibrio en el cual habría desaparecido toda irregularidad, y, por tanto, toda manifestación de existencia.* Nebulosas, estrellas, palabras e ideas serían aplastadas en esta definitiva uniformidad, en la cual, desde el primer instante *todo estaría consumado*, en un solo instante cubiertos todos los pasos potenciales desde nuestro óvulo a nuestro cadáver y desde el nacimiento de un cosmos hasta su fin: el tartajoso retraso que nos permite existir, el lento decurso de la gota desde la nube al océano y de la sangre desde el corazón hasta la piel y de la luz desde la estrella hasta la estrella. Solo atrapado ya en los vórtices del remolino de Tomoz puedo comprender la bendición del intervalo, del trabajoso arrastre del universo, que no es más que un cúmulo de postergaciones y demoras. En el antiguo dialecto de la civilización de los constructores de esta nave, mi nombre significa *luz.* La luz es, providencialmente, la última frontera del cosmos: más allá de ella, nada puede ser percibido: más allá de ella nada es posible, porque todas las posibilidades se habrían dado antes de comenzar.

En el instante durante el cual chisporrotea mi flama, puedo aprehender que todo el universo no es más que un retardo en la combustión, una versión en cámara lenta o en dilación infinita o artificialmente frenada mediante maniobras de manipulación sicológica, del horror hacia el que caemos. Ya que existe en algún punto este estado de fluidez infinita, necesariamente ya se ha transmitido a todas las cosas. Conmigo, cae hacia Tomoz el universo.

La noche de Parácleto

Parácleto orbita alrededor de un sol remoto, en un cielo de escasas estrellas. La nave en la que desciendes hacia él apenas alborota el polvo de un exasperante desierto. Los colonos de Parácleto jamás salen a recibir al visitante. Están absortos, o quizás meditan sobre nuevas disposiciones de los diques para viento que son responsables de las vagas hondonadas y fosas del casi indiferenciable paisaje nocturno de Parácleto, eternamente construido y destruido por las corrientes de aire.

Con brújula giroscópica y sextante puedes intentar conservar tu rumbo físico dentro de las fluctuantes hondonadas de Parácleto. Durante la exploración difícilmente puedes evitar ir adentrándote en alguna de estas depresiones o golfos de sombra, entre el polvo que sofoca muellemente tu paso. El fin de esta especie de arquitectura sin techado y sin muros es el de irle robando alimento a tus sentidos. Inútilmente gritarás o darás palmadas en ciertas fosas sin eco de Parácleto. En otras, la tenue atmósfera apenas si transmite los olores. Acaricia o golpea el polvo de otras hondonadas: el mismo cederá sin resistencia, casi sin sensación. En otras, el polvo mismo, aunque nutritivo, es insípido. En casi todas, la negrura es demencial mientras pasa la oscura noche de Parácleto, que la lenta rotación del planeta hace casi eterna.

Los efectos filtrantes de las hondonadas de Parácleto tienden a hacerse acumulativos, a medida que el viento va amontonando el casi impalpable polvo conforme a las formas regidas por los diques eólicos. En unas desaparece casi todo sonido, aroma, sabor o tacto, mientras que apenas se puede contemplar el orto

de una de las escasas estrellas del cielo de Parácleto. En otras, el ventarrón cubre la bóveda celeste de un negro uniforme, en el que apenas puede oírse el susurro del aire que varía en cadencias predeterminadas por los diques. En otras fosas silenciosas, la descomposición del polvo produce la lenta invasión o desaparición de un aroma, mientras que en otros golfos oscuros, si hundes tu lengua en el oscuro polvo, podrás sentir la lenta progresión de un sabor o su pausado desvaimiento. En la más impalpable y oscura de las landas, te será dado palpar la dureza de un solo guijarro, cuyas aristas cambian de forma en lo que parece ser una eternidad.

El efecto de estos filtros naturales es terrorífico. Concentrada la inmensa sed sensorial de tu ser sobre un único estímulo, este destaca ante las puertas de tu percepción como una herida, y te invade irremisiblemente, más allá de toda defensa. La pureza y la intensidad de esta sensación hace absoluta su presencia, y su variación, omnipotente. El objetivo de mantener presente este único hilo sensorial es el de evitar que tu mente quede librada a sí misma y por lo tanto, entregada al torrente de alucinaciones que asalta a toda conciencia que se aísla de la realidad externa. El estímulo, entonces, es como un clavo doloroso que fija tu mente a la áspera objetividad de Parácleto. Hasta que el estímulo mismo comienza a variar.

Pues es la ley de todas esta migajas de sensación que te son acordadas selectivamente, según el golfo de sombras donde deambules, la de modificar su intensidad con una lentitud casi imperceptible, por debajo de tus umbrales de percepción del cambio. Por manera que intuyes que algo está cambiando, pero tus sentidos son incapaces de informarte del grado de esta variación. Por lo que tus sentidos, al ser inútiles como elementos de información, pasan a ser instrumentos de contemplación.

Quien rinde los sentidos rinde su ser y deja de inquirir, para pasar a ser poseído. Esta transformación de los estímulos por debajo del umbral de tu percepción del cambio es asimismo responsable de la desaparición del sentido del tiempo: ya que

percibimos el devenir por el flujo de los fenómenos exteriores, cuando este flujo deja de servirnos de referencia, nuestra conciencia queda, por así decirlo, a la deriva. Presa en la oscura noche de Parácleto, ella misma es viva y eterna lámpara, cuyo fulgor solo podrás intuir por mi descripción, si alguna vez lo has contemplado. Al dejar de haber diferencia entre el contemplador y lo contemplado, caen ambos en el abismo de un éxtasis sin fronteras, que abarca como una dolorosa oleada el universo cuyo centro es el umbrío golfo de Parácleto.

Por eso, nunca ves a los colonos de Parácleto: abiertos de brazos, arrodillados en las hondonadas desérticas, arden en una inextinguible luz interior, o planifican nuevos refinamientos de su siempre cambiante arquitectura mística que va transfigurando como un amortiguado latido las soledades de la oscura noche de Parácleto.

Ya, babeante, contraído, rodillas en el frío polvo, yaces en la hondonada que has elegido, sometido a la oscura filtración sensorial que te penetra sin defensas, vueltos tus ojos hacia el interior, sintiendo como una física carga la rotatoria oscuridad de Parácleto. El último flujo de visiones te ha hecho saber que, después del éxtasis de la privación, es posible aún otro más alto éxtasis, reglado por arquitecturas apenas sepultadas, que es el arrobo de la avalancha de la sensación sin límites. Esta antípoda de Parácleto ocurre solo durante del Claro Día del Alma, Al conjuro del sol abrasador que hace erguirse los diques de viento en arquitecturas vivientes, y convierte en semillas de seres excesivos cada uno de los granos del polen, que creíste polvo de los desiertos de Parácleto. No necesitas abrir los ojos. En el horizonte, se eleva la primera llamarada irresistible de la aurora de Parácleto.

Me río del mundo[5]

5 *Me río del mundo*. Publicaciones Seleven, Caracas, 1984; segunda edición, 1984; tercera edición, 1985. Cuarta edición, Editorial Planeta, Caracas, 1999 (Premio de Literatura Humorística Pedro León Zapata, 1981).

El Candidato Sincero

Muy temprano vamos hasta la casa del Candidato Sincero, para seguirlo durante un día de campaña. Lo encontramos enfundándose en su exquisito traje de Savile Row, calzándose sus zapatos Gucci y anudándose su corbata Pierre Cardin, para subir hasta los altos de El Limón a pedir los votos del proletariado.

—Yo me visto así todos los días cuando voy a Fedecámaras –nos explica– y no veo por qué me voy a disfrazar con guayabera o con safari para hacer creer a los marginales que soy uno de ellos –concluye el Candidato Sincero, acicalándose con unas gotas de Balafre de Lancôme.

—Les prometo el aumento de los precios, el alza de la burocracia y el crecimiento del desempleo –grita el Candidato Sincero desde el techo de su LTD a la turba de curiosos–. Comprometo mi palabra de honor en el sentido de que durante mi gestión habrá más huecos, más zonas marginales, más miseria y más hambre.

Inquietos, interrogamos con la mirada al Candidato Sincero. —Es un recurso de buena ley –nos explica–. Todo el mundo sabe que los candidatos hacemos todo lo contrario de lo que prometemos. Ofreciéndoles lo peor, les doy esperanzas de que mejorarán de situación.

Un asomado pregunta al Candidato Sincero si dedicará todos sus esfuerzos a las clases trabajadoras.

—¡No faltaba más! –vocifera el Candidato Sincero–. Después de lo que han invertido en mi campaña las asociaciones patronales, que viniera a darles la espalda por pura demagogia.

Una verdadera poblada de curiosos se ha reunido para contemplar al insólito Candidato, quien valiéndose del altoparlante se vanagloria de su ausentismo mientras estuvo de diputado, de su participación en el escándalo de la chatarra, de sus vinculaciones con el asunto de las fragatas, de su tejemaneje en la venta del hotel Tamanaco, de sus complicidades con el Concejo Municipal de Petare y de su papel preponderante en el fracaso de casi todo, incluida la Reforma Agraria. Algunos de los asistentes, que seguramente no oyen bien el tartajoso altoparlante, comienzan a aplaudir.

—Desde luego –nos explica el Candidato–, han asumido que soy de alguno de los partidos que tienen cuarenta años mandando, y quieren más. Hay electores así.

Escandalizadas, llenas de asombro, delegaciones de marginales piden conversar con el extraño Candidato, quien accede gustoso. —Aprovechen mientras estoy de campaña –les advierte– porque en cuanto me elijan, les echaré la policía encima.

En el entusiasmo, varios de los habitantes le piden que pase a sus casas y que pruebe la típica guarapita del barrio. —¡Qué porquería! –comenta el Candidato–. No se compara en absoluto con el Moët & Chandon que mis secretarios meten de contrabando.

Sin embargo, magnánimo, accede a recomendarle a la damnificada que lo recibe las mejores cosechas de Francia, así como el decorador que le ha redecorado su mansión. Luego comenta complacido: —Si usted viera cómo disimula lo nuevo rico. Pero desde luego, usted no lo verá, porque si se llegara a aparecer por mi lujosa residencia, le echaría los perros.

El Candidato Sincero rechaza el plato de pabellón que está empeñado en darle a probar un parejero. —La Cicogna y el Don Sancho me tienen mal acostumbrado –aclara, afable–. Yo comía esas pesadeces ante de ser diputado.

El infaltable estudiante sin cupo le pregunta qué piensa hacer para evitar la fuga de divisas e impulsar la cultura.

—¡No sea idiota! –responde el Candidato, terminante–. ¿Usted cree que si yo de verdad supiera de economía o de cultura andaría haciendo este papel de payaso?

Para escapar de la turba de curiosos que no salen de su asombro, el Candidato sincero desciende el cerro vociferando por los altoparlantes el verdadero monto de su cuenta bancaria en Suiza y la forma en que piensa vender su voto en el Congreso. La sorpresa es tan paralizante que lo dejan escapar vivo.

Sudoroso y jadeante, el Candidato Sincero se desploma en el asiento de su nave, donde su bella secretaria lo abruma a besos y a mimos. ¡Sáqueme una foto así! –ordena el sorprendente político–. Todo el mundo sabe que mi esposa es una vieja pazguata y que no me divorcio para evitar la partición de bienes.

Un beso apasionado le impide terminar el razonamiento. Para cerrar, el Candidato Sincero reitera su desafío a todos los demás candidatos para un debate político dopados con el suero de la verdad. —La receptividad para este reto ha sido muy escasa –nos confiesa.

El Candidato Sincero saluda por la ventanilla, ofreciendo más corrupción y desigualdad de riquezas. Numerosos activistas de las más diversas toldas lo aplauden desenfrenadamente, acaso confundiéndolo con sus propios candidatos.

Infamias del Marqués de Sade

Por ganarle una apuesta a Daniel Defoe, el Marqués de Sade hace secuestrar a Robinson Crusoe y lo manda a soltar semidesnudo en una isla desierta, para después sobresaltarlo dejando por todos lados huellas humanas inexplicables y paseando su goleta frente a la isla cada diez años para ignorar las desesperadas señales de auxilio que le hace Crusoe, hasta que, displicente, en su chalupa nacarada, el Marqués se acerca hasta la isla y desembarca todavía fingiendo no ver a Robinson, que lo sigue llorando en su paseo por la línea donde rompen las olas, distraído el Marqués, aullante Robinson Crusoe y rumorosas las olas, hasta que, antes de embarcar de nuevo en su chalupa y perderse hacia su goleta, el Marqués de Sade siente que las reglas de la etiqueta lo obligan a presentarse dejando en la mano de Robinson una tarjeta que dice:

El Marqués de Sade
Espejismo

Aventuras del Supermachista

La peste del amor ataca al Supermachista hasta degradarlo a la ranchera, la metafísica, la lectura de Stendhal y otros síntomas repugnantes. Doradamente vestido de charro, desafía su adorada a la ruleta rusa amorosa, cargado el revólver con seis balas, una por cada vez que murió mirándola de lejos. Contra la diana de sus propios ojos descarga la adorada el revólver y mata al Supermachista, que se había quedado a vivir en ellos. Al cementerio los llevan: ella, tan muertita como una estrella caída; él, condenado a vivir para recordarla, llamándola en las exhalaciones hasta que los cielos se van quedando tan vacíos.

El sádico en acción

A eso de medianoche hago la primera llamada al azar. Me contesta una somnolienta voz masculina:

—Aló. ¿Quién habla?

—¡Corre! ¡Todo está descubierto!

—¿Qué? ¿Cómo?

—Estamos perdidos. Se sabe todo.

—Pero ¿quién habla?

—Tú sabes que no te puedo decir más nada. Los teléfonos están intervenidos.

—¿Qué pasó? ¿Quién falló?

—*Él.*

—¿Quién *él*?

—Quién va a ser. El más importante.

Oigo un quejido al otro lado de la línea. Corto. Vuelvo a discar al azar. Me contesta una voz femenina.

—Aló.

—Lo descubrieron todo.

—¿Qué? ¿Quién habla?

—Te hablo de parte de *él*. ¡Corre!

—Pero ¿quién descubrió la cosa?

—El otro. Acaba de salir para allá.

El auricular me transmite un ruido de muebles tropezados, de jarrones que caen. Cuelgo. Vuelvo a discar al azar. Esta vez, antes de hablar, me rechaza una categórica voz femenina.

—El señor ministro no está.

—Localícelo. Es urgente. Dígale que todo está descubierto.

—¿Cómo? ¿Quién es?

Antes de colgar, tengo un rasgo de genio:

—Dígale que le avise a los demás.

Escucho que el ministro grita por la bocina. Implacable, corto.

Vuelvo a discar al azar, y repito:

—¡Corre! ¡Nos descubrieron!

La voz que contesta tiene una pretendida seguridad:

—Y a mí qué me importa. Todo el mundo sabe que aquí le pasamos al público facturas por llamadas telefónicas que nadie hizo. Nos reímos de que el país sepa lo que somos.

—Sí, pero *él* sabe que no le estás dando su parte completa.

Escucho un silbido como de neumático que se desinfla. Una voz gimoteante me pregunta:

—¿Quién le dijo?

—¡Llámalo y pregúntale!

Cuelgo sin misericordia. Noto que las líneas están más ocupadas. Las frecuentes ligas me dejan oir voces trémulas que comentan sobre paquetes descubiertos, cuentas bancarias y pasajes para el exterior. Hago otra llamada; al final escucho un disparo y la caída de un cuerpo. Cuelgo, para facilitar que el primero en descubrir el cuerpo telefonee la noticia a los cómplices. Hago diez llamadas más. La última es la más dramática:

—Corre. Nos descubrieron.

—Ya me avisaron.

Cuelgo. Voy a llamar de nuevo. El aparato suena primero.

—¡Corre! ¡Se descubrió todo!

—Ya sé —contesto, indiferente. Pero no me oye. Un estruendo de motores llena todas las autopistas que dan hacia los muelles y el aeropuerto. Muchedumbres frenéticas se disputan a tiros las plazas en los aeroplanos. Políticos e industriales intentan despegar sus aparatos privados en medio de marejadas de directores generales y activistas que les imploran cumplir con el compañerismo. Los rechazados hacen llamadas frenéticas por teléfonos públicos, llamadas que aumentan la incontenible oleada humana que corre hacia costas y fronteras, al grito de: ¡Se descubrió todo! ¡Sálvese quien pueda!

Yo había planeado lograr el primer país sin gobierno, y estoy a punto de quedarme en el primer país sin población del mundo.

Pirata[6]

6 *Pirata*. Editorial Santillana-Alfaguara, Caracas-Bogotá, 1998. Otras publicaciones: Editorial Santillana-Alfaguara, Caracas, 2008. Editorial Arte y Literatura, La Habana, 2009.

Libertalia

¡Muy graciosa es la doncella,
cómo es bella y hermosa!
Digas tú, el marinero
que en las naves vivías,
si la nave o la vela o la estrella es tan bella.
Gil Vicente
Muy graciosa es la doncella

Estas son las historias que nos contamos en las noches de guardia. Nos las transmite un niño rescatado de los piélagos; las acompaña con su terrible canto. Las compartimos al igual que los sueños y que todo lo demás. Tripulante de la marina de su majestad Luis XIV de Francia, el joven Misson aprovecha una escala de su fragata *Victoire* en un puerto italiano para hacer extrañas amistades. Allí, Misson conoce a un fraile dominico llamado Caraccioli. Misson lo introduce como polizón a bordo del *Victoire*. Misson participa en una batalla contra un navío inglés cerca de la Martinica. Misson contempla cómo la artillería anglicana descuaja el mástil de la nave, y este aplasta a la mayoría de la oficialidad de a bordo. Misson aprovecha para lanzar el motín. Misson se coaliga con Caraccioli para fundar en la nave la utopía flotante que sustituya la flor de lis real por las canallescas enseñas de la Libertad y la Divinidad. Misson hace jurar a sus compañeros una Constitución igualitaria que prohíbe el empleo de los privilegios y de las malas palabras. Misson barre los mares, liberando cargamentos de barcos

negreros. Misson establece la República Utópica de Libertalia en la Bahía Diego Suárez de las costas de Madagascar. Misson desaparece de la historia visible cuando un ataque de los nativos destruye su República y borra toda traza de los navegantes liberados. Misson huye del ataque con un grupo de tripulantes en la ya castigada *Victoire*. En el camino, derrota y ocupa la fragata *Reliable*, liberando un cargamento de grumetes irlandeses reclutados a la fuerza. Huyendo de una enfurecida flota inglesa, bate las avanzadillas de un convoy español y hunde el galeón *Fortuna*. Llevado por la favorable bonanza de los vientos de Barlovento, toma por sangriento asalto la corbeta *Endurance*, y en ese momento advierte que todos los amotinados de la tripulación original del *Victoire*, inclusive el metafísico Caraccioli, han muerto. Él mismo morirá, perforado por mil heridas, a las que la sal marina convierte en ardientes estrellas de dolor. Lo arroja al mar una curiosa tripulación de mestizos, hijos de las negras liberadas y de marineros franceses, grumetes irlandeses y navegantes bilbaínos rescatados. Todos se llaman Misson. Su nave ya no tiene nombre, hasta tal punto es un innominable amasijo de remiendos hechos con los materiales de los navíos abordados. Las mulatas cantan rítmicas nanas mientras cosen las velas mil veces desgarradas por el huracán y por las balas encadenadas. Hacen agua en los desiertos deltas de los ríos que riegan el Paraíso. No conocen otra carne que la del pez, ni otra vegetación que la de los sargazos que cosecha la quilla. Tampoco, otras palabras que las de la terrible enseña: *"Dieu et Liberté"*. A medida que mueren, los reemplazan los hijos y las hijas de las mulatas, y de los nuevos grumetes liberados en la pertinaz batalla del corso. La remendada nave se deshace en carcoma y espuma, y los sobrevivientes continúan navegando en las carcasas de los barcos que conquistan. Solo conocen una historia, que es la de la destrucción de la colonia igualitaria del legendario padre Misson. Solo conocen una ley, que es la de que toda tierra les está prohibida, porque ninguna puede soportar la feroz libertad y la rasa igualdad de la nave. Solo saben que para la solidaridad

impuesta por la mar no hay descanso, porque la única opción es el abismo. Solo miden el mundo con la implacable régula de los luceros, que contiene una sabiduría más elevada que toda oscuridad. Solo saben que el océano es infinito, porque lo alimentan lágrimas de las prisiones de la tierra. Solo saben que hay una victoria posible, que es la de flotar un instante más en la imposible soberbia de la batalla con el mundo. ¿Cuántas veces han sentido deshacerse bajo sus pies el precario tablado flotante, comido de broma? ¿Cuántas, la roña del salitre devoró las planchas de metal de los cargueros capturados a los mercaderes del opio o los traficantes de armas? Creo sin la menor sombra de duda que el *Victoire* es el causante de la captura de por lo menos la mitad de los buques infames cuya desaparición se ha reportado. También, del misterio de la goleta *María Celeste*, encontrada sin tripulación y sin señales de violencia, al garete en el más enloquecedoramente calmo de los mares. El *Victoire* es quizás hoy la misma infamia con sus tripulaciones de exesclavos y exsoldados y exmarinos y extraficantes reclutados entre la más amarga hez de la tierra. Ha sido hundido repetidas veces, pero su morralla libertaria, al repartirse cada vez que es capturado un nuevo barco, hace que no haya un solo mar sin un *Victoire*, ni un solo océano donde no esté naciendo otro. ¡Amarrados al duro gobernalle de esta navegación infinita! ¡Hasta que la furia de las estrellas del Juicio seque los océanos, y las fracturadas quillas golpeen sobre el abismo pleno de las osamentas del terror y de las opresiones! ¿Qué será entonces del *Victoire*? ¿Cómo la arrastrarán entre los fondos hirvientes de sal, cuando toda agua haya huido, dejando tras de sí solo su amargura?

Yo vi el *Victoire* una noche de agosto de 1979, mientras hacía la guardia de timón de las tres de la madrugada en el velero *Lao*, batido por el viento de Barlovento, en un mar en el que relampagueaban lejanas plumas de galerna y la fosforescencia de las aguas rasgadas por la quilla apenas dejaba ver los números de fósforo de la brújula. Sin luces, sin señales, escorando trabajosamente, el mil

veces herido y remendado casco del *Victoire* levantaba montañas de espuma que barrían una cubierta donde se afanaban marineros sonámbulos. Me pareció ver un arrecife, a tal punto la línea de flotación estaba devorada por el hervor de las vegetaciones y de los moluscos, a tal punto la tromba de gaviotas insomnes graznaba sobre aquella masa flotante casi totalmente viva. Yo había perdido un gran amor, y sin embargo mi cuerpo no vaciló en ejecutar los irracionales movimientos de la supervivencia. Solté la escota de estribor del foque y comencé a cazar la escota de babor. Viré noventa grados y di una bordada que me evitó embestir la procelosa quilla. Cuando el agua que me tumbó en la batea terminó de correr y el mástil volvió a alzarse hacia la terrible gravitación de Antares, el *Victoire* había desaparecido entre un cegador espumeo de olas o de distancia. Solo en ese instante comprendí que había hecho la maniobra equivocada. El viento estaba de través, la trayectoria era norte-sur, y la velocidad de ocho nudos. Me habría bastado no mover el timón para que la quilla embistiera la otra quilla, y para que en el infinito de la navegación, o en la condena de los abismos, y hasta el día del ardiente piélago de sal, ya no fuéramos distintos yo y el *Victoire*.

Cuando el mar sea nombrado, desaparecerá.

Andanada[7]

7 *Andanada*. Editorial Thule, Barcelona, 2005 (Premio del Centro Nacional del Libro al mejor libro publicado en el exterior, 2005).

Collar

La primera perla es perfecta como una luna. Mirándola muy detenidamente, en su fulgor se ven hileras de hombres desnudos que corren por una playa árida, como la luna.

La segunda perla es transparente, como una burbuja. Los hombres desnudos, obligados a hundirse en el mar, dejan escapar el resuello en el terror de la muerte, y la última burbuja del aliento es como perla.

La tercera perla parece el ojo del pez inmenso que mira a los hombres desnudos debatirse en las aguas; y embistiendo al más lento de todos, ataca.

A partir de la cuarta, las perlas tienen un tono rosado. Los hombres de piel lunar de las piraguas obligan a sumergirse a los hombres desnudos en el agua rosada, hasta que esta se hace color vino.

La quinta perla es un sol que chisporrotea al caer en un mar sangriento. Del mar ensangrentado por los grandes peces trepan a las piraguas hombres desnudos cuyas narices o cuyos muñones sangran. Estos últimos son devueltos al mar.

La sexta perla es blanca, como la salina por la cual los hombres desnudos son obligados a correr mientras en la reciente noche centellea el chorro de sal del Camino de Santiago.

La séptima perla resplandece como una nebulosa. Contra el fulgor nocturno de la salina los contramaestres cuentan el collar de hombres desnudos amarrados por el cuello, que disminuye con cada nueva perla que se añade al montoncito en el yelmo grisáceo como la caparazón de un cangrejo.

Dura como el ojo de un crustáceo, la octava perla mira caer las exhalaciones, intranquila. A la furtiva luz de estas, el contramaestre perfora de un ballestazo la cota de malla del alabardero que intenta meter la mano en el yelmo.

La novena perla es como la espuma donde sumergen al alabardero con las vísceras hendidas. Las olas destiñen naipes de pergamino, cuyas figuras saldrán al azar sobre las arenas.

La décima perla, defectuosa, tiene aún una arenilla, y sin embargo pagan con ella al piloto que capturó los indios esclavos y procuró las sogas y las piraguas.

La perla once la extrajo el piloto expertamente del ano del contramaestre degollado, sabio en raterías, mas no en esgrimas de estoque.

La doce estaba en la boca del grumete decapitado.

La trece, en el estómago del remero desventrado.

La catorce, quince, dieciséis, diecisiete, dieciocho y diecinueve se parecían a los dientes de los hombres que las pescaron, también degollados para que no dieran testimonio de la rapiña, aunque no hablaban lenguas de cristianos.

La veinte, inmensa, compró la complicidad del escribano. La veintiuno, roñosa, el silencio del cartógrafo. La veintidós fue para pagar el flete de la nave que volvía cargada con cestas de perlas sangrientas. La veintitrés, para ablandar al funcionario de la Real Hacienda que debía reclamar el quinto del Rey. La veinticuatro, para pagar a Monseñor el impuesto de doctrina a fin de difundir la fe de Nuestro Salvador entre los esclavos.

La veinticinco, la más hermosa, fue para corromper a los jueces que juzgarían al Almirante por no declarar el quinto de las perlas que había de pagarse a la Corona.

La veintiséis, inexplicablemente perdida.

La veintisiete, perforada, decidió el ánimo de la doncella de piel perlina, que por sus mañas pudo ir añadiendo todas las otras al collar.

La veintiocho delató la traición, que llevó al capitán a apretar con él el cuello nacarado de la muchacha.

Su cuerpo estrangulado resplandece, como una perla.

En ella se ve repetirse eternamente el círculo del collar, perfecto como el de la luna.

Nagual

Nopal

Hace ya tanto tiempo que te estoy enterrando. Tanto me costó cavarte esa fosa en la greda dura, y después las inundaciones te afloraban, o aparecía a flor de suelo tu sonrisa. El mal olor cubría la tierra. Después solo te encontré en el aroma de la menta o en el sabor de la hierbabuena. Al fin ese nopal empezó a alzarse en el justo sitio donde estabas enterrada. Yo juro que fue él solo. Jamás pensé sepultarte bajo plantas para después encontrarte en cada fruto y cada pájaro. Al fin reuní valor. Me costó poco trabajo. Al primer golpe me rasguñaron las espinas. Al segundo, rodó por tierra la flor encarnada. Al tercero, apreté los labios para no probar el jugo dulce que me salpicaron los higos rasgados. Los restos de pulpa anaranjada despidieron al arder un humo aromático, que también me trajo tu recuerdo. Cuando hube aventado las cenizas, emprendí el regreso por el valle, todo florecido de nopales.

Jaguar

Ahí pues me contemplas, señor jaguar, sin saber que yo te diviso en la frescura de las huellas que la lluvia borra y en el olor a carne podrida que ni siquiera el agua se lleva. Mi olor también lo conoces. Lo oliste en el petate la vez que entraste en la choza, y en todas las trampas que desde entonces te tiendo. Las lluvias se llevaron el maíz mientras yo seguía en este largo acecho. Las lluvias espantaron los venados que hubieran podido distraerte de rastrearme. Al fin supe que las perdices amarradas no te atraerían al lazo; y supiste que el sueño no me entregaría a

ti, pues la lluvia, que propicia las pesadillas, es hace semanas una larga vigilia en donde capto cada una de tus huellas antes que el agua las deshaga. Sé que por mí renunciaste a las últimas liebres que huían de las madrigueras inundadas, pero piensa que por ti he renunciado a marcharme para buscar otras tierras y otra mujer. Será que esta tierra nos atrapa, por lo que en ella hemos compartido. Ahora no hay oquedad donde no te aguarde una caña afilada, pero tampoco hay reposo donde no me espere una de tus zarpas. La luna, a punto de ponerse tras la gran piedra, nos reunirá otra vez en la sombra, donde sabrá si tus ojos en la oscuridad son tan precisos como mis oídos en el trueno de la lluvia. Es lo único que queda por decidirse. Ni siquiera el sol ha probado esta dicha de un enemigo tan a la altura de sus fuerzas. No ha tenido más que la luna, que ahora empieza a morir. Cuando renazca, alumbrará al más infeliz de nosotros, al que sobreviva para ya no tener en este mundo más compañía que una piedra, que también a la larga se irán comiendo las lluvias.

Piedra

En otros tiempos me pulieron las lluvias y me lamieron los animales buscando las gotas que guardaba en las grietas. Unos animales me erigieron diciendo que yo traía la lluvia; otros me derribaron para protegerse de ellas.

Me tallaron signos que la lluvia borró. La lluvia al fin cuarteó los cimientos, permitiéndome volver a la tierra sobre la cual pasaron los ejércitos hasta que por fin se hizo el silencio y los animales se combatieron sobre mí y el animal que no murió volvió a lamerme. Sobre mí cae la lluvia.

El libro

Tuvo la experiencia común a toda la humanidad de haber leído un solo libro. Una tarde de la niñez, cansado por los juegos, lo abrió y lo siguió hasta el final inesperado. Mucho tiempo lo olvidó debajo de la cama. Adolescente lo releyó fascinado por las figuras femeninas. En la juventud fue el protagonista y encontró en su vida real los otros personajes. Tomó gestos del héroe como decálogo de conducta. A punto estuvo de terminar su vida como él. Muchos años dejó el libro en una gaveta. Lo hojeó al azar. Encontró raros ritmos en la prosa. Cosas por decir más allá de lo decible. Años más tarde lo halló en el fondo de un escaparate. Algo no estaba bien. Lo que había parecido elegante triunfo del protagonista era quizá derrota. La solución era a lo mejor entrabamiento. El fin sugería otro comienzo. El libro amarilleó en el fondo de una maleta. Allí lo encontró antes del viaje. Posiblemente el autor había puesto cada palabra para que fuera comprendido lo contrario. Otra vez lo rescató de una papelera. Podía ser que la transparente historia no fuera anécdota sino emblema del desorden del mundo. Luego localizó el volumen entre cartas viejas y un cortapapeles oxidado. Evitó abrirlo, cansado de sustitutos de la vida. Volvió al ejemplar después de un desastre. Se le antojó que el trivial enlace de anécdotas era revelación total, y culpa suya la incapacidad de penetrarla. Se sorprendió una vez recordando el libro enteramente distinto de como era. Inútilmente buscó en él frases o pasajes que creía recordar perfectamente. Lo abandonó para siempre. Una tarde de tedio lo reencontró entre un desorden de papeles. Las palabras le remitieron a los olores y sonidos del

mundo en cada una de sus anteriores lecturas. No volvió a encontrar jamás el libro original. Compró en un remate el mismo título. Lo releyó con el desasosiego de que el formato, la edición o la versión lo enfrentaban a un libro diferente. Se acostumbró a consultarlo a la ventura, como oráculo. Cifró letras y palabras buscando en los números el rigor que estropeaban los vocablos. Se sintió llamado a comandar una religión o un imperio que hiciera el mundo a semejanza del libro. Soñó que lo leía y que a través de la óptica del sueño cada sentido era diferente. Otra vez entendió que el libro solo era alusión o emblema de otro libro enteramente distinto. Evitó el tomo durante los años siguientes. Sus incidencias podían ser clave de un destino cuyo final no le interesaba anticipar. Alguna vez recayó en la tentación del descuadernado legajo. Encontró solo mediocridad, prepotencia, artificio. Se maravilló de la inocencia de que en tantas lecturas había creído encontrar tantas cosas. En otra oportunidad releyó de atrás hacia adelante. Sospechó que esa misma aridez era el encanto. En una temporada ociosa localizó volúmenes que comentaban el libro. Cada uno de ellos parecía referirse a una obra distinta. Perdió años urdiendo sistemas de interpretación que explicaban el libro. Cada uno era definitivo y diferente. Luego extravió voluntariamente el amasijo de hojas tan distintas cada vez que las miraba. En la lectura final intentó leer lo que sucedía, no en la hoja borrosa ni en su mente, sino en el combate entre ambas que era leer. Al pasar los ojos sobre las manchas de tinta las encontró vacías de sentido. Descansó profundamente.

Silencio

A las siete de la noche tocó silencio el Corneta. Allí mismo fue demasiado silencio. Tan alta era aquella llanura que se ahogaban los gritos. Ni para hablar nos quedaba el aliento. Cumaná tiritaba con mal de páramo ante la hoguera de quinua. A cada lancero lo llamábamos con el nombre de su pueblo. Y a mí, que sabía las canciones de todos los sitios, me llamaban Coplero.

Me dio rabia que Cumaná fuera a morirse pensando en aquella meseta, tan alta que el diablo le había sorbido los vientos. Para que se acordara del sol le fui cantando la canción de su puerto:

Ay, Cumaná, quién te viera
y por tus calles paseara
y hasta San Francisco fuera
a misa de madrugada.

Mi madre es la única estrella
que alumbra mi porvenir
y si se llega a morir,
al cielo me voy con ella.

Río Manzanares,
déjame pasar,
que mi madre enferma
me mandó a llamar.

El general Sucre tenía oídos de lince y paró la inspección de las tropas. Con su Estado Mayor cabalgó hacia nosotros. Quién ha roto el silencio. Yo, mi general. Soldado, qué castigo debo aplicarte.

Al último resplandor de la quinua vi cómo se iba apagando su cara.

Lo que usted diga, mi general. Lancero, me dijo sofrenando su macho, te impondré el peor castigo para un jinete que se ha abierto camino en la América empuñando una lanza: no pelearás en la batalla de mañana. Pero mi general. Silencio.

Al alba ya Cumaná respiraba. Me abrazó, y picó espuelas con las oleadas de la caballería de José María de Córdoba. Los vi romper contra la fusilería realista que dominaba las alturas de Corpahuaico, y horas más tarde bajaban los cóndores desde las cordilleras más encumbradas. Ya era de noche cuando encontré a todo el pelotón. Abrazaban sus lanzas y tenían las bocas abiertas, como todavía gritando en la altura sin aires. A cada uno de ellos le fui cerrando los ojos.

En ese momento me alumbraron los candiles del Estado Mayor del general Antoñito Sucre, quien reconocía la mortandad. Antoñito acababa de cumplir veintiocho años, y ninguno de los caídos tenía más edad. Ese día se ganó la libertad de la América, y sin embargo nunca vi al general tan triste como cuando, reconociéndome, dijo:—Lancero, ahora puedes regresar a Cumaná.—General, no soy de Cumaná.

Entonces me venció el rencor, y le dije que el cumanés era el muchacho a quien yo cerraba los ojos. Le había devuelto el aliento cantándole, para que fuera a exhalarlo contra la fusilería de Monet.

El general quedó un instante sin aire, bajo las estrellas que eran tantas como las lanzas caídas en aquella meseta de sangre. No podía decirme que, como él también había nacido en Cumaná, al oírme cantar y arrestarme creyó devolver vivo a su pueblo por lo menos a uno de aquellos piragüeros que dejaron sus playas lejanas diez años y cien batallas atrás.

Al fin encontró aire para susurrar:

—Quien se entrega a la libertad, se da a la muerte. Lancero, cántanos de nuevo "Gloria de Cumaná".

—General, no volveré a cantar más.

El general tiró de las riendas para que su macho diera la vuelta lentamente, como si quisiera oír algo en el silencio de aquella meseta que los indios llaman: Rincón de los Muertos.

—Has hecho mal. Un favor no se le niega a un moribundo.

No sé si en aquella quietud escuchó algo. Ninguno de nosotros tres vivió para volver a ver Cumaná.

Siete güiripas para don Alfredo

1

Bajo el mosquitero la niña Justa cierra con fuerza los ojos porque si a las nueve de la noche no está dormida verá a las ánimas, que desfilan por las calles del pueblo recogiendo sus pasos. Se lo dijo la abuela, que ronca junto a ella mientras en la oscuridad se oyen las campanadas de las ocho, de las ocho y media y de las ocho y tres cuartos, y el silencio se va haciendo profundo como un agua en reposo que se aclara y deja percibir las cosas más hondas. Ahora ella cierra con más fuerza que nunca los ojos porque la campanada como un relámpago ilumina las calles: una cegadora procesión de ánimas busca minuciosamente sus pasos: muchos de ellos confluyen hacia la cama, y este horror no cesará nunca, porque las gentes han dejado demasiados pasos sobre este mundo que les impiden remontarse al cielo, y cuando el último sea recogido, ese será el que ha dado la niña hasta el sueño y su piececito pisará desde entonces la noche estrellada.

2

La niña Justa busca en todo el pueblo para adornar el papagayo y en ningún sitio halla nada bonito de eso que a veces traen las quincallas. Ella entonces ve brillar en el cementerio la mostacilla de la banda de una corona cuyo nombre no sabe leer, y con ella adorna las cintas de los brazos y de la cola y cuando lleva el papagayo de paseo por la plaza, como se lleva un hermanito, viene el señor que le dice devuelva eso antes de que se ponga el sol o va a aparecérsele el difunto.

Ella corre hacia el cementerio y el papagayo que arrastra quiere volar mientras el sol cae como un papagayo cargado de brillo de mostacillas. El cementerio está lejos y el horizonte cerca.

El gran globo del sol toca el horizonte y empieza a opacarse mientras el papagayo brilla con el dorado de las mostacillas: en quién sabe cuántos latidos más se cerrará el ojo del sol y ya nunca se podrá encontrar jamás la tumba.

Desde entonces solo será adornada por el brillo de los cadillos y las escamas de las pieles dejadas por las culebras que se enroscan en las malezas.

3

En la noche siempre anda pateando latas el borrachito Rondón, y armando escándalos hasta que Mario el policía lo pone preso y se lo lleva al único calabozo de la jefatura de Guanape para que no se haga daño y así es todos los días hasta que una vez Mario deja de ponerlo preso y al día siguiente encuentran a Rondón muerto en una cuneta donde se quedó sin patear la última lata.

Mario entonces fue por todo el pueblo recogiendo contribuciones para el entierro de Rondón y en vez de bebérselas en efecto le compró urna y flores a Rondón y hubo con qué pagarle a los sepultureros y fue uno de los velorios más sentidos del pueblo porque borracho es como perro bobo, que todo el mundo lo quiere.

Mario que había salido en comisión volcó esa noche la patrulla y se mató y los enterraron el mismo día de manera que cualquiera podía imaginárselos: Rondón divagando de un sitio a otro y Mario detrás de él diligente con las llaves para llevárselo derechito al calabozo del cielo.

4

En los velorios de la familia hay siempre que tapar los espejos con trapos negros para que no haya dos muertos. Si a la medianoche del Año Nuevo se enciende un fósforo frente al espejo y

se dice el nombre de un difunto, la imagen de este aparece en el espejo. Si la imagen que aparece es la de la propia cara, hay que pensar que somos y que no somos; que vagamos en un pueblo que ya no nos pertenece y en el cual por eso han tapado con velos negros todos los espejos.

5

La noche cuando todos corrían del pueblo porque la tropa de Antonio Arispe iba a venir a quemarlo de nuevo, la señora Celeste dijo que él no podía venir a quemarlo porque en el crucifijo de la mesa había visto que a Antonio Arispe lo acababan de ahorcar en otro lado.

La señora Celeste se fue poniendo pequeñita hasta que una hermana la llevó cargadita al cementerio, en tiempos cuando todavía enterraban en hamacas.

La familia convocaba entonces a una hora señalada diciendo: es hora de llorar por mamá. Y todos rompían en llanto a esa hora indicada, cada día durante más de treinta años.

Parido fuiste bajo amenaza de tumba, bajo amenaza de eternidad tus suspiros y tus anhelos. Al fin sabrás que son lo mismo. Pero llegará un día cuando todo llanto se seque pues no habrá ojos para verterlo. En este mundo desconsolado, aparte de este no hay más consuelo.

6

Luminosa luz luminosa luz luz luminosa siempre estarás allí siempre te acordarás de las cosas más nimias el hermano de la niña Justa bautiza todo lo que nace en el patio de la casa bautiza los gatos los perritos los pollitos que salen del cascarón y pían tras el vientre culicagado de las gallinas. Luminosa luz, así es preciso, la gota de agua de la gracia los acompañará en todo trance de esta vida. Nunca los descubrirán a la niña Justa y al hermano a quienes la vida separará por tan distintos rumbos y él seguirá siendo hasta la consumación de los siglos quizá el más inocente.

7

Los papeles los organizó papá en cajones. Allí está todo guardado en la sala. El soporte del tejado es de tiras de bambú. Parece de lejos cañabrava pero no es cañabrava. También para tejados se usa esa otra fibra que ya no recuerdo. Las vigas resisten bien. Estos muros sabe Dios cuándo se harían. Quizá cuando la iglesia. Estas flores son las güiripas. Donde se las siembra, prosperan.

De esa mata no me acuerdo el nombre: hay quien la come. Hay un alemán que visita esto de vez en cuando y con lo que encuentra en el descampado come. Conseguí estas estanterías viejas de hace siglos que iban a quemarlas. Desde el alto se domina mejor el paisaje y el verde que están acabando las talas.

De las anotaciones hay muchas versiones; en esos papeles están muchos recuerdos. Allí están todas las vidas. Papá anotaba todo. Son como cincuenta cajas. Mejor entrar por este cuarto de al lado porque la puerta principal tiene echada la tranca. Por la sombra es que hay tantos mosquitos.

Cerca del río están tumbando las casas y encima del viejo patio de la iglesia pusieron ese bulevar con faroles de barbería. ¿Para cobrar una comisión? Quién sabe.

Aquella es la talla de Cristo que hizo el tío abuelo y esa lápida en el piso de la iglesia es de la tatarabuela. Uno pide una ayuda para ver si se restaura el piso como era pero todo está muy confuso. Parece que están vendiendo el país y ya uno no sabe adónde dirigirse porque, cuando uno vuelve, la oficina donde habló a lo mejor ya no existe.

Yo pienso que podré poner en orden los papeles leyendo los papeles mismos, porque después del accidente no recuerdo las cosas. Yo no sé si podré ponerlos en orden, ahora que estoy sin memoria. He preferido venirme para acá. En otro sitio no se puede estar.

Los gestos del cielo que son las nubes se van ordenando hasta llegar a la limpidez, que es el olvido.

Ya más nada puede ser dicho. Cesó el tormento.

Musa

1

Desde el instante en que contraje matrimonio no he hecho más que recordar que me dijo mamá que no me casara con un distraído que iba a estropear su carrera perdiendo el tiempo dale que te dale con esa máquina de escribir pero aquí está y no me oye dale que te dale tecleando para hacer como que no me oye

2

Como que no me oye pero me va a oír aunque no quiera cómo le digo que por desperdiciar el tiempo con su máquina se está perdiendo los ascensos y los negociados y mientras más se encierra más se lo repito

3

Se lo repito en público en las reuniones delante de todo el mundo que si él hubiera sido arquitecto nunca se hubieran visto las casas

4

Las casas que ya tienen todas mis amigas y algunas hasta quinta y nosotros alquilados y pagando un terreno por cuotas porque no tengo un marido sino un hombre escondido

5

Escondido con su máquina de escribir para no oírme que lo tengo que arrastrar a las reuniones donde lo invitan y forzarlo a que me presente a que me relacione a que me haga conocida

porque a él todo el mundo lo conoce pero con reputación no se paga en el mercado

6

El mercado donde siempre le digo que se va todo lo que me pasa y menos mal que él no entiende de precios porque si no dónde voy consiguiendo el dinero para mis cosas y para ir apartando unos fondos no vaya a ser cosa

7

No vaya a ser cosa que los muchachos me salgan como su papá, les digo a cada momento que ninguno me vaya a salir como su padre que se la pasa encerrado para no oírme y me va a oír porque igual que se lo digo a los muchachos se lo digo a los parientes y a todo el que quiere escucharme

8

Todo el que quiere escucharme me dice que más bien lo modere porque se mete en demasiadas cosas trabaja demasiado gasta demasiada energía se agota con demasiadas colaboraciones periodísticas que le pagan demasiado mal tratando de conseguir dinero que no tiene se cansa demasiado con demasiados proyectos demasiadas publicaciones demasiados viajes

9

Demasiados viajes porque hasta viajar con él es un tormento no hay forma de que la lleve a una a ver los sitios de moda se la pasa conversando con poetas ciegos pintores locos muralistas gordos casados con paralíticas escultores que parecen latoneros que le regalan unas piezas que son horrores y da pena enseñárselas a los conocidos

10

Los conocidos que son la vida de una porque con un marido que dice que mi mejor regalo son mis ausencias una termina

haciendo vida aparte y mejor que no pregunte porque yo sé que no me pregunta para que no le conteste

11

Para que no le conteste que yo no voy a perder mi vida atendiendo un enfermo o alguien que se hace el enfermo porque lo que lo enferma es ese escritorio esas gavetas esas estanterías repletas de papeles

12

Repletas de papeles sellados porque antes de la demanda de separación he ido sacando todo de la casa los muebles los radios los tocadiscos el automóvil los cuadros las esculturas y el Picasso y el Diego Rivera y el Calder y el Reverón que el abogado me dice que cuidado porque lo que vale es la firma

13

Lo que vale es la firma mía porque a tiempo hice declarar la interdicción no fuera a traspasar bienes o regalar cosas a los hermanos o a la sirvienta que lo crió o a la enfermera que él dice que lo mantiene con vida y con mi firma traspaso las cuentas y vendo el terreno y me aseguro los derechos de autor antes que le llegue el momento final

14

El momento final en que puedo limpiar los armarios las gavetas de tanta carpeta polvorienta tanto papelucho tanto libraco estropeado con dedicatorias que no se puede vender como nuevo tanto cuaderno garabateado tanta libreta tanto borrador tanta resma mecanografiada tanta foja cuartilla manuscrito amarillento tantos originales que ni vieron imprenta y arrojarlos al patio y rociarles kerosén y prenderles fuego para gozar el instante más feliz de mi vida

15

El instante más feliz de mi vida este otorgamiento por la patria agradecida de la pensión la ayuda los fondos la partida presupuestaria permanente el inmueble para la fundación solemne del instituto destinado a la memoria que en reconocimiento solo yo puedo administrar para el estudio de la vida fecunda y la obra imperecedera a cual he dedicado devotamente mi existencia desde el instante en que contraje matrimonio

Paparazzi

Vea usted la primera foto que hice de Ella. Aquí, aspiranta a celebridad. El rostro que voltea desviándose del de la pareja en el primer vals. Flash en los ojos. ¿Qué buscan? La cámara que los transforma.

Ahora esta secuencia obligatoria: Ella en equitación, Ella en tenis, Ella en *cricket*, Ella en la embajada. En ninguna toma fija la mirada en la yegua, la pelota, el bastón ni el agregado naval. Vuelve los ojos, no hacia mí, sino hacia la cámara. Solo en una de ellas decae en la vulgaridad de reconocer al público y nos saluda.

En las copias anteriores hay súplica. A partir de esta secuencia Ella marca la distancia. Vuelve el rostro hacia las cámaras, pero las ignora, segura de ellas o porque los guardias nos mantienen alejados. La primera en la que tuve que usar teleobjetivo. Ella mira hacia las alturas pero es hacia nosotros que entreabre su boca y sonríe. No había nada gracioso en el cielo contaminado.

Desplegaba Ella una técnica de pasarela que reconocía yo, fotógrafo de modas fracasado, y que mis colegas agradecían. Buscar un centro virtual y bien iluminado en los salones. Mostrar los trapos como si no le importaran: el prestigio de estos revierte a la modelo. Así pasó por bella.

Solo a usted muestro esta secuencia de contactos: expresión de yegua cansada. Mirada de hipo. Mohín de zapato apretado. Síndrome de menstruación dificultosa. No las comprará ningún editor. Belleza y poesía son eliminación de poses fallidas.

A partir de esta serie se notan las dificultades del trabajo. Usted las ve en un segundo. Cada una costó horas, días,

semanas. Aquí un *bobby* se me interpone. Aquí un guardaespaldas me larga el gancho de izquierda que mereció contraportada en *La Domenica del Corriere.* Vea cómo caigo en la acera. Cada vez que mis fotos le abrían a Ella una puerta, esta se cerraba en mis narices.

La foto suprema de la Boda del Siglo. Debí ser su padrino. La vía hasta la catedral estuvo alfombrada con portadas de revista. Su Marido no deseaba poseerla, sino hojearla. Celebridad es ser comprado en quioscos por chusma con ínfulas de oligarquía, y en vivo por oligarquía con gusto de chusma.

¡Hola! ¿Me escucha? Sucesos y matrimonios solo son fotogénicos cuando terminan en catástrofe. ¿Por qué esa insistencia en una vida pública que convocaba muchedumbres de camarógrafos a testimoniar el aburrimiento de Ella durante el corte de cintas? ¿Para obligarlo a Él a corresponder con esta expresión de limón exprimido durante la entrada a la ópera? ¿Para ver estampada Ella en toda la prensa del corazón, su sonrisa ante los avances del *playboy* del año en Mónaco? ¿Para retrucarle Él con el mudo bostezo en el desfile de canes de pedigrí? Ella abusaba del bofetón de la fotografía; Él no podía corresponderle sin perder la fotogenia.

Omito lo de la Ruptura, porque fue más pública que la Boda. Aquí el pañuelito que limpia del ojo una partícula de hollín o una lágrima. ¿Quién sabe?, se preguntaría *Paris-Match.* Mientras más interroga el letrero, más afirma la imagen.

Esta otra secuencia la llamo la de La Fugitiva. Se escondía con tal tino que siempre estábamos miles por donde Ella posaba. ¿Dije posaba? No creo que las llamadas anónimas que nos avisaban fueran de Ella. El dinero que la Bella quita al poderoso se lo devuelve en fama al pelagatos. La Bella se devalúa a medida que se revalúan quienes comparten cama o cámara con ella. Así sucedió lo de las Nalgas de Sangre más Azul del Mundo pudibundamente exhibidas en el muelle de Marsella y el mordisco de oreja furtivamente mostrado ante medio millón de esquiadores en Chamonix. Si fue o no una doble la del poco concurrido

aeropuerto de Frankfurt o la de los pezones fugaces en el discreto Carnaval de Rio solo podría saberlo quien huye de la cámara, o quien está atado a ella. Los editores desechaban mis fotos de arquitectura o de violencia. La queremos a Ella, decían, negándome hasta los anticipos. Yo estaba más casado con Ella que su Consorte, que toda su galería de consortables.

Hay un momento en que la película y la celebridad se vencen y el fotógrafo debe notarlo. En el revelado se advierten estas granulaciones y en la celebridad la nueva emoción del horror hacia el lente. Pero, ¿por qué ese asco hacia lo que no hace más que devolverle su imagen? Un espejo puede ser vicio o tormento. Examine los fondos de clínicas, de safaris y de misiones religiosas. El rostro decae, se realza el escenario. El tema de la fuga de los novios se repite, se multiplica, se acelera: demasiados novios, excesivos vehículos, sobra de persecuciones. Recurso de productor para animar el último rollo de película mediocre.

Y aquí está la Joya de la Corona, la Última Foto, objeto de culto mayor que la Última Cena. Sí, disparé el obturador mientras Ella huía hacia la fatalidad y el accidente. Dicen que la maté. A lo mejor fue lo contrario. Tomar la última foto no fue más inmoral que tomar la primera. Ambas se parecen. En ninguna de las dos ve Ella la Muerte que se aproxima. En ninguna presta atención a ningún rostro cercano. En ambas vislumbra la felicidad. En ambas su mirada encuentra algo más allá del campo visual y del tiempo mismo. Sí, el verdadero objeto de su amor. Mi cámara.

Lona

la absurda decisión de bajar al excampeón de categoría que implica un sacrificio físico campana, contra las sogas, que si el baño turco que si la dieta que si los diuréticos, golpe bajo, me siento confiado en la victoria a pesar de lo que digan de mi condición campana le dedico esta pelea a mi mamá que me oye jab jab bajo y al público presente coño y el juego de piernas si lo engancho lo tumbo jab largo jab corto directo a la mandíbula estrellitas no son estrellitas porque se siente como el *flash* de un fotógrafo, no, uno de mi carrera no me ha quedado nada y le debo plata al mánayer dos yo sí pienso entrenarme dedicarme a mi aspiración de ingresar a la escuela técnica tres que no sigas de esparrin Cheíto mijo que cada vez te estropean más cuatro hoy no hay vuelva la semana próxima cinco ella pues me mentó la madre y yo le di seis señor comisario yo no voy a tener más entradas yo le agradezco pues la oportunidad siete al principio repugna pegarle a presos amarrados pero después se entra en calor confiesa coño de tu madre confiesa ocho bala perdida bala perdida bala perdida nueve para buscar comida en el basurero hay que acostarse y buscar sobras y si no se encuentran diez ya no importa cuando uno sabe que no va a pararse más nunca de la

Amante de cerebros

Desde niño se sabe condenado a la más peligrosa de las perversiones, la de amar mujeres inteligentes. Intuye siempre en la profundidad del cuerpo armonioso, allí, entre el tumulto de los órganos, la pungente raíz de la médula y el hongo monstruoso del pensamiento. Ama ese gris objeto del deseo, a la vez protegido y vulnerable a todas las heridas, máquina alucinatoria encarnizadamente negada a la desnudez y que se exhibe en todo gesto y todo acto.

Acechan otros la incitación del muslo que la minifalda desarropa o la insinuación del pezón bajo la tela. Él solo está atento al desvergonzado exhibicionismo de la idea. Más que los pesados uniformes de las colegialas lo atormentan los oprobiosos programas de estudios que tapan toda turgencia anímica con velos de lugares comunes. Padece ante la certidumbre de que por crueldad las mujeres cubren todavía con más ahínco su intelecto que su cuerpo. Lo desazona tanta zona sagrada y prisionera de los cinturones de castidad del dogma. Nadie sabe la desesperación que precipita la mirada estúpida del ángel o el labio caído de la diosa.

Ama por ello las abovedadas frentes y las palpitantes venas azules de las sienes. Idolatra las cabelleras, cuyas raíces se le antojan sembradas en el campo fértil de lo imaginativo. Siente el silogismo de la mirada y el teorema de los gestos. Sabe sin embargo que no son más que vestiduras de la pungente vivacidad oculta de la idea. Quiere tocar la más depravada región hecha de fantasmas o pensamientos: la criatura elusiva que cambia mil veces por segundo y se convierte en todas las cosas que imagina.

Prefiere entre todas las que apenas han llegado a la edad de concebir los conceptos. Lo rinde la perfección de los rasgos de ingenio. Le atraviesa el corazón el flechazo de la agudeza. El centelleo del aforismo lo deslumbra con el fulgor que intensifica la mirada de la musulmana bajo el velo.

Ama las partes todas del cuerpo, sabiendo que no son más que prolongaciones atadas al objeto del deseo por la relampagueante red de los nervios. Una mujer puede ser ágil como una idea, luminosa como un pensamiento, elegante como un teorema, pungente como una metáfora, precisa como un número, esperanzadora como una vislumbre, dolorosa como un remordimiento, dulce como un recuerdo, concupiscente como un vicio, resplandeciente como una inspiración en la medida en que pueda imaginarlos. Adivina que la armonía de movimientos es apenas reflejo de la de los razonamientos, que un acto se encadena a otro con la misma inflexible trabazón de las demostraciones. En la volubilidad de sus amadas admira la versatilidad de los términos de una ecuación, que desarrollan transmutaciones de una esencia que solo se revela igual a sí misma al desnudarse en la final revelación de la incógnita.

Se le acelera el latido de la imaginación ante las medidas del cociente de inteligencia. Amante de la cumbre intelectiva, solo se rinde ante la que lo sobrepasa, y así padece todos los viacrucis del enano enamorado de la giganta y de la Bestia trastornada por la Bella. Inútilmente intenta vencer su pasión durmiendo con estúpidas pero jamás domina la sensación de que con ellas nunca despierta. Prefiere entonces el insomnio de la cerebración, la vigilia de la cogitación, el desvelo de la sinapsis. Acepta resignado el ojo que nunca duerme del despecho.

Cuán imposible encuentra la fidelidad, considerando la voluptuosa curva gris de las circunvoluciones. Cómo minuciosamente ama las ausencias de la distracción o del sueño. Considera posible incluso asomarse a las virginidades de las mentes en blanco. Pero le es negado el deleite de habitar o poseer la mente

anhelada: de aposentarse en la confabulatoria prisión de las ideas o en el enamoramiento del relámpago.

Allí quiere pulsar propiamente el arco de los nervios y la magnífica inervación de los temperamentos. Finge el cerebro corresponderle vuelto pupilas de mirada inteligente. Ama la dualidad espléndida de los hemisferios y la frenética salacidad de los lóbulos. Siente el amor maternal con que el cerebro cobija y parece proteger al cerebelo. Desengañado por los infinitos rechazos quiere amar la neuronicidad fría del cerebro electrónico. Mas: en la chata luminosidad de la pantalla no siente la suavidad viscosa de la volubilidad voluptuosa.

Entonces llega a dormir con sus amadas cálidamente apoyado frente contra frente en la esperanza de que se confundan los sueños. Quiere ahogarse en las marejadas de las ondas cerebrales. Anhela que las disritmias encefálicas, que las epilepsias se contagien como venéreas. Sabe así que el único dolor más solitario que el del corazón es el de la jaqueca.

Oh poderoso amor del ser inconquistable, luminoso sol oscuro que es todas las sensaciones y no siente. Ni siquiera el filo del bisturí en la mesa quirúrgica puede consolarlo: abrir los velos del cráneo y de la duramadre y la piamadre es como diseccionar tejidos de un cuerpo muerto o sin ideas. La única forma de invadir la deseada fortaleza es ser pensado por ella. Quizá habitar o dormir en la memoria de la maravillosa cámara de los placeres, en ese desvaído rincón que incesantemente se disuelve, donde te amo, te habito, te poseo.

El combatiente

Es reclutado. Entra en filas sin entusiasmo. No lo conmueven himnos de belicosos ni bravatas de voluntarios. Lo fastidian voces de mando. No se acostumbra a ser esclavo de un arma. Se consuela pensando que basta con obedecer. Lo conducen lejos de su aldea. El olor a cadáver anuncia el combate. Viene la orden de ataque. Hay juramentos de no rendirse. Se oyen alaridos y cantos. En la arremetida pierden contacto las filas. Sigue avanzando. Atraviesa la vanguardia enemiga. Apenas logran herirlo. Adelanta. A la noche avanza solo. A sus espaldas queda el rumor de batalla o de huida. Se disimula en los matorrales. Antes del amanecer merodea. Avista partidas de desertores. Recoge provisiones abandonadas. En los senderos gritan llamando a rendición. Reconoce la voz de quien más alardeaba. Se interna en las espesuras. La lejanía disipa alaridos de matanza. El miedo le impide unirse a los que buscan al enemigo para rendírsele. Divisa procesiones llevadas hacia campos de trabajos forzados. Le es cada vez más difícil encontrar cadáveres o pertrechos. Recuerda que lleva días sin escuchar más sonido que el de los insectos. Llora toda una noche. Al amanecer ve un explorador enemigo. Lo degüella. Sabe que será perseguido. Elude emboscadas. Interpreta ladridos de las jaurías. Se interna en el bosque por cauces que borran su rastro. Coloca trampas en los recodos. Tan minuciosamente recuerda a los camaradas que termina por olvidarlos. Desde lejos reconoce a alguno que sirve de guía para partidas de perseguidores. Aprende a no ser notado. Se escurre en el bosque devastado por leñadores. Sobre su piel se pudren los arreos guerreros. Se interna en la espesura hasta que duda si

ha dejado de existir. Lo atormenta la algarabía de los monos. Lo alivia el parloteo de los pájaros. Cree ser mono, o pájaro. Como los animales, cava madrigueras que sistemáticamente abandona. Una mañana se despierta convencido de que el combate ha terminado. El tiempo hace pesar sobre el mundo un silencio ominoso. No se atreve a acercarse a las lejanas chozas de leñadores. Comprende que la guerra entra en otra fase. Se retira. Se interna por senderos todavía más intrincados. Deja de lado toda trocha que hubiera cursado. Deja atrás el ladrido del perro o de la jauría perseguidora. Aprende las artes de cazar y de no ser cazado. El cabello y la barba le crecen como malezas. Arrastra el arma inútil consigo. Siente que la soledad abarca el mundo. Espera la pesada estación del sol. En las breves noches baja por los arroyos hasta los sembrados. Del metal del arma saca chispas para iniciar el fuego. Aprovecha la confusión de los que acuden hacia una conflagración para escapar hacia la siguiente. Adivina la dirección de los vientos que propagará las chispas por semanas enteras. El resplandor de los incendios acorta más las noches. Cuando las lluvias extinguen la incesante aurora de llamas viaja nuevamente por los arroyos hasta los diques de tierra. Durante las noches de diluvio socava los puntos débiles por los que los torrentes van disgregando los muros. Las aguas liberadas corren durante semanas. Cubierto de barro y de limos inmundos deja de ser visible para los enemigos. Conoce la paciencia de la ofensiva que parece una huida. A veces arriesga alimentarse con las ofrendas que los supersticiosos siervos dejan en los caminos. Algún día piensa que las ofrendas son para el espíritu que arrasa las empresas de los vencedores. El momento peor son los días grises de disimularse entre ofensiva y ofensiva. Deja de contar años o días. Deja de percibir la sucesión de diluvios y sequías. Deja de mirar en los arroyos un rostro que no reconoce. Deja de reconocer lo que sucede en sus sueños. Enferma y se acurruca a morir. Por momentos la fiebre lo hace sentirse llamarada que envuelve la tierra. Por momentos el escalofrío lo disuelve en aguas que corren hacia su descanso. La debilidad le impide

arrastrarse hasta los campos de siervos para suplicar la muerte a los vencedores. Una mañana despierta con el ánimo purificado. Todavía resta una profundidad del bosque inalcanzable. Se dirige a ella cojeando. Luego sigue gateando. Por momentos cae en sueños o desmayos. Al despertar cree ver que resplandece de horizonte a horizonte el gran incendio que desencadenan los siervos o el calor veraniego. Un vértigo lo sume en la tiniebla. Escucha el vocerío de sublevaciones o troncos crepitantes. Otro vértigo le trae el silencio. Se arrastra o se revuelca. La niebla de ceniza le veda saber si triunfa o sueña. En el último momento comprende dónde se libra el verdadero combate. No se ha rendido. Conserva su arma. Ha vencido.

Aguas azules bajo la selva maya

1

Por la trocha en la selva maya galopa el caballo Careto. Careto arrastra la plataforma con ruedas sobre los rieles. Sobre la plataforma trepidan escafandras y compensadores y reguladores y el señor Roberto con las riendas y José Silveira y yo. Nos fuetean la cara ramas floridas. Nos eluden mariposas encandilantes. A veces corremos por túneles vegetales. A ratos llueve. Careto sube pequeñas cuestas, galopa en bajadas de montaña rusa. Mosquitos y tábanos zumban a nuestro paso. Se detiene Careto y corre a la derecha de la vía para pastar entre los árboles. Hemos llegado al cenote. En las selvas del Yucatán no hay ríos. El agua se cuela por el suelo calcáreo, excava cavernas como catedrales, repleta lagos abisales, corre por ríos subterráneos. A veces la bóveda de uno de estos templos sumergidos se derrumba. Por un agujero que parece boca del infierno vemos decenas de metros más abajo aguas azul turquesa. Racimos de raíces cuelgan como árboles invertidos. Revolotean golondrinas. Es el cenote, o pozo sagrado, depositario de las aguas de la vida. En los delirios de los rituales de desangramiento soñaban los antiguos mayas un mundo subterráneo del cual solo héroes o sabios resurgían convertidos en astros. Quien era arrojado en sacrificio a un cenote no volvía al mundo de los vivos. Quizá en efecto regresaba solo como fulgor o sombra. Hacia la tiniebla descolgamos con poleas las bombonas de buceo y bajamos por escalas de hierro; a veces reptamos con bombonas en la espalda hasta el agua helada que parece no haber recibido nunca el sol.

2

El sol culmina sobre el patio del juego de pelota maya de Uxmal. Con caderazos, con golpes de hombro y de muslo los contendores impulsan la pesada pelota de caucho. Cada golpe arranca sangre y una ovación de las abigarradas tribunas. Penachos guerreros, estandartes sacerdotales, capas de pluma de quetzal tremolan como queriendo dirigir el orbe de caucho hacia el anillo cuya penetración decide la ganancia o la pérdida de vidas y fortunas, el poder o la ruina de clanes, dinastías, gobiernos. Chasquea un poderoso golpe de hombro. La pelota sale disparada hacia el sol.

3

Enceguecido como por un sol oscuro, el matemático que medita sentado en la cumbre de la Pirámide del Adivino por primera vez en la historia descubre el cero. Desde el cero, que es nada, arranca la oposición de los contrarios, el nahuatl, la dualidad, que finge serlo todo. Sin el cero nada puede ser verdaderamente pensado en matemática ni en ningún otro campo, pero con el cero termina todo pensamiento. El matemático parpadea. En el juego de pelota sigue el griterío, pero distanciado por el silencio que sobre él pesará dentro de mil años, y el que pesará de ahora en otros mil. El matemático se inclina sobre el códice donde acaba de trazar el signo del cero. Cae dentro de él como en un abismo, y detrás de él los esplendorosos contendores y sus juegos de poder y la civilización y nosotros y todo lo que vendrá detrás de nosotros. El cero no es la causa de la nulidad, sino la consecuencia. Todo lo que de él se levanta vuelve a él, pero quienes lo piensan viven el horror de caer en él despiertos.

4

José Silveira y yo caemos despiertos en el abismo líquido del cenote, que es como un sueño. Buceamos tras los hilos de luz de las linternas hacia el hilo de guía, con el que no hay que enredarse porque podría atarnos para siempre. Abajo está la tiniebla

donde los mayas arrojaban víctimas o tesoros o semillas de astros. Cruzamos nuestras linternas sobre una brizna de nulidad palpitante. En el centro de los hilos luminosos resplandece el pez ciego, cuya dicha es no huir de la luz porque no la conoce.

5

Mientras el universo entero se abisma en el cero, en la cima de la Pirámide de los Astros el escultor continúa cortando con henequén empapado en miel la piedra caliza para que sobre la puerta asome la mirada de Chac, el Señor de las Aguas. Obsesionados con los majestuosos cursos de las estrellas, los mayas saben tanto como nosotros que su tiempo pasará, como el nuestro, en una exhalación. Mientras el mundo desaparece dentro del signo del matemático, siembra el escultor en las piedras prodigiosas fiestas de signos, indiferente al hecho de que la eternidad los hará incomprensibles. Inmunes a la nulidad que toda comprensión suscita.

6

En la noche lluviosa me extravío en las ruinas de Uxmal, en la afiebrada exaltación de su intrincación sígnica que la devoración selvática no calma. Pirámides y ruinas fingen indescifrables gestos bajo el relámpago. No más que una centella son civilizaciones o vidas. El mismo fogonazo que consume, ilumina. Lo eterno no es la obra, sino el momento de crearla. Con sus ojos de rana, la inmensa cabeza de Chac me contempla, impasible.

Tráfico

Hara

Recibo la invitación de Edward Fryes. La acompaña el pasaje con el emblema del *Tsuru* (la grulla). Sobrevuelo el Pacífico. Vivo ese día largo como un siglo, al fin del cual el tiempo retrocede y parece que llegamos antes de haber partido.

Desdeño dormir el cambio horario. Amo contemplar el día del Japón desde un insomnio de noche caribeña. En las vitrinas, alimentos imitados en plástico. En los altoparlantes, sintética música latina. En inmigración, Kihuako Takahashi, la intérprete de mis viajes nipónicos. El primero, para discutir sobre la energía (petróleo). El segundo, para debatir sobre una ilusión (dinero). ¿Cuál poder es el que ahora me convoca?

—El que devoró los otros dos –sonríe Ki–: el tráfico de ilusiones.

El chofer de la limosina se cambia cada diez minutos un par de guantes inmaculados. Los guantes desechados hacen signos innominables. Un sudario de contaminación cubre al moribundo Tokyo. Me oriento por la réplica de la torre Eiffel. Me confundo con decenas de réplicas de la réplica. Frenamos ante la fachada de la Kappa Informatics. Doble hilera de ejecutivos se inclina militarmente para saludar la salida del fundador, Akutagawa San. Faz de Golem diminuto. Ki me guía entre galerías de jovencitas que ensamblan microcomponentes. Solo admiten adolescentes de manos delicadas como las de las *ama* (mujeres buceadoras) que vi una vez en la isla de Kokichi Mikimoto. En profundidad lunar rescatan perlas cibernéticas. En el fondo del fondo de los laboratorios me espera el legendario

Edward Fryes, autor de *Principios matemáticos de lo imaginario* (MIT University Press, 1979). Desde el gran ventanal nos espía el sol de agosto. Ese sol del interminable crepúsculo que parece haberse detenido a mirar hasta provocarnos la exasperación de ser observados.

Ha

—En el siglo XXI, como en cualquier otro –dice Fryes, ofreciéndome una taza de té–, solo existen dos destinos tolerables: el de científico y el de artista. El primero danza al borde de la extinción física del cosmos. El segundo, al filo de la muerte del alma. Luego, se han hecho imposibles.

—Y no son ya diferentes.

—Esperaba que me comprendiera. Entenderá de qué trata el proyecto. En una memoria artificial he incorporado datos para sintetizar todos los sonidos posibles. En otra, todos los olores. En otra, todas las sensaciones táctiles. Otra, en fin, contiene el catálogo universal de las imágenes, desde la del punto hasta el rostro de Anna Schygula. Con un programa puedo evocar cualquier combinación posible de olor, sabor, sonido, tacto e imagen. La química, la cuadrafonía, el holograma tridimensional permiten dar a estas imágenes una ilusión de realidad absoluta. Puedo evocar la imagen de Liv Ullman, hacerla que hable como Charlotte Rampling, huela como Marylin y actúe como Pina Bausch. Digamos, dándose cabezazos contra la pared de una celda. Así.

Lo detengo antes de que toque el teclado.

—Tales imágenes pueden ser inducidas colocando directamente terminales en los nervios –prosigue–. Un *walkman* total: la combinación de sensaciones puede ser hecha manualmente, mediante elecciones sucesivas, o confiada a los programas de la máquina. Hemos analizado estadísticamente las estrategias de combinación más frecuentes adoptadas por los creadores más célebres, con sus fantasmas, sus tics, su estilo, que no son más que redundancias previsibles en la emisión de signos. Otro

programa contiene las 36 situaciones dramáticas básicas, con la posibilidad de recombinarlas a la potencia de 36. Pulsando unas cuantas teclas, la máquina nos daría el *Retrato de Dorian Gray* filmado por Visconti. Podríamos elegir para cada exhibición entre un infinito de intérpretes posibles: Hellmut Berger, William Hurt, o superperfectos artistas imaginarios. Pues, aunque toda obra maestra es una parodia (piense en *El Quijote, Ulises, El proceso)*, la que estamos concluyendo no es una máquina parodiante. Su posibilidad de innovación es matemáticamente infinita. Según los niveles escogidos por estas siete teclas de funciones que estoy pulsando...

—Sellos –digo.

—Con la primera tecla, elegimos todos los órdenes de combinación concebibles que sean compatibles con la factibilidad estadística del universo: realismo.

—Pero eso –me dijo más tarde María Sol– sería vivir condenados a la belleza. –María Sol tenía los lentes ocultos tras lentes solares. Pensé en ropa cuyo lado interno constara de infinitos ojos abiertos, contra la piel.

—... Y la séptima tecla libera el azar más puro: el principio de intederminación: dadaísmo. Action Painting, delirio.

Pienso que Fryes se propasa.

—Así como todo narrador engendra personajes que se le rebelan, en cada uno de los niveles la máquina tiene la capacidad de interactuar con el ejecutante, proponiéndole desviaciones inesperadas, rutas imprevistas, emergencias, tal como un simulador de vuelo. Manejar la máquina dejándole cierta libertad será entonces como correr una improvisación o girar sobre el torbellino de una ola tanto más vertiginosa cuanto más desenfrenada. Como en las jugadoras de ajedrez cibernéticas, habrá grados de dificultad, pero nadie sin enloquecer volaría en los niveles superiores...

—Las ejecuciones geniales del instrumento –prosigue Fryes– atraerán espectadores e imitadores, al extremo de que un sueño particularmente vívido (como ha pasado durante toda

la Historia) devenga un hecho político y arrastre o aglutine millones. Un acróbata humano en una cumbre electrónica organizaría estos nuevos Sermones de la Montaña Informática.

—¿Y el hastío?

—Lo habrá. Pero no respecto a la máquina. La superioridad combinatoria y sensorial de las alucinaciones electrosíquicas rebasará de tal manera la realidad, que esta empezará a ser dejada de lado. En ella solo permanecerán los animales y las máquinas. Lo real será solo aspecto secundario de lo ilusorio.

(Un botón de la máquina −pienso, sin decírselo a Fryes− debería borrar toda sensación de devenir, y produciría la eternidad).

Se debe entender que desde ese momento el matemático, el iracundo sol, las lunares tejedoras de circuitos empiezan a receder en una distancia que me provoca náusea física. Estoy aquí, trato de convencerme. Pero cuál es este aquí.

—Así −prosigue Fryes− los más abrumadores repertorios sensoriales pueden ser reducidos a señales y comprimidos en disquetes. Los amantes se intercambiarían sus respectivos disquetes, y no sería necesario ningún ulterior contacto.

Kihuako sonríe, tras el abanico. Supe entonces por qué, elusiva, me había deslizado una discreta lámina dentro del pasaporte. Y no había solicitado, ni aceptaría, la mía. La soledad latiendo, como un poema de una sola línea.

Creo sentir un golpe regular contra las paredes del aposento contiguo.

Kyu

(—Fryes ha demostrado matemáticamente −le explico más tarde a Carolina− que todas las civilizaciones mueren por suicidio. Eso les pasa cuando logran falsificar su aparato cognoscitivo hasta el punto de perder todo contacto con la realidad.

—¿Y qué hace en el Japón?

—El suicidio de las potencias hegemónicas de hoy arrastrará todo consigo. El Japón es la única cultura donde la autoaniquilación consolida un orden: es un medio para, no un fin en

sí misma. No concluye, da comienzo. La única posibilidad de supervivencia de algunas semillas vitales consiste en que la civilización sea aniquilada por Fryes desde el Pacífico, y no por la Guerra de las Galaxias o el Éxito Económico. Pero, ¿por qué los japoneses se eliminan rasgándose el vientre?

—Es el centro del cuerpo –dice Carolina, rozándose el ombligo con el meñique–. Es la emoción: morir es dejar de sentir, antes que dejar de pensar).

—Obviamente –digo a Fryes– su máquina trivializará toda conocida forma de arte y subproductos tales como religión y filosofía, así como la cámara fotográfica banalizó la tradición figurativa de las artes de Occidente. La cámara asesinó a la pintura privándola de objeto. Su máquina hará lo mismo con la cultura.

—Al quitarle a la pintura su objeto, la cámara fotográfica la hizo reencontrarse como sujeto. Debía hallar lo que la cámara no era todavía capaz de hacer. De esa muerte nacieron: impresionismo, dadaísmo, surrealismo, cubismo, arte óptico, informalismo, cinetismo, arte Pop, arte mínimo, arte conceptual.

—Ellos tuvieron un siglo para dar la batalla. Y el Apocalipsis es ahora. ¿Cuándo empiezan las pruebas de la máquina?

—Ya.

—¿Dónde?

—En su país.

La última pregunta y la última respuesta sobran. Todo horror de las civilizaciones dominantes se ensaya en los pueblos subdesarrollados. Estamos en manos de los acreedores de nuestros acreedores. El sol relumbra dentro de la tosca taza de barro, en la última gota de té. El furor de su luz ilumina mi remota noche. Quiero imaginar que la oficina de Fryes es una alucinación de la máquina. Sé que más bien lo es un espejeante mundo de corales con el que intento conjurarla.

—Lo denunciaré.

Vivimos cada vez más un rito: palabras y gestos producidos por obediencia más que por necesidad. La aparición de relatos

imaginarios sobre la construcción de una bomba atómica no impidió que simultáneamente avanzaran un proyecto similar estadounidense, otro alemán, otro ruso, otro japonés. La invención sirvió de coartada: tiñó de ficción la puerta del abismo.

Supongamos que a un pueblo de buenos salvajes le anuncian que va a ser blanco de un Hiroshima cultural. Supongamos que tienen que defenderse con las manos desnudas.

Supongamos que no tienen más opción que ganar.

Sufro una discontinuidad temporal. Creo haber estado con Fryes muchas veces en aquel laboratorio. Tantas como aquel golpe regular, quizá producido por una mujer que da cabezazos contra la pared del aposento contiguo. El sol es el mismo: Fryes y yo somos distintos.

Este instante no existe –me digo– por más que sea verdad. Lo único cierto en él es la gota de té, el *matsugo-no-mizu* (agua para el último instante) de los condenados. Fryes, Ki, la atormentada mujer que se golpea y la infinita multitud de los hombres y yo no somos más que versiones diferentes de esa gota. Y entonces conozco la razón de la agonía que me devora desde que entré al laboratorio: yo no soy yo: mis nervios son tejidos y destejidos por un harén de mujeres acuáticas.

—Por favor –dice Fryes, mientras me arrastro hacia la puerta del aposento contiguo–. Después de ese umbral, se disuelven los límites.

La última cosa que veo es mi mano empujando la puerta corrediza. Más allá están las inconcebibles formas que no pueden ser sintetizadas por la máquina.

Pero no pueden aparecer aquí. Esta historia ha sido escrita por Ella.

Tregua

Las sirenas anunciaron la tregua y bajamos al río desde lados opuestos. Bebimos y llenamos las cantimploras. Un momento nos quedamos sentados en el cauce que nos mojaba, pensando, aunque ninguno sabía qué pensaba el otro. Había tiempo y me lavé la cara y hundí la cabeza y sentí un gran alivio. Luego sonó la primera sirena y sin hablarnos nos retiramos, mirándonos. Cuando la segunda sirena sonó, disparé primero, y allí quedó tendido para siempre a la orilla del río que sigue pasando para siempre.

Golpe de gracia[8]

8 *Golpe de gracia*. Ediciones El Otro El Mismo, Mérida, 2001. Otras publicaciones: Fundarte, Caracas, 2012.

Peligros de las payasitas

Nunca comprendió el niño precoz el problema de no poder cumplir años más rápidamente para volver a ver a la payasita que animaba sus piñatas, ni el tormento de ignorar si año tras año era la misma, o si lo único igual era la máscara.

Por eso en las tiendas de piñatas siempre pedía la de forma de corazón, para sentir los golpes que lo irían separando de su idolatrada y el desgarramiento final del despecho que solo sabe de lo que es capaz cuando estalla en dulzura.

El niño precoz pensaba que lo que cubre el traje de payasa debía ser mejor que la envoltura, así como lo que oculta el disfraz de payaso siempre es peor, y lo menos promisorio, el uniforme de payasito que a lo mejor esconde al enano.

Aún no sabía que las dos grajeas y el muñequito de plástico que hay dentro de la sorpresa no valen la pena de abrirla, así como la lluvia de baratijas no justifica romper la piñata. Su inocencia no adivinaba que se debe respetar toda envoltura porque protege el misterio: que a lo mejor metiendo la mano dentro de la gran blusa a cuadros solo iba a encontrar papelillo, serpentinas, silbatos.

Por eso nunca adoró a las estrellas de show infantil que estremecen ombligos de rumberas prepúberes entre decorados de cabaret kindergarten. No, siempre amó a la payasita de segunda fila en el gran traje balón e irremisiblemente payasa: hetaira de la inocencia en la orgía sin malicia donde todos la besan sin poseerla. Tras la máscara de payasita, como detrás de la de superhéroe, adivinaba ojos benévolos obligados a esconderse de la felicidad que causan.

Nunca pudo imaginarla borrándose en el tocador la gran máscara, como una Juana de Arco rapada de sus bucles por los verdugos. Siempre creyó que profesar de payasa era para siempre, como de monja. Así amaba el niño la pudibundez extrema de aquella cara más oculta tras su feroz nariz roja que la de la odalisca bajo los siete velos.

El niño precoz adivinaba en el embadurnamiento la antelación tenaz de esa payasería de la mujer que no se despega del espejo afanando sobre el rostro el pavorreal de los cosméticos. Pues el maquillaje y el uniforme igualan: bajo él, uno las sospecha tierrúas o sifrinas pero la cara enharinada las nivela en la gran hermandad de la sorna.

Payasada: voz que retumba como andanada o restalla como bofetada. Sobre el plato de cartón con el flan ensaya el niño las bufonerías del amor y el triple salto mortal de la duda. ¿Podría asumir seriamente la pasión quien se mira al espejo con pelucas de mechones azules? ¿Y si dejaba de lado esas investiduras seguiría amándola, no sería como apartar y matar a la payasita sustituyéndola por la carne anónima de la cualquiera? ¿Para cortejarla tendría que vestirse con calzones de tienda de campaña y levitas de ceremonia? ¿Debería, como todo enamorado, hacer el payaso?

Pero no: quizá la puerilidad la dulcificara. Una muchacha con zapatos de sartén y gran corbata fosforescente no podría tener las crueldades que usan en el amor las payasas adultas con boquitas pintadas y ojos cruelmente maquillados.

En cada cumpleaños el niño precoz soñaba un mundo de payasos donde pudiera amarla como a cualquiera otra y donde las seculares infamias estuvieran curadas: una inquisición de payasos jamás quemaría a un payaso hereje con sus grandes lágrimas pintadas en la mejilla; un ejército de payasos jamás haría seriamente la guerra. ¿Sería posible disparar contra una sublevación de arlequines pobres que amenazara robar los caramelos?

Lo peor es que con la crisis las muchachas que trabajan de payasas no van a conseguir nada mejor en qué trabajar y bajo el

mismo maquillaje serán payasas viejas: lo único más triste que el payaso joven bajo su inútil maquillaje de anciano.

Lo peor de lo peor es que las payasitas cobran por hora y quién sabe si será tan de dudar su amor como su alegría.

El niño precoz hunde la cucharilla de plástico en el temblor sin fondo de la gelatina. El niño precoz jura establecer sobre la tierra la utopía del cumpledía, donde cada amanecer traiga piñata y cada atardecer payasita.

Desesperadamente se niega a apagar la velita de la esperanza cuya extinción hace caer sobre la torta tantos cuchillos y sobre la payasita tantas despedidas.

La noche

1

Siempre pareció que en la ciudad nocturna no había suerte más dura que la del perro callejero, hasta que apareció el recogelatas royendo eternamente su hueso de aluminio.

En verdad las latas le agradecen que las guarde en su gran zurrón de mendigo, porque eso las libra de su infierno, que es ser pateadas eternamente por el bobo cuyo pie no conoce otro destino.

Nunca un recogelatas está normal. Al coleccionarlas, pasa a su alma el espíritu de la cerveza que no bebió: por eso se bambolea equilibrando en sus sacos la borrachera de la ciudad.

Así como la gitana lee las hojas del té, el recogelatas profetiza en las arrugas del recipiente que aplasta: en él adivina que todos los peatones son latas que van a ser aplastadas y recogidas un día por un hombre con un saco muy grande.

Entre todos ellos pasa el Recogelatas Errante, que recogió la copa con la cual jugaron a los dados el manto de un crucificado.

La policía los arrestaría más a menudo de no ser porque el agente no sabe si se verá obligado a caminar tras ellos mochila al hombro, como un improvisado Cirineo.

La guadaña de la luna es el gran imán que los recoge, para irse niquelando. Por eso nunca se ve un recogelatas muerto.

2

Ha sido demostrado el amor de los niños güelepega por las librerías que acabaron en expendios de útiles escolares. En busca de la pega rompen a medianoche las vitrinas de esos templos en

donde todo sirve para aprender a leer unos libros que ya no se venden porque están muy caros y ya nadie lee.

El olor intenso de viruta de lápiz los hace entonces ver ejércitos de creyones que cambian arbitrariamente los colores del mundo. De allí sale el güelepega pichón de asesino que armado de una goma mágica va borrando todo lo que se le pone por delante.

¿Por qué fue que los más sanos se robaron las esferas terráqueas para jugar una serie mundial pateando las imágenes del mundo que no tiene sitio para ellos?

Cuidado: siempre amanece ahogado el niño güelepega que se antojó de oler el aroma de la espuma de la fuente luminosa.

Ese es el momento de angustia de la noche, cuando se apagan bombas y reflectores y la fuente se derrumba como un alma que no puede con su alguien.

3

¿Qué custodian los policías nocturnos, si el hampa ya perdió la pena y actúa a plena luz, saludable, solar, casi playera?

Pasa que nuevos terrores azotan la noche: las sombras de los seres ridículos, que durante el día tienen pena de ser vistas con sus dueños, vagan por la enfaroladas avenidas, suspirando de alivio de no estar encadenadas a sus amos.

En el último bar que cierra, el mesonero se desciñe el delantal blanco para lidiar con él al toro compacto de la noche.

Sueltas corren por los tejados las pesadillas que ya no pueden ser depositadas en los bancos quebrados de los sueños.

Más insoportable que todo es ese bulto que ronca arropado en periódicos sobre el banquillo de alguna plaza. Pudiera ser una mala noticia, agazapada para saltarle al alba a la garganta.

Pasa el hombre que va arrojando grietas a todo, y es el culpable de que el recuerdo esté tan roto. A partir de cierto momento las estaciones del Metro solo admiten suicidas. Los secuestradores de sombras piden rescates más altos a medida que avanzan las horas del insomnio.

¿Será verdad que todavía en el medio el sueño somos, cuando ya no sabemos que somos?

Es el momento de los seres peores, que se dedican a cambiarnos por otro que despierta en nuestro sitio.

Llega el alba, y creemos que vivimos.

La novia

Esto pasó en los tiempos cuando Salvador Martínez andaba haciendo arte conceptual. Salvador convenció a Lalita, que estudiaba teatro, del gran performance *La Novia* para un ejecutante con multitud. El problema fue hacer entrar a Lalita en el mustio traje blanco de la mamá de Salvador y cómo desamarillecer las lentejuelas. El velo debió ser hecho de nuevo y así plantamos a Lalita solitaria con la inmensa cola un sábado en la tarde a las puertas de la iglesia de El Recreo.

Novias iban y novias venían, no tan suntuosas como Lalita, pero cada una con su respectivo homenajeado y ya al décimo Ave María se asomó el cura preocupado por el corrillo de curiosos. Lalita solo le explicó él me dijo que lo esperara aquí y el párroco acongojado revisaba de principio a fin el registro de bodas donde no estaba anunciado el elusivo novio de Lalita. Pero si usted quiere pase, pase, señorita, decía bizqueando compasivo mientras los sacristanes cerraban los portones irremediables, y Lalita déjeme, déjeme, echa a andar hacia el bulevar arrastrando por las rayas del cruce peatonal su enceguecedora cola de cisne.

Como un batallón al cual le dicen atención firmes se incorporaron los ociosos que derretían el sábado en centenares de helados de crema en las mesas de los cafés, tazas y platos quebrándose en el suelo y derramando en él colas de leche. Entonces empezaron a ser novias abandonadas las caídas servilletas y las nubes del algodón de azúcar y las lunas de las tiendas de espejos que hicieron una explosión de Lalitas mientras se encendía el relámpago inmóvil de las luces de neón. Cual garza que sobrevuela el Guaire dejaba atrás Lalita la espesa multitud de señorita

qué le pasa, puedo ayudarla, y hasta un tendero intentó meterla a la fuerza en su *boutique* para regalarle un vestido para que se cambiara, pero Lalita resplandecía limpia como una afrenta y ante la multitud cada vez respondía menos y cuando ya el zumbido de la turba era de linchamiento y Salvador se acercó a salvarla, tan metida estaba en el papel que apenas atinó a apartarlo con un glacial déjeme, déjeme, de quien ya no reconoce a nadie.

Entonces empezó un brillo de remolino sucio en los ojos de todos y el tumulto no nos dejaba acercarnos y hasta patearon las puertas del taxi donde por fin escapó Lalita y durante muchas horas temimos que la hubieran secuestrado hasta que reapareció por la casa, silenciosa, y nadie quiso hablar más.

Luego supimos que el sábado siguiente había ido a la misma iglesia un joven con traje de etiqueta y que esperó interminablemente hasta que le dijeron que su novia se había ido la semana pasada. Se tapó la cara con el sombrero y lloró quedito junto a un albañal. Como se le olvidó el sombrero de copa, nadie advirtió su paso por el bulevar abarrotado de mujeres, ninguna de las cuales llevaba traje de novia para él.

Temo que me lleguen por correo las tarjetas del bautizo de los niños que nunca tuvieron.

El Candidato y su imagen

El cogollo partidista designó al Candidato, pero este no tenía imagen. El cogollo llamó a los asesores estadounidenses Garth y Napolitan para que le fabricaran una imagen criolla pagadera en dólares norteamericanos.

Con técnicas de *Motivational Research, Brainstorming y Critical Path Method* diseñaron la imagen. Sastres, dentistas, peluqueros, maquilladores, escritores de discursos, revendedores de carisma, directores de escena y foniatras corporeizaron la imagen. Fotógrafos, cineastas, organizadores de eventos, técnicos en medios y publicistas prepararon el lanzamiento de la imagen.

Entonces comenzaron los rumores de que la imagen le estaba disputando la postulación al Candidato. El Candidato proclamó el sostén del cogollo, pero la imagen se glorió de tener el apoyo de las masas. El Candidato dijo que lo respaldaba la maquinaria, pero la imagen declaró que triunfaría en las primarias. El Candidato llamó a la imagen arribista. La imagen llamó al Candidato delfín.

Nadie entiende lo que pasó en la Convención Nacional: tanto el Candidato como la imagen proclamaron haber obtenido mayoría. Cada uno acusó al otro de financiamiento por el narcotráfico, fraude, soborno y cohecho para falsear los resultados. Otra vez se dividió el partido, entre aquellos a quienes les gustaba el Candidato tal cual era, y aquellos que preferían la imagen de él fabricada por los asesores. Desde entonces, fueron históricos los encontronazos a pescozones entre los "candidateros", y los "imagináticos", como la guasa popular designó a unos y otros. Un oportuno remitido del Consejo Electoral

recordando que todavía no era fecha de campaña forzó a los contendores a elevar la polémica al plano ideológico.

El Candidato y la imagen se retiraron a redactar sus programas. Los mismos resultaron idénticos. Era lo que sucedía con todos los programas hacía tres décadas. La polémica debió centrarse inevitablemente en lo personal. La izquierda denunció el intento de polarizar las elecciones entre el Candidato y su imagen. Se gastaron centenares de millones en publicidad exaltando las cualidades de la imagen. Se derrocharon centenares de millones en propagandas ensalzando la falta de cualidades del Candidato. Finalmente, la imagen retó al Candidato a un debate televisado.

El Candidato resistió, para no dar la impresión de que no aguantaba dos pedidas. Solo cuando la imagen lo llamó gallina, se apareció a discutir contra su propia sombra cuál de los dos era el que era. Nunca programa alguno gozó de *rating* tan elevado. Al final, partidarios de la imagen y del Candidato invadieron las calles, cada uno proclamando el triunfo de su favorito.

La asistencia a las urnas fue multitudinaria y, como siempre, resultó extraordinaria la demostración de civismo. La imagen resultó ganadora. El Candidato reconoció a regañadientes la derrota, mascullando algo sobre irregularidades en las actas. Anunció además una oposición constructiva, y profetizó el regreso triunfal de su bipartido.

Meses más tarde, asistió el Candidato a la toma de posesión triunfal de su propia imagen. Las altas personalidades aplaudieron. Los periodistas se agolparon. Los espejos no devolvían reflejo alguno. En medio del salón de ceremonias esperaba una silla vacía.

Dedos

Bien sea que utilicemos tiza o estilográfica de lujo, siempre escribimos con los dedos, y de cada uno surge una literatura.

Así, existen las bellas letras del meñique o del dedito parado: cuidadas, manicuradas, engominadas, exquisitas, evanescentes, impolutas, cuchis, aplaudidas por todos los críticos, celebradas por todos los profesores y todos los ignorantes que confunden literatura con amaneramiento.

Al lado de la escritura del dedito parado está la del anular: el dedo del vínculo institucional, de los aros de herencia sustanciosa, de compromiso estratégico, de matrimonio de conveniencias, de graduación utilitaria, de homenaje empresarial, de mafia gerencial, de consagración burocrática y académica. Al anular le vienen como anillo al dedo sortijas, círculos, juntas, mafias, cenáculos y roscas: todos los eslabones que sirven para consolidar la carrera y anular la literatura.

Cuando el dedo medio se decide a escribir, se yerge firme en medio de sus colegas abatidos, discurso enhiesto que participa a la vez de la erección erótica y del escarnio cínico. Como en el amor y en la ideología, la literatura del dedo medio solo queda bien cuando es capaz de mantener su posición con firmeza.

La escritura que señala con el dedo índice es acusatoria. Hurga, indaga, incrimina, dispuesta siempre a pinchar la llaga o el ojo en presente de indicativo. Es indiciario el índice hasta cuando puya la barriga: mucho peor cuando se acerca doblado a la boca del adversario, a ver si este muerde. No es extraño que la literatura trazada con el índice convierta a su autor en indiciado, y que ella caiga justamente en el Índice. Y sin embargo, solo el

dedo índice marca el compás, y acompañado del dedo medio puede erigir la v de la victoria.

La literatura del dedo gordo parece siempre satisfecha. Se yerge feliz, pero no para excitar ni para escarnecer, sino para aprobar gruesamente o aniquilar al que ya está vencido, cuando no para pedir colita a algún autobús político, empresarial, estético o comunicacional que transita por el camino trillado. A pesar de que el pulgar es el dedo oponible, solo hace oposición para agarrar algo, después de lo cual se queda quieto, no vaya a caérsele.

Al combinar su acción, los dedos de la mano pueden cumplir las tareas más desmesuradas y caligrafiar las escrituras y los gestos más inconcebibles. Toda la gama de ellos cae entre las posturas extremas de la puñeta y del puñetazo. Prefiero este último. Sin puñetazo en el alma, no hay literatura.

Guaicaipuro Cuautémoc cobra la deuda a Europa

Aquí pues yo, Guaicaipuro Cuautémoc, he venido a encontrar a los que celebran el Encuentro. Aquí pues yo, descendiente de quienes poblaron América hace cuarenta mil años, he venido a encontrar a los que se la encontraron hace quinientos. Aquí pues nos encontramos todos: sabemos lo que somos, y es bastante. Nunca tendremos otra cosa.

El hermano aduanero europeo me pide papel escrito con visa para poder descubrir a los que me descubrieron. El hermano usurero europeo me pide pago de una Deuda contraída por Judas a quienes nunca autoricé a venderme. El hermano leguleyo europeo me explica que toda Deuda se paga con intereses, aunque sea vendiendo seres humanos y países enteros sin pedirles consentimiento. Ya los voy descubriendo.

También yo puedo reclamar pago. También puedo reclamar intereses. Consta en el Archivo de Indias, papel sobre papel, recibo sobre recibo, firma sobre firma, que solo entre el año de 1503 y el de 1660 llegaron a Sanlúcar de Barrameda 185 mil kilos de oro y 16 millones de kilos de plata provenientes de América. ¿Saqueo? No lo creyera yo, porque es pensar que los hermanos cristianos faltan a su séptimo mandamiento. ¿Expoliación? Guárdeme Tonantzin de figurarme que los europeos, igual que Caín, matan y después niegan la sangre del hermano. ¿Genocidio? Eso sería dar crédito a calumniadores como Bartolomé de las Casas, que califican al Encuentro de *Destruición de las Indias,* o a ultrosos como el doctor Arturo Uslar Pietri, quienes afirman que el arranque del capitalismo y de la

actual civilización europea se debió a esa inundación de metales preciosos.

No: esos 185 mil kilos de oro y 16 millones de kilos de plata deben ser considerados como el primero de varios préstamos amigables de América para el desarrollo de Europa. Lo contrario sería presuponer crímenes de guerra, lo cual daría derecho, no solo a exigir devolución inmediata, sino a indemnización por daños y perjuicios, como la que cobran las víctimas de los campos de concentración a los alemanes. Yo, Guaicaipuro Cuautémoc, prefiero creer en la menos ofensiva de las hipótesis. Tan fabulosas exportaciones de capital no fueron más que el inicio de un *Plan Marshalltzuma* para garantizar la reconstrucción de la bárbara Europa, arruinada por sus deplorables guerras contra los musulmanes, cultores del álgebra, la poligamia, el baño cotidiano y otros logros superiores de la civilización.

Por ello, llegado el Quinto Centenario del Empréstito, podemos preguntarnos: ¿han hecho los hermanos europeos un uso racional, responsable, o por lo menos productivo de los recursos tan generosamente adelantados por nuestro Fondo Indoamericano Internacional?

Deploramos decir que no. En lo estratégico, los dilapidaron en batallas de Lepanto, Armadas Invencibles, Terceros Reichs y otras formas de exterminio mutuo, sin más resultado que acabar ocupados por las tropas gringas de la OTAN, como Panamá (pero sin canal). En lo financiero, han sido incapaces —después de una moratoria de 500 años—, tanto de cancelar capital o intereses, como de independizarse de las rentas líquidas, las materias primas y la energía barata que les exporta el Tercer Mundo.

Este deplorable cuadro corrobora la afirmación de Milton Friedman según la cual una economía subsidiada jamás podrá funcionar. Y nos obliga a reclamarles —por su propio bien— el pago del capital e intereses que tan generosamente hemos demorado todos estos siglos. Al decir esto, aclaramos que no nos rebajaremos a cobrarles a los hermanos europeos las viles y sanguinarias tasas flotantes de interés de un 20% y hasta un 30%

que ellos le cobran a los pueblos del Tercer Mundo. Nos limitaremos a exigir la devolución de los metales preciosos adelantados, más el módico interés fijo de un 10% anual acumulado durante los últimos 300 años.

Sobre esta base, y aplicando la europea fórmula del interés compuesto, informamos a los Descubridores que solo nos deben, como primer pago de su Deuda, una masa de 185 mil kilos de oro y otra de 16 millones de kilos de plata, ambas elevadas a la potencia de 300. Es decir: un número para cuya expresión total serían necesarias más de 300 cifras, y que supera ampliamente el peso de la Tierra. Muy pesadas son estas moles de oro y de plata. ¿Cuánto pesarían, calculadas en sangre?

Aducir que Europa en medio milenio no ha podido generar riquezas suficientes para cancelar este módico interés sería tanto como admitir su absoluto fracaso financiero y/o la demencial irracionalidad de los supuestos del capitalismo. Tales cuestiones metafísicas, desde luego, no nos inquietan a los indoamericanos. Pero sí exigimos la inmediata firma de una Carta de Intención que discipline a los pueblos deudores del Viejo Continente y los obligue a cumplirnos sus compromisos mediante una pronta Privatización o Reconversión de Europa, que les permita entregárnosla entera como primer pago de su Deuda histórica.

Dicen los pesimistas del Viejo Mundo que su civilización está en una bancarrota que le impide cumplir sus compromisos financieros o morales. En tal caso, nos contentaríamos con que nos pagaran entregándonos la bala con la que mataron al poeta.

Pero no podrán: porque esa bala es el corazón de Europa.

Todos

Allá va cualquiera ignorado por quien sea. Allá rueda aquel maldito por aquella. Ahí van los de siempre atropellados por los mismos. Allá cae el uno confundido con el otro. Acá los inconscientes evaden las conciencias. Allá vagan los más olvidados por los menos. Aquí se extingue este vaciado por estotro. Acá se arrastran los vendidos tras quienes los compraron. Allá van todos asesinados por ninguno. Allá corren todos huyendo de sí mismos.

Arca[9]

9 *Arca*. Seix Barral, Biblioteca Breve, Caracas, 2007.

Domingo Muñoz, religioso

Por desviar la atención del atormentado torbellino del altar barroco en la iglesia de San Francisco de Quito, el sacerdote Domingo Muñoz la vuelve hacia el artesonado mudéjar y luego hacia el torrente de la cabellera de la feligresa, apenas visible tras la rejilla del confesionario y el velo. La feligresa confiesa un pecado simple como una línea recta. Engaña a su marido con su celoso amante Maurel. Muñoz la envía a hacer penitencia frente al altar. La feligresa camina en dirección opuesta hacia el portal, donde el resplandor de la plaza la convierte en una mujer vestida de luz. Domingo Muñoz la sigue. Al trasponer el portal mira por el rabillo del ojo al mendigo disimulado en la penumbra que alternativamente cubre y descubre su rostro en sombras con un papelote garabateado de incoherencias.

De allí a que terminen el confesor Domingo Muñoz y la feligresa Wanda acusados del envenenamiento del marido no hay más que un paso. La iglesia impone unos fueros y la política, otros. Muñoz y Wanda son remitidos a la lejana Caracas, aldea revoltosa devastada por los terremotos y las guerras. Wanda logra su libertad, según atestigua el minucioso cronista Jean Merrien, valiéndose de un recurso del cual dispone toda mujer bella. Por el ventanuco casi a ras de acera de la prisión eclesiástica de la catedral de Caracas, Muñoz atisba la entrada de las tropas independentistas, que cabalgan blandiendo lanzas ensangrentadas. Sus caudillos fusilan desertores, homicidas, convictos de pillaje. En el tumulto se abren arcas y prisiones. Muñoz escapa confundido con rateros e independentistas. Repartiendo bendiciones entre mendigos y cocineras obtiene

la noticia de que Wanda comparte el lecho con Maurel y con el jefe de la policía. Una casa en llamas y un amante apuñalado no llaman la atención en la aldea sometida a los furores de la ley marcial. Arrastrando a Wanda consigo, Domingo Muñoz se une a partidas de fugitivos realistas que por las trochas de la montaña buscan las caletas del litoral y las goletas que a cambio de fortunas los llevarán hacia las Antillas todavía dominadas por su Sacrarreal Majestad.

La única fortuna de Domingo Muñoz es su habilidad para ofrecerla. La mañana en que la precaria goleta leva anclas predica como nunca a los harapientos tripulantes. La cólera de Dios había sembrado las iglesias de altares cuya violenta confusión enloquecía a los hombres, y la tierra, de hombres desnudos vestidos de la sangre de los degollados. La obra de Dios había de empezar esa madrugada en el mar.

En los *Archives géographiques* consigna Maurice Magre que el 4 de agosto de 1822 el marino Hugh Hamilton testifica ante el almirante Fergusson, comandante de la guarnición de Jamaica, que embarcado en el *sloop The Blessing* en vía hacia Santiago de Cuba fueron abordados por el *schooner Emmanuel*, que lucía una bandera negra que ondulaba como una sotana. Que el infortunado capitán Smith no pudo ofrecerles más que cien toneles y cincuenta sacos de harina. Que en recompensa fue obligado a saltar al mar por la planchada y abaleado al tratar de asirse al casco. Que el hijo del capitán Smith gritó, el capitán del *schooner* le partió el cráneo de un culatazo y lo arrojó también al mar. Que incendió el *sloop* y abandonó en una chalupa a los tripulantes, recogidos misericordiosamente el 28 de julio de 1822 por el *schooner Marie-Anne*. Que el pirata era alto, robusto, de rostro alargado, nariz aguileña, edad de 45 y sus secuaces lo llamaban Muñoz.

En su *Voyage dans la République de Colombia,* el francés Mollien recoge un testimonio del inglés Houston que reconoce como Domingo Muñoz al capitán de un velero de bandera negra que aborda su canoa solo para comprar pescado. Al mástil

del velero estaba encadenada como un animal una mujer de ensortijada cabellera.

Testigos de confianza sitúan la guarida del réprobo en Cerrito Colorado, donde la expedición punitiva del almirante Padilla solo encuentra un cadalso, restos de un campamento y un poste con una larga cadena que termina en una pulsera abierta. Otro testimonio sitúa a Domingo Muñoz diciendo misas negras en una caverna de Aruba, mientras a su alrededor danza una mujer semidesnuda. La crónica quizá exagera sus crueldades o sus botines o le atribuye los de otros en un mar plagado de piratas peruanos, grancolombianos y de filibusteros de New Orleans. Quizá es fantasiosa la especie de que organizaba elaboradas ceremonias en donde cada prisionero colaboraba activamente en la muerte de sus compañeros de infortunio.

Esta historia debería tener un fin; como el mar, parece no haber comenzado ni terminado nunca. El aventurero se pierde en él sin dejar más rastro que la espuma. Nadie nace pirata; la piratería es apéndice o enmienda de una profesión anterior. En la iglesia de San Francisco de Quito me pregunto cómo puede enloquecer a alguien su altar barroco: por su agregación contradictoria, por su soberbio poder sin objeto, por su fracasada mímesis de la gloria ejecutada con el perecedero esplendor de la tierra, por el místico primor operante de los contrastes, por querer agotar en el constreñido instante la dilatada extensión de la eternidad. Por anhelar la ruptura de los compartimientos que sosegadamente dividen tiempo de espacio e infinitud de finitud. Pero, sobre todo, por tentar la mixtura de los incompatibles: la gracia con el método, la insignificancia con la omnipotencia; el más acá y el más allá. Perlas de magnificencia finge mostrar en cada sorbo de Dios: solo reúne la pequeñez con lo incolumbrable. Y todavía pretende narrar la demasía en el discreto signo de la talla. Aullido disonante.

Tratándose de seres humanos es ilusorio suponer que parecidas causas arrastren semejantes efectos. Anoto sin embargo que ante el altar de San Francisco en Quito —más que en la

centelleante capilla de la catedral de Puebla– se hace patente que no hay un Dios, pero que está en proceso de haber uno. Desde la pululatoria diversidad –cuya imagen es el barroco– habrá al fin una unitaria conciencia de todo incluyéndose en ello la de la ignorante plétora de los procesos que en Él culminaron. Así como este Dios podría ser un efecto podría también ser remota y todavía inexistente causa: generarse en el futuro abismamiento del todo en lo uno o bien ser agonía de lo uno revirtiendo en el tiempo en la pululante diversidad del todo: puede que al culminar cualquiera de los extremos de este viacrucis muera: somos sus partes o tentáculos situados en uno u otro de los puntos de este proceso y nuestro deber es constituir el uno o disgregarlo entregándonos a los laberínticos martirios de la heterogeneidad, la contraposición, lo inagotable: Dios es barroco y la prueba de ello es el mundo, sus inagotables tropeles, su torbellineante mar. Prometo no contar esto a nadie. Con paso incierto escapo haciendo chirriar los maderos del piso hacia el portal, donde un mendigo se tapa y destapa la cara con papeles donde expone en incoherentes palotes su arrepentimiento de haber creado el mundo.

Galápagos

Olas como arietes blancos disgregan costas de dolorida oscuridad. Hace millones de años el centro de la Tierra escupió lava color fuego que cristalizó roca color carbón. Me petrifico para poder advertir las presencias. Entre grietas oscuras se escurren casi invisibles cangrejos negros. Más allá se calientan al sol crepuscular iguanas marinas color de noche. Entre rocas enlutadas revolotean pajaritos sombríos. Los vulgarizadores presentan las Galápagos como Paraíso donde las especies no conocen predadores. ¿Por qué todas juegan a la invisibilidad? Contra el poniente surfistas acuclillados se pasan cigarrillos chisporroteantes con olor de trueno.

Itabaca

Madrugar, cargar equipos de buceo en la camioneta, perforar la niebla andina que cubre la vegetación de trópico, plátanos, cocos, lechosas, esquivar vacas y perros que no se apartan como si no conocieran predadores, acelerar por la reserva desértica donde brotan colinas como fumarolas hasta el canal de Itabaca y la lancha *Vaya con Dios*, navegar entre vientos que cortan el aliento hacia bahías heladas, islas arenosas donde nos asestan sus miradas curiosas los lobos marinos.

Santa Cruz

Me interno isla adentro. Las especies juegan a la evolución para esquivar la muerte. Cactus gigantescos desarrollan troncos leñosos para que las espinosas tunas estén fuera del alcance de los herbívoros. Iguanas terrestres elaboran pieles color de greda.

Por el suelo arcilloso picotean pajaritos color de barro. Los galápagos rumian fortificados con descomunales caparazones de casi metro y medio de largo. Un pájaro vistoso se posa sobre ellos, picotea, vuela. La vida perdura con máscara de engaño, refugio de coraza, ala de huída, simulacro de multiplicación.

Dafne

En medio del mar helado dos peñascos volcánicos como montes lunares demolidos que levantan a los cielos formas devastadas. Me sumerjo en aguas inescrutables por el acantilado tapizado de algas otoñales: rojas, amarillas, anaranjadas, castañas. Cruza un perezoso tiburón martillo. Desciendo tras él hasta que los colores entristecen. Un lobo de mar danza en círculos mientras bajamos.

Darwin

Veo esplendores sabiéndome invidente. En las caparazones de los galápagos donde solo percibo corazas discriminó en 1835 Charles Darwin once especies, cada una de la cuales habita en una específica isla. Donde me aturde la algarabía de los pájaros, distingue Charles que cada isla aloja una especie distinta de pinzón, algunas comedoras de semillas, otras insectívoras, otras perforadoras de madera. Charles Darwin garrapatea en una libreta: "Cuando veo estas islas, próximas entre sí y habitadas por una escasa muestra de animales, entre los que se encuentran estos pájaros de estructura muy semejante y que ocupan un mismo lugar en la naturaleza, debo sospechar que solo son variedades... Si hay alguna base, por pequeña que sea, para estas afirmaciones, sería muy interesante examinar la zoología de los archipiélagos, pues tales hechos echarían por tierra la estabilidad de las especies".

Plaza

Buceamos contra la corriente en faena extenuante que acentúa la soltura de la raya, la gracia de los cardúmenes, el éxtasis de

los caracoles rojizos. A la profundidad en que la luz se esfuma, un fantasma evolutivo, el pez murciélago, camina sobre aletas o patas que se doblan o agitan, con grotesca nariz que secreta líquidos que atraen a las presas. Seis tiburones dejan una caverna disparados como torpedos hacia la superficie plateada. Uno medita bajo la madriguera, inmóvil, sus branquias resoplantes.

Darwin

La estabilidad de las especies. En cinco palabras compendia Darwin la desestabilización de los dogmas supersticiosos y la estabilidad de la vida. Criaturas inmutables sufrirían una aniquilación eterna. La vida elude a la muerte haciéndose inestable. Cuando la muerte persigue al pez, este se vuelve cuadrúpedo y salta a tierra, y cuando la aniquilación lo sigue se torna reptil y vuela, y cuando la muerte llueve desde el cielo, se hace mamífero y permanece. Solo lo mutable dura.

Seymour

Los lobos marinos juguetean alrededor como para burlarse de la torpeza con que buceamos sobrecargados con las escafandras, entorpecidos por los trajes térmicos, lastrados con dieciséis kilos de plomo. Exaltados en la gloria de su propia gracia trazan arcos, curvas, espirales, ayudándose apenas con gestos de sus graciosas aletas. Al pasar, por un instante miro su ojo abierto como un perfecto disco con pupila negra que me inspecciona, desaparece, queda para siempre clavado en el recuerdo.

Darwin

Se yergue Charles Darwin sobre la desolada isla que algún día llevará su nombre. ¿Comprende que en la evolución ocurre otro inenarrable salto? ¿Que la vida que se transmuta en todas las especies produce al fin una especie que asume todas las transmutaciones de la vida? Por vía del intelecto —un mecanismo que, como la evolución, funciona por ensayo y error— el hombre se hace fiera u hormiga y pájaro y pez y Dios. ¿Adivina

que el intelecto creará máquinas intelectuales que lo superarán, que dotarán a un individuo con los poderes de su especie entera?

Pacífico

La helada corriente de Humboldt me arrastra a treinta metros de profundidad. La computadora sentencia que el aire se acaba. Emerjo entre crestas de avalanchas de espuma. Entre ellas sobrenadan Phill y Pete. Nos entendemos con miradas. Debemos chapalear lejos de las trituradoras de los acantilados, y contra la corriente que nos arrastra hacia el infinito Pacífico. Los trajes de neopreno de ocho milímetros de espesor nos salvan de la congelación. Su rigidez nos paraliza. Tras la máscara veo el cielo diáfano tachonado de albatros. Falta saber si llegará primero el rescate o la fatiga terminal. Tras cada ola solo viene otra ola y otra y otra. Me pregunto por qué no comienzo a ver mi vida entera. Invento un cuento sobre alguien que en el último momento vuelve a ver su vida entera hasta ese último momento de su vida en que vuelve a ver su vida entera hasta ese último momento sin final posible.

Hombre abolido

El hombre instantáneo

Viene en sobrecitos de diversos colores. Ábrase por la línea de puntos y sírvase en agua tibia. Inmediatamente empieza la ebullición de la tristeza. La espuma sobrante debe ser removida. Si la superficie aparece veteada, las manchas pueden ser aclaradas con un detergente suave. El tono y el alcance de la voz pueden ser regulados oprimiendo la concavidad de la clavícula. Sacúdase el exceso de sueños. Sírvase mientras todavía mantiene la esperanza. Agítese antes de usarlo. Consúmase antes de la fecha que aparece en la envoltura.

El hombre desechable

Se ofrece en presentaciones media, regular y extra. Conocido por la diversidad de sus aplicaciones en todas las tareas que implican un rápido desgaste. Su demanda se incrementa gracias a que dispensa de la necesidad del mantenimiento y del uso prolongado así como de las molestias del reciclaje. Su perfecta homogeneidad asegura el fácil reemplazo. Para evitar las molestias inherentes a la sustitución de unidades o de multitudes se garantiza un suministro inagotable. Sus tasas de consumo son inversamente proporcionales a su número. El bajo costo moral y emocional es la clave de su rentabilidad operativa. Concluida su aplicación se desvanece sin dejar residuos de recuerdos.

El hombre conjetural

No sabrá por fin nunca cuál es su precisa definición en el torrente de las presunciones. Siempre restará la incógnita entre

apariencia de diafanidades. No hay modo de andar el laberinto ni de desandarlo. Todo lo que es promesa desemboca en engaño. Todo lo que es engaño se diluye en certeza. Todo lo que es certeza se sublima en celaje. Todo lo que es celaje se dispersa en azares. Todo lo que es azares se concreta en distancias. En el sello de la imprecisión acrisola el punzante horadar de lo exacto.

Balsa

Dicen que la nave zarpó hacia el Paraíso pero luego vinieron la incompetencia o la competencia y ahora tenemos este amasijo de desechos flotantes donde nos parapetamos, trepamos, ascendemos contra las olas devorantes, algunos recogiendo desechos para montar estructuras sobre el maderamen de la balsa, otros derribándolas, todos trepando empujando apartando para buscar cobijos, pasando los unos por encima de los otros que fingen tener comando saber la dirección poder leer en las estrellas la ruta que conduce al Paraíso y entretanto en consecutivo desplome cercados por los torbellinos de los peces feroces el modo único de sobrevivir es irnos devorando los unos a los otros en un orden que debe ser mantenido por ser un orden lo cual lo califica como el único posible entonces demos codazos golpes patadas para ascender para trepar para hacernos representantes del orden de la devoración que por haberse impuesto es legítimo y por ser legítimo se ha impuesto en nombre del sentido de la tradición de la eternidad de la conveniencia de la transitoriedad de la emergencia se proclama la santidad de la relación entre el devorador y el devorado siempre habrá devorados por siempre habrá devoradores aunque algunos lo dudan por la destrabazón de los desechos y el consumo de restos de madera en las hogueras que cocinan vísceras tendones que instigan a predicar una devoración más lenta un canibalismo de rostro humano pausado y sustentable en lugar del azote de los conjurados que atrapan víctimas para repartírselas y de aquellos que no las reparten con nadie alegando privilegios de herencia o nacimiento o academia que autorizan a desmentir las leyendas sobre la nave

fantasma que a lo lejos en el horizonte escapa hacia la victoria y la libertad pues no hay mayor dicha que taparse los oídos para no escuchar los gritos y convencerse de que la víctima acepta la devoración no hay mayor placer que saber que nos sacrificamos en verdad por aquellos a quienes consumimos en aras de la supervivencia del más devorador facilitándoles cumplir el papel para el cual estaban destinados y que quizá ya anhelan intentando incluso engendrar para luego devorar con el distingo de que devoraremos los engendros de otros al tiempo que los nuestros serán quizá también devorados mientras el oleaje carcomiente estremece sacude desbarata reacomoda la estructura de amasijos flotantes de cadáveres pues no tenemos otros destino que alimentarnos de criaturas que vivieron entre dentaduras de colmillos que incesantemente rasgan y desgarran en la balsa.

Espejos

Así fue como Hesla Kian regresó solo para mofarse de nosotros en esta noche polar en que agonizamos. Kian Hesla huyó a las estrellas para escapar de la Eucaristía ante el Único Capital Verdadero. Entonces Hesla Kian construyó su nave espejo que solucionó el problema del agotamiento de sus reservas de combustible utilizando la inagotable luz solar como impulsor para disparar chorros de iones de mercurio. No bien montada la nave en órbita sobre la estratósfera, apenas sobrepasadas las franjas de radiación Van Allen, su milagroso espejo cóncavo reflejó la primera aurora sobre el Polo Ártico fundiendo en 77 horas el 80% de los hielos, cubriendo la marejada de las aguas licuadas el 40% de la superficie terrestre, cambiando en líquido helado el equilibrio térmico del planeta, arrojando sobre las fábricas paralizadas las capas de hielo de centenares de metros de espesor de la Era Glacial que padecemos. Así se alejó en el firmamento la centella del espejo de Hesla Kian en su viaje de prueba a Próxima Centauri. Ahora bien, conocida la ecuación de Lorenz según la cual el tiempo t dentro de un sistema en movimiento tiende a detenerse a medida que aumenta la velocidad, la aceleración magnífica de 200.000 kilómetros por segundo permitió que dentro de la nave transcurrieran dos meses mientras que en la Tierra pasaban 80 años antes del regreso de Kian Hesla a los restos del planeta. Repetimos estas fórmulas como salmos cuyo sentido perdimos en un planeta perdido. Hesla Kian planea utilizar la gravedad de lo que resta de nuestro planeta para describir una parábola alrededor de él y salir disparado como por acelerador centrífugo para su verdadera meta, que es la velocidad de

la luz. Así Kian Hesla romperá la barrera del teorema de adición de velocidades según el cual ninguna sumatoria de celeridades puede superar la de la luz, viajando en una nave espejo que impulsada por la propia luz progresivamente alcanzará la rapidez del fotón mismo, como la hoja que iguala la velocidad del viento que la arrastra. Al alcanzarla, según las míticas profecías de Fitzgerald, Lorenz y Einstein, la longitud de la nave será cero, el tiempo se detendrá en su interior y su masa se hará infinita. Una masa infinita trastrocará todas las constantes del universo y aglomerará toda su materia en una Concentración Única que al igual que el Capital Único devorará todos los fenómenos circundantes y tragará seres pensantes y rayos luminosos para una consolidación o una explosión universales. Para este tribunal automático es irrelevante el alegato de Kian Hesla de que todo desarrollo técnico debe aplicarse hasta que se vuelva contra sí mismo. Así como hemos llegado a un Capital Único, hemos preservado un Derecho Único que es el de Propiedad. Acuerdos Multilaterales de Inversión y Tratados de Libre Comercio inmunizan al propietario contra toda responsabilidad por los efectos ecológicos del uso de sus posesiones. Devuélvasele a Hesla Kian su nave. Contemplemos el centelleo de su partida, la última luz visible del universo.

Máquina con botones

1

Al final del callejón me espera la máquina con botones. El primero dice oprima este botón si quiere hablar con Dios. Al oprimirlo se enciende el letrero que dice ocupado.

2

Al final del callejón me espera la máquina con botones. El segundo dice si oprime este botón se acabará el mundo. Al oprimirlo se enciende el letrero que dice el mundo se ha acabado pero en castigo creamos en usted la ilusión de que sigue.

3

Al final del callejón me espera la máquina con botones. El tercero dice si oprime este botón usted se convertirá en un botón. El letrero dice si no lo hace seguirá siéndolo.

4

Al final del callejón me espera la máquina con botones. El cuarto dice si oprime este botón se volverá loco. El letrero dice si no lo oprime es porque ya lo está.

5

En algún sitio está el botón de los deseos. El mundo todo es un botón de los deseos pero tengo terror de lo que al oprimirlo podría decir el letrero.

6

Hay un solo botón y un solo deseo y pasamos nuestras vidas evitando oprimirlo.

7

Ya no condenan a muerte sino a saber todo lo que pasará hasta la muerte.

8

La brevedad dice más: el silencio todo.

Pare de sufrir[10]

10 *Pare de sufrir.* Caracas, Biblioteca Últimas Noticias, 2006.

Nadar de noche

Para nadar de noche mejor dejar atrás los prejuicios comenzando por el del apego a la vida. En el mar nocturno solo se ve la espuma de las olas como hileras de dientes que van a devorarnos. Para escapar hay que sumergirse, y entonces descubre uno que en la noche del trópico toda burbuja es centella y toda brazada estela de chispas y que, si al hundirse se dijo adiós al cielo estrellado en la profundidad, las rocas enfebrecidas de coral son constelaciones, y el trazo de los peces, nebulosa de fuego. La ola relampaguea y el abismo encandila. Se está muy bien en esta oscuridad tachonada de fulgores. No otra cosa es el mundo. No hay que regresar a la costa, cuya ilusoria seguridad terminará devorándonos.

Maraña[11]

11 Luis Britto García. *Maraña*. Caracas, Fundación Editorial El perro y la rana, 2017.

Tigri

Con el sol de enero ambos dos gatitos llegan trotando por el tope de la pared medianera de las quintas y ya al presentarse quedan bautizados: Nube, por enteramente blanca, y Tigrito, por su rayado azafrán.

Cuán quejumbrosamente maúllan relamiéndose con sus lengüitas en lo que yo digo que es hambre y Milena considera amor.

Tigri se lanza pared abajo como una lagartija mientras Nube se queda siempre sobre el cobertizo de las herramientas mirando con su intensa cara de luna.

Tigri irrumpe en la cocina maullando, se le enreda a Milena en los pies, se abalanza cuando abre la nevera, desmesuradamente come y se relame.

Atento como un niño con bigotes escruta Tigri los rumores de la lavadora y los de la nevera, sabiendo que si vive bastante llegará a comprender el secreto del mundo.

No soporta Tigri que nadie coma o converse sin recordar a maullidos su presencia.

Su sed de Ser no sabe lo que quiere pero lo quiere de inmediato.

En su determinación de no ser ignorado salta Tigri sobre la mesa y escapa ante el escándalo.

Tras cada travesura se esconde Tigri bajo los gabinetes de la cocina y asoma solo la cabecita para averiguar si la situación vuelve a la calma.

Cuando Milena lo carga Tigri se apacigua y dobla hacia arriba la punta de su rabito como una pequeña J.

En cualquier sitio de la casa se encuentra a Milena cantándole Tigrito eres mi sol Tigrito eres mi bebé.

Al rato se cansa Tigri de tanto mimo y empieza a bañarse con la lengüita.

Tigri se sabe galán y cuando escapa para la sala se tira de espaldas sobre la alfombra para permitir que le acaricien la barriga.

El paroxismo de Tigri ocurre cuando entra una mariposa en la cocina, se esconde sobre la lámpara y a Tigri hay que elevarlo para que entienda que hay cosas fuera de su alcance.

Como consuelo Tigri salta y se traga de un solo bocado un congorocho.

En el tendedero del patio cuelgo un gabán para asolearlo y Tigri se columpia prendido de él como un monito.

Sobre las enredaderas del muro medianero sestea Tigri en las tardes como una pequeña Esfinge naranja.

Nube y Tigri juegan en el jardín a la pelea, se acosan, se derriban, corretean tras una culebra asustadiza.

En una cesta de mimbre duerme Tigri esparciendo felicidad con la antena de sus bigotes.

Por momentos entreabre la boca como un bebé y por ella asoma curiosa la puntita de su lengua.

A veces sueña Tigri, patalea dormido sin plantearse el enigma de los sueños.

Mecido y arrullado Tigri, en un sueño brota la espina encarnada de su virilidad.

Amanece Tigri cariacontecido y nos cuenta una vecina que se lió en una reyerta con otro gato cuatro veces más grande, quizá su padre por lo atigrado.

Muy dócilmente se deja Tigri radiografiar donde la veterinaria y examinar en el pecho el costurón de un dedo de largo.

Le receta la doctora antibióticos y Traumeel y le digo a Milena que el Traumeel debe tomarlo ella para sobrevivir a la angustia.

Por su intemperancia es desde entonces apodado Tigri el Buscapleitos o Tigri el Pendenciero.

Cerca de medianoche los instintos encienden en Tigri un desasosiego que lo llama tras la casa hacia las espesuras del monte que da a todas las noches del mundo.

Allá va el pequeñito Tigri pensándose cazador de lunas extraviadas.

Trasnocha Milena mustiándose ante la pantalla de la computadora y Tigri le araña el ventanal del jardín como apareciendo en la gran pantalla de la noche.

Por las calles de la urbanización se arrastra el Matagatos dejando dosis de veneno para rabipelados, perros, niños, gatos.

Los jardineros van sacando de las espesuras seis cadáveres de rabipelados, con sus colas plebeyas que las señoras empiringotadas detestan.

Salgo para el mal viaje y me despide Milena con Tigri en los brazos.

Hago vuelos desventurados, con trasbordos a medianoche en aeropuertos distintos con hoteles por horas de ciudades hostiles, y cuando dormito en los cielos pienso que si Tigri muriera habría que enterrarlo en el jardín de sus favoritas mariposas.

Pero Tigri no ha muerto, protesto haciendo un esfuerzo para sobrevolar las nubes del sueño.

Al regreso Milena me acoge seca, trata de ayudarme a destapar unos drenajes tupidos y al final me dice Tigri murió.

La mañana del viernes lo encuentran como si estuviera dormido, ojos dorados abiertos, el cuerpo estirado hacia el Paraíso de la cocina.

A Tigri lo entierran al pie del poste del fanal que alumbra las noches del jardín.

En la cocina quedan una escudilla con carne y un plato con leche que nadie vacía.

En la hojarasca del patio descansa una pelota inmóvil.

Bienaventurado aquel que no sobrevive a su infancia.

"¡Tigri, te amo!", grita Milena cuando oscurecen la luz del fanal los aguaceros que Tigri tanto detesta.

Escritores anónimos

Un amigo o enemigo me desliza en la mano el papelito con la dirección desconocida. Cada hombre debe afrontar tarde o temprano lo peor de sí mismo. En la oficina abandonada repleta de archivos vacíos encuentro un rebaño de quejumbrosos. Apenas les anima creer que alguien comparte su miseria. Uno tras otro confiesan la forma en la cual cayeron en el hábito de escribir. La adicción seduce mostrándose como el camino hacia lo que el vicioso valora. Este la confundió con el camino a la fama, ese la tomó como atajo al poder, aquel como vía hacia el amor, el otro la creyó sendero al saber o la belleza. Pero la adicción termina convirtiéndose en la única belleza, amor, poder, saber y fama del vicioso. Aquel sacrificó a su hábito lo que hubiera sido provechosa carrera en la política, la estafa inmobiliaria o el fraude bancario. El otro abandonó familia antes de que esta lo abandonara. Otro confesó haber perdido irreversiblemente la salud con los drásticos estímulos para la inspiración del alcohol y el tabaco. Así como se separaron de la turba de oportunistas y parásitos, abominó de ellos la masa de vividores y buscafortunas. Un adicto consignó la fórmula de la piedra filosofal en libros que nadie lee. Otro exploró los abismos del Ser en manuscritos que nadie publica. Un tercero reveló el estado de gracia en versos que ninguno comenta. El cuarto fue sistemáticamente plagiado y sus tesoros devinieron adorno de farsantes. El quinto fue eternamente postergado hasta quedar detrás incluso de sí mismo. Al sexto lo festejaron solo para destruirlo. El séptimo se degradó para consignar el testimonio de la degradación. El octavo fue el único leído al precio de rebajar su obra al nivel más bajo posible.

El odio de la sociedad hacia ellos solo fue superado por el que se tenían entre ellos y el de cada cual hacia sí mismo. Quien busca a la humanidad aislándose solo encuentra desiertos. Les dije que procurar la salida es tenerla y que para librarse del tormento de escribir basta con dejar de hacerlo. Cosa que la inmensa mayoría ha cumplido, ironicé ante aquella asamblea del poemario único y el folleto sin familia. Allí me enteré de que la realidad era otra. Acobardados por el unánime desprecio hacia el escritor, fingían haberse reformado, pero en vano. El aliento creativo los denunciaba. Una frase errática, una vacilación al repetir el lugar común eran síntomas de que se refocilaban a solas con su vicio. En plena farsa de la normalidad se les escapaba el traspié de una idea o el temblor de un instante inefable. Lejos de ser el primer paso hacia la regeneración, la simulación agravaba su estado de parias. El representar imperfectamente la esterilidad era resentido como sátira por la inabarcable multitud de los infecundos. Nuestra vocación no es el poder, ni el amor, ni la belleza, gritó por fin el más desesperado. Solo queríamos la nulidad, la fealdad, la indiferencia, y ya nadie podrá arrebatárnoslas. Así como la conciencia es el Ser del ser, la escritura es Conciencia de la conciencia. El agua y la vida más puras no contienen otra cosa que ellas mismas. Destruirse es el único alivio de la inteligencia. Por eso no podemos dejar de escribir. Días después leí en los periódicos que quien así gritó había fallecido prematuramente de cirrosis hepática. Era la última de una serie de muertes sospechosas. Anuncio que he dejado de escribir. Nadie me cree.

Errata

Camilo Neto como perfeccionista termina metido a corrector de pruebas. Sabe que el libro sin error es imposible, pero a cada nueva revisión lo intenta. Ya esto mismo lo desconcierta pues ello significa que en cada acto humano, desde la elección amorosa hasta el vuelo de los aeroplanos, la falla es no solo posible sino inevitable. Cae en sus manos para corregir la tesis de Jesús Alberto León donde este demuestra que la tasa de las mutaciones biológicas es constante. La mutación, que es como la errata de la naturaleza, es entonces la responsable de la diversidad de las especies y en particular de la nuestra, que resulta así un compendio de fallas de copia desde la primera célula viviente. Cómo puede afanarse en corregir la errata alguien que es la sumatoria de ellas desquicia a Camilo Neto, quien desde entonces solo revisa memorias científicas hasta que da en la certidumbre de que el Universo mismo es un error de copia de la nada. No tiene que soportar demasiado este tormento. Alza la vista y divisa el lápiz que baja a corregir la errata. Usted no lo va a creer: en el momento en que termino de escribir este relato, en lugar del punto final aprieto la tecla equivocada que lo borra, y debo reescribirlo.

Los cuerpos recios

Cómo pudimos existir antes de estar dotados de los cuerpos recios que nuestro conocimiento ha ido creando a partir del molde impuro de nuestras formas perecederas. Solo a partir de la sangre con clorofila sintetizamos nuestro alimento del aire de la luz y del agua haciendo inútiles las vastas complejidades de la agricultura y la cría. Cómo imaginarnos sin la epidermis invulnerable que nos protege del frío del calor y de la irradiación enviando al olvido vestiduras habitaciones ciudades. No recordemos si teníamos alguna apariencia antes de que la piel fotocromática nos permitiera mimetizar los caprichos del paisaje o distinguirnos de él con la apariencia de relámpago, de catarata, de llamarada. Difícil es creer que antes de la rectificación de los telómeros dejábamos de reponer nuestras células desgastadas e íbamos pudriéndonos en vida. Tenemos ahora cerebros sutiles que aprenden por sí mismos y sin necesidad de pedagogía la mecánica del universo y que dada la ilimitada duración de la vida penetrarán las últimas sutilezas de los secretos del mundo. Ningún sentido tenían los movimientos del cuerpo antes de que este funcionara como un computador analógico que con la sutil danza del movimiento de un brazo resuelve las ecuaciones sobre la expansión del universo y con un giro del torso el enigma de la decidibilidad de lo existente. Hubo tiempos cuando no teníamos la capacidad de imaginar y oprimíamos esclavos para que nos elaboraran sueños, objetos hermosos, ficciones. Ningún otro arte hay que el de remodelar nuestro cuerpo vale decir nuestra existencia según las lógicas de la necesidad y del capricho. Por lo mismo que no tenemos ya necesidad de trasladarnos podemos

dedicarnos sin apoyo de estructuras a las inútiles destrezas de la traslación, la natación y el vuelo. En las moléculas de la envoltura protectora de los genes viene codificada la historia del soma pero su futuro igualmente y nuestra construcción en proporciones armónicas que nos hacen irresistiblemente bellos y logran que todo lo percibamos hermoso. Hubo algún tiempo cuando el amor buscaba otro objeto distinto de sí mismo, perversión ahora imposible pues al conocernos mejor que a nadie nuestro amor atraído por la fuerza centrípeta de nuestra inmanencia no puede dispersarse. Nos multiplicamos mediante clones cuyos cromosomas son alterados aleatoriamente o mediante combinaciones elegidas por acuerdos lógicos y meditados. Entre nosotros no tenemos conflictos pues al no necesitar nada tampoco requerimos de prójimos que nada necesitan. Solo jugamos, y nuestros juegos no requieren participantes. Ninguna fuerza natural puede destruirnos, salvo la de nuestros propios miembros omnipotentes, solo ocupados en despedazarnos, desgarrarnos, desmembrarnos, desintegrarnos, derruirnos, aniquilarnos.

El pájaro espejo

En el garaje un pájaro me caga sistemáticamente el espejo retrovisor de la puerta del carro y en una oportunidad cuando acabo de llegar se estrella el pájaro contra el espejo que refleja un infinito de luz del jardín dentro del túnel de sombra del garaje. Una y otra vez trata de forzar a aletazos la puerta hacia la luz fingida donde solo encuentra ahora su propia imagen. Con un trapo tapo por siempre el espejismo, y días después en la vereda hacia el garaje encuentro un pájaro moribundo que caído de espaldas sobre el suelo aletea sin llegar hasta el espejo donde me miro caído de espaldas aleteando en busca de una luz imaginaria.

El joven Mozart

1

El niño Mozart a los cuatro años escarba con sus deditos el blanco teclado del clave y los mineros de Salzburgo escarban con picos las blancas minas de sal. El niño Mozart hace una pausa, cansado, pero para los mineros no hay pausa, escarban y escarban en busca de la tisis y de la sal que paga sueldos de capataces y soldadas de soldados y tributos de emperadores y dietas de príncipes arzobispos y la paga de su padre Leopold Mozart quien abofetea al niño para que siga escarbando en la blancura del teclado donde la gota de sangre de la naricita herida extiende el frío olor a sal que asfixia el pequeño Salzburgo y sofoca al niño Mozart.

2

El niño Mozart aprende de su padre las notas con palmeta y el pentagrama con palmeta y la armonía con palmeta y la composición con palmeta. Más tarde los melómanos escuchan la voz de Dios en su armonía, sus notas, su pentagrama, sus composiciones que para Mozart no son ya más que variaciones innumerables de la laceración de la palmeta.

3

El niño Mozart descubre que cada nota abre una herida y las restantes solo sirven para curarla. Solo se sana al mundo de la infección de las notas musicales de la misma manera que algunas enfermedades se combaten con otras: la lira de Orfeo disfraza la

voz de los infiernos: la felicidad de la obra maestra miente que todo su horror ha sido enmascarado.

4

El niño Mozart huye del dolor incluyendo en sus composiciones la nota misteriosa que es imposible oír. Maravillosamente bien maneja las discontinuidades. La música es, le parece, pausas en el tumulto del ruido. Nadie entenderá que su verdadera obra es inaudible obertura ejecutada con silencios: su triunfo advendrá con la cesación de ruidos de la sinfonía eterna de la muerte.

5

El niño Mozart dirige en Milán su motete *Exultate, Iubilate* para los devoradores de seres humanos que solo interrumpen su cháchara sobre robos y negociados y rebatiñas para mirarlo y reírse de la miserable suerte que le espera cuando cumpla dieciséis años y ya no pueda venderse como niño prodigio. El joven Mozart exulta invulnerable contra el desdén de los devoradores porque ha decidido lo que a estos les está vedado que es el júbilo de seguir siendo eternamente niño.

6

El niño Mozart huye por ciudades heladas y palacios hostiles de todos los que lo olvidan tras aplaudirlo: el príncipe-arzobispo Hieronymus von Colloredo-Mansfield, que lo echa de su cargo en Salzburgo; la Pompadour, que no lo abraza en París por no desarreglarse el vestido; Aloysia Weber, que lo rechaza en Viena; la princesa de Wurtemberg, que le niega el cargo de maestro de música para dárselo a Salieri; el emperador Joseph II, que opina que su música tiene demasiadas notas: todos los que hoy solo son recordados porque alguna vez olvidaron a Mozart.

7

El joven Mozart es asaltado cada vez más por las composiciones que se le vienen a la mente completas como una catedral

terminada, y cuyas notas él escucha todas al mismo tiempo como quien abarca una multitud de una mirada. Querría el joven Mozart irlas armando acorde por acorde o silencio por silencio como el albañil que en cada bloque deja su alma, pero se acerca en cambio a su propia obra como el peregrino que descubre la catedral terminada. Empezada o concluida por quién, lo ignora: si por Dios, por una oscuridad que lo rechaza; si por él mismo, por un misterio que lo excluye. Mientras más perfectamente armadas arriban las composiciones a su mente más se siente como el pregonero miserable que por las calles grita decretos de un poder que no entiende: tampoco los comprende quizá nadie: los débiles humanos son palomas que aletean en el vacío llevando mensajes de nadie dirigidos a ninguno.

8

El joven Mozart declara no saber qué hace a sus piezas mozartianas: afirma que nunca se propuso componer piezas mozartianas: la perfección misma no puede tener la limitante de un estilo y mucho menos de un nombre; desde que empieza la manía por lo mozartiano se siente perdido Amadeus: se ha desviado de la vasta impersonalidad del universo: del agobiante todo con el que quiso siempre confundirse para escapar de su tormento.

9

El joven Mozart da en las calles de Praga con el loco que solo percibe sus sinfonías como colores y en la Linke Wienzeile de Viena con el desquiciado que solo escucha sus óperas como construcciones geométricas. Por el contrario da el joven Mozart en percibir como sonatas los cuadros de Canaletto y como *concerti grossi* las tartas de la repostería vienesa. Pasa frente a la catedral de Alexanderplatz y rompe en llanto: a nadie puede explicar lo que escucha en la barahúnda de las formas: la más hermosa música del mundo es inaudible: la humanidad está condenada, y no lo sabe.

10

El joven Mozart confía en que la música sea un medio de conocimiento, que por ella se saque el compositor, por este el universo y por el universo el vacío. No hay forma de perpetrar una nota sin despertar movimientos, emociones, ideas. El joven Mozart intuye una fábrica del mundo que transcurre invisible y de la cual la música expresa apenas un eco remoto. El joven Mozart es apenas uno de los hilos de la trama, quien siguiera ese hilo hasta el tejido se haría Dios, pero es un hilo que desteje a quien lo toca.

11

El joven Mozart en la medianoche después que se apaga la última vela borronea a oscuras sobre el pentagrama las notas que resuelven el misterio de todo y en el hambre de la madrugada divisa apenas una confusión ilegible que le revela que no hay tal misterio. En el cuarto de al lado su esposa Constanza acaba de parir un hijo muerto. Lo único es la belleza, y no basta.

12

El joven Mozart corre hacia el estreno de su *Don Giovanni* por el puente de las estatuas de Praga, donde una doble fila de convidados de piedra lo invita a cenar esa noche en el infierno del triunfo. Al regreso lo esperan cerrándole el paso: tener éxito con la creación es desafiar al Creador y tenerlo con las mujeres sobrepasarlo. En la otra vida asegura la envidia de Dios y en esta la de millares de enemigos que le expedirán el pasaporte a la otra. —¡Petite! ¡Arrepiéntete! −truenan a coro las estatuas. —No −ríe el joven Mozart. Su mala suerte está echada. Desde entonces camina entre estatuas de piedra que le desean o anuncian la muerte sin saber qué es lo único que codicia para librarse del tormento de la perfección.

13

La Muerte comunica al joven Mozart que no puede segarlo porque nadie es capaz de componer un réquiem digno de conmemorar la muerte de Mozart. —¿Apuestas? —dice Mozart.

14

El joven Mozart termina de dirigir el estreno de *La flauta mágica* y distingue entre el público el rostro del compositor Salieri petrificado por la envidia. El joven Mozart se desploma en el banco de un parque y susurra a Constanza que alguien lo ha envenenado. El enlutado heraldo del conde Walsegg toca día y noche a la puerta exigiéndole la entrega de un réquiem. Salieri entra, con un frasco de veneno. El moribundo Mozart le confiesa: Dios me ha engañado dándome a la vez la facultad de intuir la armonía y la incapacidad de expresarla: así como me odias por la mezquindad de tus composiciones ante la perfección que sospechas en las mías, me desprecio yo por mi indignidad ante el objetivo que concibo: solo erijo torres derruidas en el intento de alcanzar un astro inaccesible: no he escrito una nota que valga la pena. Salieri comprende que el enfermo desea la muerte para evitar la tentación de repetirse; huye y en la accidentada escalera traga el veneno que reservaba para Mozart. Cada escalón sufre una arcada, y tras hundirse en un abismo despierta en un charco de vómito. El boticario lo ha engañado.

15

El joven Mozart expira mientras Salieri, inclinado sobre un montón de partituras borroneadas, compone un réquiem que entrega al enlutado mensajero del conde de Walsegg afirmando que lo ha compuesto Mozart. O el genio es solo dolor de la propia miseria, o el prestigio del genio ilumina cualquier miseria que toque: no sabe Salieri cuál de las dos hipótesis es más atroz mientras enloquece ante el espectáculo de su única

obra no firmada que se encamina hacia la eternidad mientras él avanza hacia el olvido.

16

Allá van a la carrera los convidados de piedra, allá acarrean el cadáver del joven Mozart en el carretón de los pobretones, allá lo arrojan apenas envuelto en una sábana en la fosa común con todos los que jamás fueron convidados al banquete de la armonía de las esferas: allá cae el joven Mozart liberado por siempre del tormento de oírla; acá quedamos los convidados de piedra librados al eterno martirio de jamás haberla escuchado.

Miss

1

En una noche tan linda como esta ninguna otra podía ganar. Lo supe desde que siendo niña me mudé a vivir dentro de mí misma. En una exposición sobre hidrocarburos un arquitecto erigió un diamante colosal cuyas facetas eran espejos con las caras reflejantes hacia adentro. Al entrar vi que el infinito multiplicaba mis defectos. Ante el cristal sin límites me vino el primer golpe de sangre. Sonreí para la noche de vidrio donde todas las estrellas tenían mi cara. La unanimidad del reflejo anuló mi fealdad. La apariencia crea inseguridad. La inseguridad crea apariencia. Actuar como bella es más que serlo. Entré al desmesurado diamante de última en una fila de colegialas. Desde entonces vivo en él. Sola.

2

No detallaré la carrera de obstáculos. Para quien llega a la meta antes de partir no hay trabas. La hermosura espera, la fascinación conquista. Yo seguía estudios en una de tantas carreras decorativas, cuando me preguntaron si me atrevía a competir para Reina de Belleza. Atreverse es rendirse a un sistema para vencerlo. La sociedad se absolvía del pecado de morenez eligiendo cada año una Diosa rubia. Miles de ninfas se agolpaban en la eliminatoria que les haría dejar atrás su nada individual para ascender a nada colectiva. En un país pusilánime, osar es el camino. ¿Quién se querría tan poco para aceptar otro amor que el de sí misma? Una miríada de rutinas invocan la belleza. Como las penitencias, apenas tranquilizan el ánimo. Operan

el milagro de convertir el cuerpo de medio en finalidad. Solo la mujer conoce la banalidad de sus formas, que contempla sin deseo. La falsedad es más poderosa que la verdad. El culto del cuerpo culmina en el sacrificio de su objeto. Dietas, depilaciones, teñidos, desteñidos, masajes, gimnasias y cirugías ganan indulgencias pero no la gloria. Esta solo visita a quien ya la tiene. Todo aquel tratamiento era para producir figurantas vacías; yo era por voluntad propia plenamente hueca. Toda pasión crece con la ausencia del objeto del deseo, salvo el narcisismo, en el cual se es anhelada y anhelo. Esta armonía produce una dicha interna imposible de esconder, que quienes se desprecian odian y envidian. ¿Si no te amas, quién te amará? Ni siquiera por tu belleza debes amarte, sino por ti misma. La omnipresencia de la imagen anula sus flaquezas. El mundo es mi piel. Todos la necesitan, yo de las otras nada.

3

Así llegué al convento del deseo frustrado. Desde el principio dominé a Clarabel, el déspota entrenador del harén de las novicias. Todo serrallo entroniza un eunuco. Clarabel tiranizaba aspirantas que buscaban lo imposible, porque para él era imposible ser aspiranta. Nunca creí que los afeminados fueran los mejores amigos de las mujeres. Bastaba ver cómo los peluqueros atormentaban a las novicias tirándoles de las greñas con el cepillo, dejándoles más tiempo de lo necesario el químico que calcina los cabellos. Y tras los tocadores cómo se reían de aquellas que habían creído salir resplandecientes de sus manos. Para ellos la mujer no es solo meta imposible: también pavor secreto. Sus madres los dominaron; para esclavizarlos basta ser madrastra. Para mí nunca hubo peinados que después se iban a ver como un montón de paja ni vestidos con tallas menos a punto de reventar en la culminación de la ceremonia. Así impuse el imperio de la sonrisa vacía, que amenaza porque surge en la inexpresividad total del rostro. Sonreír sin expresión es poder. Gesto que es voluntad y no respuesta. Algunas creen tener las

riendas no entregando su intimidad; el verdadero poder reserva la sonrisa. Tu vientre puede ser de cualquiera, pero la expresión de tus labios pertenece a nadie porque es de todos. Así vencí a Clarabel, y con él todas las conspiraciones del certamen nacional, en donde decide todo menos la belleza, en una noche tan linda como esta.

4

Desde que recibí la segunda corona de la belleza, la del Universo, ya no tuve necesidad de ser bella, si alguna vez lo fui. Las especializaciones reducen a los seres a migajas. Para rescatar esta miseria hay que hacer del símbolo de cada especialización un Dios. La certificación es la apariencia del hecho y por tanto lo supera. Ser oficialmente perfecta es superior a serlo. Basta examinar las imágenes de quienes fueron tenidas por hermosas. Ballenatos encorsetados o esqueletos ojerosos. Cualquier burdel las ofrece mejores. Ninguno con certificado que convenza a la mayoría que no distingue fealdad de belleza. Por costosas las suponían hermosas. No se ama la belleza sino la reputación de ella. La aldea sin confianza en sí misma se prosterna ante todo lo que suena a universal. Donde el centro es la apariencia, reina la apariencia sin centro. Un año es el término oficial del reinado del prestigio. Durante él nada ocurre porque cada día es una sucesión de liturgias, hasta confundirse todas en una sola y agobiadora ceremonia. Al final viene el rito de entregar la corona a la nueva estrella fugaz. A partir de allí, es preceptivo extinguirse hasta concluir décadas después en nota de crónica roja o necrología conmiserativa. La dinastía de la fascinación devora reinas muertas. Solo espera a aquella que se atreva a detener el instante, en ininterrumpido fulgor. Sin ocaso.

5

Un incidente me sacó del éxtasis. Si las masas eran convocadas por la farsa, yo podía farsear la convocatoria. Un país funciona mientras no se interrumpa la procesión de las apariencias.

Las comparsas de la religión, la belleza y el poder distraen de la copulación, la fuerza bruta y la muerte. Mientras las luces resplandecían en el oropel de mi apoteosis, parpadeaban las bujías del carromato del poder. Cada vez era menos creíble la ficción de que atropellaba en beneficio de las víctimas. Un ebrio que repartía el país entre una camarilla pretendía presidirlo, mientras su amante lo conducía tirado de la oreja. Emblema de una autoridad que había pasado a subalterna, una secretaria privada manejaba el poder. El disimulo esconde la agonía, pero ni disimulo ni verdad pueden ser a medias. La carencia del uno despierta la sed de la otra. Yo hacía parodia del sexo, había quien hacía sátira del poder. En la Universidad Central la Conspiración del Humor inventaba malabarismos de ficciones. Si el voto de las masas encumbraba un tarado domado por una ladrona, ¿por qué no aclamar un genio inspirado por una reina? Yo, inteligente que había desentrañado la maquinaria de la carroza de la belleza, conocía el mecanismo de la carroza del genio. La temen todos porque devora las demás. Toda putrefacción enciende hornos crematorios. ¿No haría arder al cadáver político que sermoneaba virtudes el monstruo de inteligencia que predicaba la corrupción? Venían las elecciones. La Conspiración del Humor lanzó la candidatura blasfema de un genio acompañado de una diosa. Sus candidatos a ministros, alegando que a los políticos nadie les cree, ofrecían latrocinio, depravación y asesinato. En el Aula Magna de la Universidad se lanzó el guante del desafío que impondría al país un nivel de exigencia insostenible. Contra la Secretaria Privada y su pelele insurgían el Anarquista Coronado y la Diosa. Acepté participar en la ceremonia de la candidatura como Secretaria Privada porque cualquiera otra hembra habría sido remedo indigno de mi fulgor. Me asomé del camerino al escenario y temblé. Una multitud como nunca había visto repletaba el espacio colosal del Aula Magna. La gente sentada, de pie, invadiendo los palcos, el escenario, colgando de andamios en los cuales se hacían reparaciones, aclamaba la farsa para terminar con todas las farsas. "Estoy aterrada", le dije al

candidato a ministro de Envite y Azar, un bromista que ofrecía llevar la corruptela a su apoteosis sometiendo todas las decisiones a la lotería. "La irresponsabilidad inmuniza", me susurró, apretándome la mano. Una ovación como nunca he oído saludó mi aparición, tomada de la mano del ministro, saltando entre el público que había invadido el escenario para sentarse en él. Supe en ese instante que no ovacionaban la verdad que aquella farsa desnudaba. Aclamaban la ilusión de que algo o alguien prolongara la ficción. Un reflector hizo centellear las lentejuelas de mi traje. Fulguró mi maquillaje. Sonreí.

6

Lo único equiparable a la irresistible ascensión de la Conspiración del Humor en las encuestas electorales que predecían su triunfo en los comicios fue su repentina renuncia a la candidatura. La excusa fue que su torrente electoral desnivelaría el porcentaje de la izquierda. Falsa coartada. El humor es mayor poder que la izquierda. Temieron tomarlo. Si la Conspiración del Humor renunciaba al poder, bien podía asumirlo la Reina. La nada no conoce límites. El poder revela nuestra vacuidad. La Aclamación bufa del candidato sarcástico me enseñó el enorme desamparo de las masas. El humor roe ficciones. La masa reclama apariencias.

7

La mujer es la única potestad en el mundo. Soy la forma de reducirla a signo: a nada. Las hembras verdaderas hacen escenas, sudan, sangran, paren, envejecen, mueren. En mi Olimpo sigo inmutable ante los reflectores. Soy la existencia en permanente divorcio del hecho. Reduzco a signo esa rabia de morir que es el deseo. A través de nosotras regresan los hombres al vientre, pero solo durante el orgasmo. Somos su esperanza y su fracaso. Para que no haya derrota no ha de haber anhelo. Mientras me transfiguro de mujer en fetiche supero la posibilidad de intentona y fracaso. No necesito ni siquiera evidenciar el desdén que

las supermodelos irradian al flotar por la pasarela o las lentes de los fotógrafos. La modelo destaca los órganos de la generación al precio de no mostrar signos de usarlos. La seducción es contradicción entre invitación y huida. La bella siempre mira a otro sitio, o dentro de sí misma. Somos imágenes de carne en perpetua fuga. Sensualidad más allá del horizonte de los eventos. Toda existencia crea pavor. Soy la perífrasis, la elipsis, el eufemismo. Soy la manera de nombrar el escándalo sin nombrarlo. Ni en los panegíricos del poder se nombra el patíbulo ni en los de la belleza el objeto del deseo. Antes renunciar a una cosa que decir su verdad. El poder pretende seducir, mi seducción es poder. Si apareciera desnuda, sin revestimiento de los emblemas que atenúan y a la vez simbolizan mi fisiología, sería devorada. Escondida en signos, la histeria de la adoración se enciende a mi paso. Puedo ser cualquier cosa, pero cualquier cosa pierde sentido ante lo que soy. Ni Dios ni cuerpo bastan. Por eso nunca se muestran por completo. Solo aprehensibles potenciados por el aparato de signos que los ocultan. Que por su miseria exaltan el misterio que anuncian. Ningún emblema condesciende a lo que alude. Así como he devorado a la mujer que fui para suplantarla por el signo, el mundo de las apariencias irá devorando al real. Ahora son los tiempos en los que todos quedan boquiabiertos ante mi ascensión irresistible. Todos en suspenso. Todos me siguen. Soy la abanderada de la empleada que no come para gastar en cosméticos, de la que se prostituye para teñirse el pelo. En la sociedad del vacío solo el salto al abismo capta la imaginación de quienes caen. Con mi adicción a lo externo relevo a todos de la obligación de ser algo. Si la meta es parecer, aparento por ellos; patentizo el milagro que los elude. Lentejuelas. Oropel. Bisutería. Más eternos que el diamante, que por su valor se esconde, reaparecen y proliferan en todas las vacuidades, vale decir en todo. Como en todas las batallas, triunfan por el número. Tantas nadas internas necesitan un ídolo. Crearon los faraones pirámides para distanciarse de la muerte; se erigen hoy mitos para alejarse de los hechos. Soy la pirámide que marca

la muerte de la femineidad. Como ella, las restantes cosas del mundo irán muriendo para ser sustituidas por sus símbolos. Inauguro un metamundo en el cual solo habrá que lidiar con las apariencias. *Everybody a Miss.* Irrealidad al alcance de todos.

8

Gano en rápida sucesión dos coronas, triunfo consecutivamente en dos elecciones para alcaldesa de distritos Zona Rosa. El mundo no es manejable, pero sí los símbolos que lo expresan. Las realidades cuestan, los signos se abaratan. El poder se obtiene creando la ilusión de que hemos dominado un horror. Goberné maquillando con festivales y decoraciones negociados crasos de cambio de zonificación. Los electores me agradecían con su voto ser expulsados en aras de la invasión de supermercados y clubes nocturnos y del alza de los impuestos. Las moradas eran demolidas para erigir la arquitectura desechable del comercio. Comprendí que la masa exigía la dictadura de las apariencias. El país que más consume por cabeza en productos de belleza. El país donde las especializaciones médicas son desplazadas por la cirugía cosmética. No hay que esforzarse en aparentar. El silencio finge el misterio. El vacío llama al vacío. El simulacro satisface la nada. En el horizonte sin aurora amanece la ideología de lo superfluo. Soy la aparición en la sociedad de las apariencias. En el país los poderes se disuelven dejando abierto el pavor de la libertad. Religión, fuerza bruta y retórica ya no generan ficciones creíbles. Sus oficiantes se agolpan tras de mí, creyendo manejarme. Publicistas y relacionistas públicos y asesores de imagen sueñan con una política de la pantalla que imponga la satrapía de los medios y a través de ella la omnipotencia de las vacuidades. Casi sin asombro contemplo la multitud de seres que suplican ser esclavizados. Creen que lo que no les pertenece los supera. No perteneciendo a nadie me pertenecerían. Necesitan mi nulidad para justificar sus nadas. Solo yo puedo engendrar la antítesis que estabilice la quimera. El oropel absolverá a las multitudes de su desamparo. El vacío

de poderes reclama un poder vacío. Recordé la advertencia del ministro bromista antes de arrojarme al circo de los adoradores. La irresponsabilidad inmuniza. Si no soy yo, nadie. En un país donde nadie acepta ser lo que es, es inevitable la dictadura de las apariencias. Solo lo imposible puede detenerme. Todo está listo para mi candidatura a la Presidencia.

9

Solitaria a fuerza de compañías vago por el piso con vista a los jardines con vista al infinito. Dejo atrás el armario de los perfumes. El armario de los zapatos. El armario de las lencerías. El armario de los cinturones. El armario de las carteras. El armario de los trajes de noche. El de los trajes casuales. El de los atuendos deportivos. El de las batas. El de los trajes de baño. El de las joyas. El de los maquillajes. El de las pelucas. El de los tintes. El de las envolturas. Usadas, desechadas. Hasta el hastío me pruebo afeites y atuendos sin encontrarme en ellos. Soy esta perenne mutación que exalta las formas no rindiéndose a ninguna. Serpiente que muda mil pieles desechándolas como decoraciones. En ningún sitio del mausoleo de las apariencias permanezco. Desnuda.

10

Nadie salvo yo se explica mi desaparición fulminante. Nadie sabe dónde va la estrella que colapsa dentro de sí. Todos extraen algo de su miseria para ser tolerados. Solo yo no necesito otra cosa que ser. Como una inmensa oleada me golpeó la certeza de que estaba en mi mano el más incomparable poder, con solo contagiar a cada ser de la masa esta beatitud, este no necesitar del mundo, ni siquiera de la propia belleza. Como un poderoso reflujo me bañó la indiferencia. Diosa de la religión de mí misma, ¿a qué gastarme ante la masa deseante que implora la dictadura del glamour? Solo el juego de los cuerpos existe. Fuera de él todo es excusas. Situados en los cuerpos dependemos del tiempo y el espacio. En quince años seremos nada. El esplendor

nos dejará antes de hastiarnos. La impersonalidad nos viste de simulacros de eternidad. La gratuidad del fulgor nos justifica. La belleza solo sirve para perpetuar los fracasos de la carne. Tanta gente fea no haría más que distraerme de la contemplación de mí misma. A cambio de mi imagen solo pueden darme idolatría y la ilusión del poder que nunca han poseído. Si no son más que profuso espejo donde mirarme, también en ellos me veré marchitada. Ceder mi imagen es rebajarla. La autocracia funde deseante y objeto del deseo. De niña, escuché que la estrella de las estrellas del cine se había encerrado en un apartamento para no ser más nunca vista ni fotografiada. Cuando repasé sus películas jamás entendí el arrobo con que la contemplaban. La sobredimensionaba su ausencia. La distancia centuplica. El embeleso supera defectos, desengaños, los prematuros signos de degeneración ante los cuales el ojo ávido quisiera enceguecer. Todo amor es incondicional. ¿Necesita otra cosa la amante que la amada? Nadie entiende lo sagrado. Dios es la vida, y yo soy su profeta. Nadie podrá rendirme un culto como el que me consagro. Duerman en paz, cuerpos sucios, sarro y caspa y malas posturas. Nadie debe distraerme de la absorción perenne en mi esplendor e incluso en el fulgor que será mi decadencia. Nada podrá separarme de mí misma. Del verdadero amor que desecha pretextos de juventud y belleza. Pasión incondicional que no cede ante la degradación de las vísceras ni el aridecer de la piel. ¿Quién como yo? Perfecta. Nada me impedirá amarme incluso en mi ruina y en la ceniza que permanecerá inmutable como centro de la fugacidad del mundo. Ni siquiera mi imagen que presenta hoy en la noche del espejo la primera arruga.

El recogedor de Paraísos

De niños nos meten miedo con el viejo que va por las calles con un saco recogiendo niños. En verdad junta trozos de Paraíso. El Edén quedó roto después de la caída y fijándose bien se pueden encontrar pedazos. Un trozo de vidrio que corta la luz en colores viene del Paraíso. Un colibrí es residuo de la Gloria. Un escalón corroído por el agua quizá haya sido peldaño de una cascada de ángeles. Hay Paraíso en la mirada de alguna muchacha y en el olor del níspero. Añicos de Paraíso son las estrellas que juntamos en el saco de la memoria. El peor insecto que sale del lodo testimonia bienaventuranza. Desde que sabemos que es finito, cada instante es Paraíso. Lo terrible sería juntar el rompecabezas, porque ya no cabría esperar nada. Estos fragmentos brillan porque los rodea la degradación de todo. Si se juntaran, sería tanto su fulgor que no se distinguiría ninguno. Por eso hubo que destruir el Paraíso. Por eso todas las noches en el basurero el viejo vacía su saco lleno de estrellas, de vidrios y de niños.

Instantes

De niño sueña llenar los instantes con juguetes, maravillas, jonrones. De joven con amores, revoluciones, ascensos. Tanto tiempo después empieza a vaciarlos de todo, pues cuanto el instante contiene lo opaca. Al final llega a contemplar cada instante cada vez más despojado, casi en su resplandeciente vacío. Cuando lo logre, ya no necesitará más instantes.

Fe de erratas

Donde dice Dios, debe decir: fantasma.
Donde dice Amor, debe decir: hormona.
Donde dice Inspiración, debe decir: influencia.
Donde dice esto, debe decir: aquello.
Donde dice más, debe decir: menos.
Donde dice razón, debe decir: locura.
Donde dice El imperativo categórico, debe decir: el bobo de la yuca.
Donde dice verdad, debe decir: mentira.
Donde dice cuna, debe decir: sepulcro.
Donde dice recuerdo, debe decir: invención.
Donde dice eternidad, debe decir: instante.
Donde dice debe, debe no decir.
Donde no dice: dice.
Donde dice fin, debe decir: comienzo.

Índice

EDICIÓN DIGITAL
septiembre de 2017

Caracas - Venezuela

¡Habla, palabra! es una antología personal del conjunto de la narrativa de Luis Britto García, donde en textos fulgurantes reencontramos el vértigo, el humor, la paradoja, la poesía y el atrevimiento que permea toda su obra, desde la ciencia del combate con papagayos hasta la muerte de los universos, desde el genocidio causado por el terror de la maravilla hasta el amor por las payasitas, desde el cobro de la deuda de Europa con América por el cacique Guaicaipuro Cuautémoc hasta los delirios de una Miss, desde fotografías que resumen la historia de un país hasta cúmulos de objetos que consumen una vida: desde el más implacable realismo hasta los últimos límites de la imaginación, y más allá.

Luis Britto García gana en 1970 el Premio Casa de las Américas con *Rajatabla*, del cual Eduardo Galeano afirma que "sobresale por la destreza técnica, la eficacia del estilo, la audacia de los propósitos, la asociación hábil de ideas y de anécdotas, la lucidez penetrante, el poder de fantasía, la capacidad de síntesis y, sobre todo, por su victoriosa manera de arrojar ácido al rostro de una civilización ultramoderna". En 1979 obtiene la misma distinción internacional con su novela *Abrapalabra*, a la cual Salvador Garmendia considera "una proeza literaria". En narrativa ha publicado además *Los fugitivos*, *Vela de armas*, *La orgía imaginaria*, *Me río del mundo*, *Rajatabla*, *Pirata*, *Golpe de gracia*, *Andanada*, *Pare de sufrir*, *Arca* y *Maraña*, hitos de una producción comprometida y fecunda que sobrepasa los setenta títulos entre cuento, novela, teatro, guion cinematográfico, humor, dibujo, ensayo literario, crítica de la cultura y de las contraculturas, historia, estudios jurídicos y estudios sobre ciencias sociales y del lenguaje.


9 789801 439646


Gobierno **Bolivariano** de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la **Cultura**

